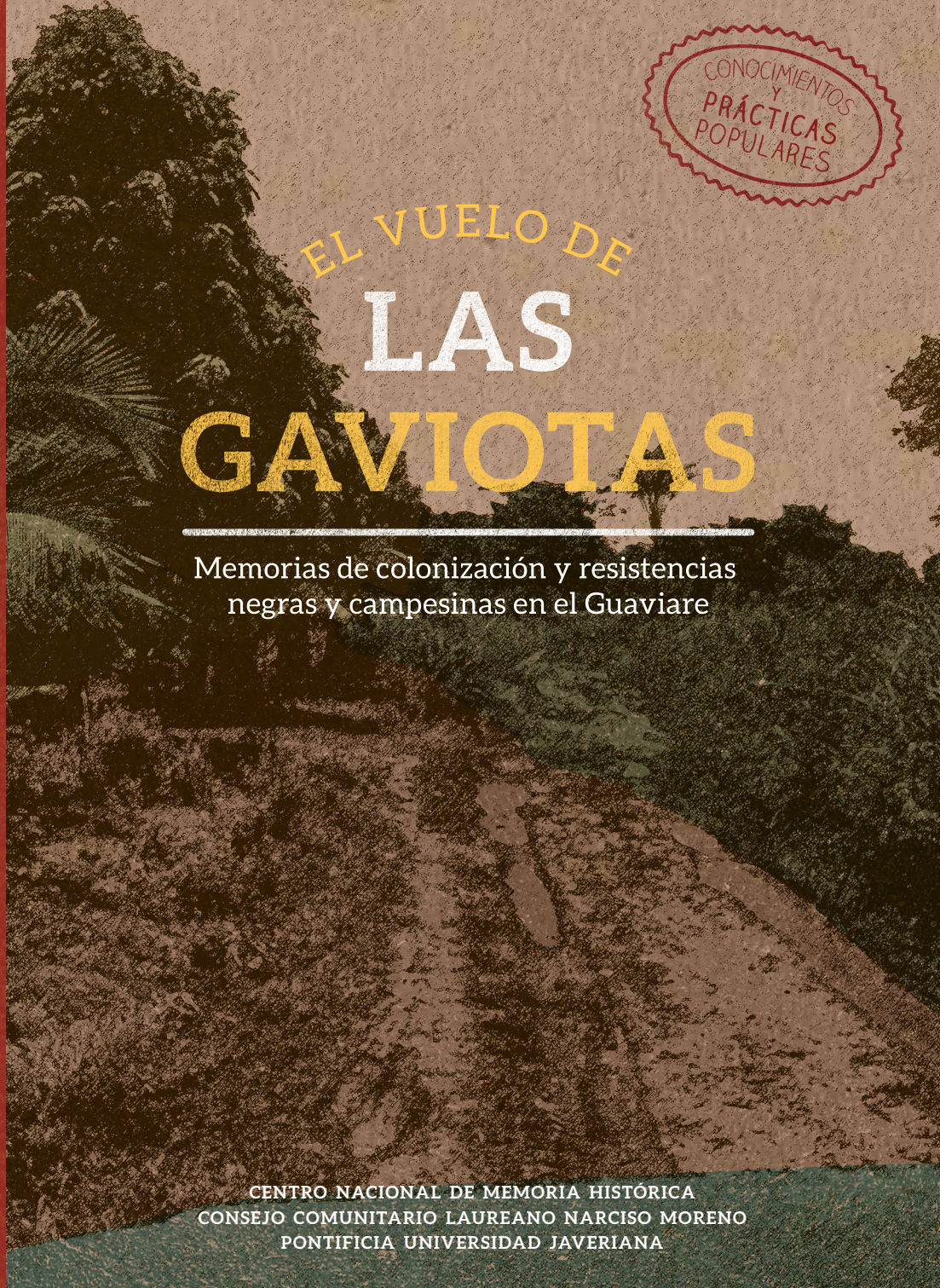
editorial
Pontificia Universidad
JAVERIANA
25 AÑOS



CONOCIMIENTOS Y PRÁCTICAS POPULARES

EL VUELO DE LAS GAVIOTAS

Memorias de colonización y resistencias negras y campesinas en el Guaviare

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA
CONSEJO COMUNITARIO LAUREANO NARCISO MORENO
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

El vuelo de las gaviotas

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Jorge Humberto Peláez Piedrahita
Rector

Luis David Prieto Martínez
Vicerrector Académico

Germán Mejía Pavony
Decano Académico de la Facultad de Ciencias Sociales

Jefferson Jaramillo Marín
Coordinador del Cesycme

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

María Emma Wills Obregón
Área de Pedagogía

Tatiana Rojas Roa
Laura Giraldo Martínez
Grupos Regionales de Memoria Histórica

Esta publicación es resultado del trabajo coelaborativo con la comunidad de Puerto Gaviotas, el Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno y la Junta de Acción Comunal de Puerto Gaviotas.

Editorial Pontificia Universidad Javeriana
Carrera 7.ª, n.º 37-25, oficina 1301
Tel. 3208320 ext. 4752
editorialpuj@javeriana.edu.co
www.javeriana.edu.co/editorial
Bogotá, D. C. – Colombia

Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 6 N° 35 – 29
PBX: (571) 796 5060
comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá, D. C. – Colombia

El vuelo de las gaviotas

Memorias de colonización y resistencias negras y campesinas en el Guaviare

Johana Paola Torres Pedraza, Luis Fernando Gómez Allba, Diego Mauricio Fajardo Cely, Diana Paola Salamanca Mesa, María Alejandra Grillo García, Juliana Cubides Sánchez, Marcos Alejandro Daza Barreto, Tomás Vergara Gutiérrez, Daniel Ortiz Gallego, Laura Alexandra Valencia Ramírez, Andrés Pacheco Jaimes, Jefferson Jaramillo Marín, Juan Sebastián Torres Lavao

Centro Nacional de Memoria Histórica
Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno
Pontificia Universidad Javeriana

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

© Pontificia Universidad Javeriana
© Centro Nacional de Memoria Histórica
© Johana Paola Torres Pedraza, Luis Fernando Gómez Allba, Diego Mauricio Fajardo Cely, Diana Paola Salamanca Mesa, María Alejandra Grillo García, Juliana Cubides Sánchez, Marcos Alejandro Daza Barreto, Tomás Vergara Gutiérrez, Daniel Ortiz Gallego, Laura Alexandra Valencia Ramírez, Andrés Pacheco Jaimes, Jefferson Jaramillo Marín, Juan Sebastián Torres Lavao.

Primera edición: diciembre de 2017
ISBN: 978-958-781-152-0
Número de ejemplares: 1500
Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

CORRECCIÓN DE ESTILO:
Francisco Díaz Granados

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:
Claudia Patricia Rodríguez Ávila

IMPRESIÓN:
Panamericana Formas e Impresos S.A.

MIEMBRO DE LA RED DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DE AUSJAL
www.ausjal.org

Pontificia Universidad Javeriana | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización de la Pontificia Universidad Javeriana y el Centro Nacional de Memoria Histórica, como titulares de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Torres Pedraza, Johana Paola, autor
El vuelo de las gaviotas : memorias de colonización y resistencias negras y campesinas en el Guaviare / Johana Paola Torres Pedraza [y otros doce]. -- Primera edición. -- Bogotá : Editorial Pontificia Universidad Javeriana : Centro Nacional de Memoria Histórica (Colombia), 2017. (Colección Conocimientos y prácticas populares)

190 páginas : ilustraciones, fotos y mapas; 20 cm
Incluye glosario.
ISBN : 978-958-781-152-0

1. Memoria colectiva - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia). 2. Territorialidad humana - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia). 3. Pobladores - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia) - Relatos personales. 4. Colonización - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia). 5. Afrocolombianos - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia). 6. Violencia - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia). 7. Conflicto armado - Puerto Gaviotas (Guaviare, Colombia). I. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Ciencias Sociales. II. Centro Nacional de Memoria Histórica (Colombia).

CDD 302.12 edición 21

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S.J.

inp 09 / 11 / 2017

Las ideas expresadas en este libro son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan la opinión de la Pontificia Universidad Javeriana ni del Centro Nacional de Memoria Histórica.

CONTENIDO

9 **Introducción**

Marceliano Moreno y la lucha de los negros en el Guaviare 18

Ostaciana Moreno y las huellas femeninas de la colonización negra 38

Floro: ¡ya son tres generaciones peleando y corriendo! 58

La profesora Norelis Mosquera y la colonización educativa del Guaviare 90

Los hermanos Rodríguez: de la tierrita a Puerto Morocho 114

Hugo Angulo: el andariego juvenil que se quedó en Puerto Gaviotas 144

Entre el miedo y la esperanza: los hermanos Carrizo 160

183 **Glosario de la colonización afrocampesina**

EL VUELO DE
LAS
GAVIOTAS

A todos los pobladores de Puerto Gaviotas, forjadores de un capítulo importante de las memorias del Guaviare

Los relatos presentados en este libro fueron escritos a partir de hechos reales narrados por los habitantes de Puerto Gaviotas y son producto de la elaboración colectiva entre el Semillero Colectivo de Estudios sobre Memoria y Conflicto y sus protagonistas.

Introducción

Los siete relatos que componen esta obra son el resultado de un trabajo coelaborativo entre el Semillero Colectivo de Estudios sobre Memoria y Conflicto y el Centro de Estudios Sociales y Culturales de la Memoria (Cesycme), adscritos a la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, y los miembros del Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno, de Calamar, y de la Junta de Acción Comunal de Puerto Gaviotas (JAC). El primer paso en el proceso de creación de estas narraciones se dio a mediados del año 2015, cuando un reconocido líder comunitario de la vereda, protagonista en esta obra, se acercó a nuestro equipo para que acompañáramos la elaboración de una reseña etnohistórica de su comunidad. Esta invitación se convierte en la posibilidad de contribuir a la reconstrucción de las memorias de la colonización y la resistencia negra y campesina en la zona y en un pretexto sólido para tejer vínculos con la comunidad, la Junta y los miembros del Consejo.

El Consejo, compuesto aproximadamente por 40 personas —entre maestros, maestras, líderes, lideresas y jóvenes—, se organizó en el año 2013. Logrado el reconocimiento jurídico del municipio de Calamar, busca en estos momentos el del Ministerio del Interior, para alcanzar uno de sus principales objetivos, que es la

titulación colectiva de una zona habitada por ellos desde finales de los años setenta. Esta búsqueda comenzó en 2015 ante el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder) y continúa ante la Agencia Nacional de Tierras. Dentro de los argumentos del Consejo para movilizar esta solicitud está exigir el reconocimiento de la presencia negra en los antiguos asentamientos de Gaviotas y Bellavista, también el ser parte de una reparación colectiva del Estado por los hechos victimizantes ocurridos en la vereda. Acceder a esta demanda permitirá a la comunidad consolidar el derecho a la autonomía territorial y

Trabajo en comunidad
Fuente: Lucas Rodríguez

cultural de esta población en la Amazonia colombiana y sentar con ello un precedente para otros consejos comunitarios de la región.

Justamente, al conocer estas demandas, el equipo emprendió un trabajo con la JAC y el Consejo Comunitario, para proyectar y lograr la visibilidad de la población de Puerto Gaviotas en el rompecabezas de la memoria regional de la Amazonia colombiana. De esta manera, nuestro acompañamiento a la comunidad de Puerto Gaviotas continuó con un encuentro para la generación de acuerdos en el que se esbozaron los alcances y resultados del proceso de memoria que se iba a emprender. Luego de esto, la comunidad, el Semillero y el Centro establecimos unas tareas y compromisos individuales y colectivos para empezar el trabajo de memoria. Con el objetivo de fortalecer el proceso organizativo y comunitario, se realizaron ejercicios participativos, esclarecedores y de memoria transformadora que en el proceso tejieran de forma solidaria la narrativa de lo ocurrido, respetando la diferencia y evaluando las implicaciones de construir memoria en el marco del conflicto armado.

Entre los acuerdos realizados, se pensó en plasmar una serie de relatos que condensaran las experiencias de vida de algunos pobladores de Puerto Gaviotas, Bellavista y Calamar y la realización de un documental donde se compartieran y se hicieran públicos los rostros, los lugares significativos, los restos de las viviendas de quienes habitaron este territorio, acompañados de las memorias de los que fueron desplazados, de los que aún permanecen y cuentan lo sucedido.

Con este propósito, el Semillero y el Centro realizaron visitas y estancias prolongadas en el territorio. Por ello, si bien el ejercicio de acompañamiento al proceso de memoria era lento en sus inicios, fue aumentando y cobrando vida al avanzar con el trabajo. Cada uno de estos encuentros propició espacios de conversación en los que se tuvo la oportunidad de compartir, a través de entrevistas colectivas e individuales, las memorias personales narradas desde la vida cotidiana de pobladores negros, colonos, campesinos, líderes,

maestros, mujeres y jóvenes, pero también las historias compartidas de dolor, resistencia y persistencia, antes y durante el conflicto armado en el territorio.

Junto a los pobladores de Puerto Gaviotas recorrimos los lugares significativos de la comunidad, de modo que, paso a paso, estos fueron evocando las historias que cada uno guarda y los recuerdos de quienes los habitaron. Asimismo, se realizaron cuadros de parentesco de cada una de las familias.

Estos recorridos, de la mano de varios miembros de las familias de Puerto Gaviotas, nos llevaron a caminar más allá del territorio amazónico ampliando este rompecabezas en el departamento del Valle del Cauca, en donde nos encontramos con las memorias de los antiguos pobladores de la vereda que fueron desplazados.

Paralelamente, estas memorias fueron ampliadas en medio de actividades de la vida cotidiana de la vereda —como los mandatos, las asambleas comunitarias, las cocinas—, momentos y espacios en los cuales no solo se compartieron saberes comunitarios, sino también formas de organizarse en medio del aprender haciendo. Así, mediante el diálogo entre diversas metodologías de investigación –como la etnografía y el análisis de fuentes documentales y de archivo (talleres de memoria, cartografías, líneas de tiempo o mapas andantes)–, el Semillero y el Centro les presentaron a la comunidad de Puerto Gaviotas la propuesta de compilar el acumulado de estas memorias en siete relatos, con la participación activa de sus protagonistas[1]. Esta propuesta fue aceptada y validada por la comunidad.

Para la construcción de estos relatos, se crearon siete personajes, los cuales logran condensar un gran número de entrevistas de diversos miembros de la comunidad. Es por lo anterior que cada relato es una polifonía de memorias sintetizadas en una sola voz. Por ello, una de las potencialidades de este abordaje metodológico radica en la forma como un conjunto de voces, a través de un personaje central, permiten recrear hechos, hitos, dinámicas y procesos

1
Todos los nombres fueron cambiados para proteger la identidad de sus protagonistas.

conformando y entrecruzando piezas de la memoria de toda una región. Además, permite evidenciar lo que el conflicto fracturó y lo que no pudo eliminar y borrar. Estas piezas, además, aportan a la consolidación del Consejo Comunitario, en cuanto instancia organizativa que puede usar, potenciar y movilizar estas memorias.

Quien se aproxime a los relatos observará cómo se articula la vida de estos pobladores a varios hitos, procesos y dinámicas de migración y desplazamiento. A su vez, encontrará cómo fue que operó el proceso de colonización negra en la región, incluida la de los maestros normalistas del pacífico desde mediados de los años setenta en el Guaviare y principios de los años noventa en Calamar. También podrá reconocer las disputas y estrategias político-militares de actores armados por el control territorial, los distintos ciclos de violencia y los efectos de diversos órdenes armados en la región. Además, se aproximará a algunos de los hechos de violencia generalizados (desplazamiento forzado, fumigaciones a los cultivos de coca y pancoger, confrontaciones armadas, asesinatos selectivos, ajustes violentos cotidianos), así como los daños e impactos de estos en la comunidad, en especial la *estigmatización* a la que fue sometida durante más de una década la población de Calamar y Puerto Gaviotas.

En estos textos también se encontrarán las huellas de los procesos organizativos y los liderazgos locales más sobresalientes, junto con las prácticas culturales y cotidianas, que se transformaron y fortalecieron con la llegada de población negra del Pacífico a Calamar y Puerto Gaviotas. En ese orden de ideas, se podrán reconocer los daños a estas prácticas, la conformación de un espacio de vida donde conviven muchas identidades regionales y los proyectos de futuro, como el retorno, la titulación de tierras y la reparación colectiva.

Cada uno de estos relatos se nutre de las huellas de lo ocurrido, y privilegian lo narrado en los testimonios directos de los pobladores, como una fuente de valor excepcional para este trabajo y, en general, para las comunidades negras. Esto se ha hecho sin perder de vista

el diálogo necesario con otras fuentes, como documentos secundarios –muchos de los cuales existen para el Guaviare en general, pero escasean para Calamar y Puerto Gaviotas–, archivos personales y documentos institucionales. Los contenidos de estas memorias fueron validados por sus protagonistas en lecturas conjuntas, proceso indispensable para su dignificación y la publicación de los productos acordados con la comunidad. El texto que se presenta a continuación a los lectores utiliza una mezcla de nombres ficticios y reales, por sugerencia de la comunidad. El primero de los relatos, en la voz de Marceliano Moreno, llevará al lector a desandar sus pasos por el Chocó, Palmira y Puerto Gaviotas, lugares que este andariego recorrió y en los que aprendió a ser un líder comunitario. En esta historia se podrán encontrar las violencias que marcaron a Puerto Gaviotas. La historia de Ostaciana guiará al lector por algunos de los saberes y sabores del Pacífico, a través de la lucha de una mujer que lleva en una olla el sabor del Chocó al Guaviare. La historia contada por Ostaciana describe la experiencia de una mujer raspachina, que vive en carne propia, junto con su familia, la arremetida del Estado con las fumigaciones a los cultivos de coca, la estigmatización y los asesinatos en la región, como consecuencia de la incursión del Ejército en una zona controlada por la guerrilla.

El tercer relato es el de Floro, que por décadas recorrió junto a su familia montañas y llanos, en medio de las inclemencias de la geografía. Es en Calamar donde logra convertirse en un reconocido líder político que, junto a la movilización social, lucha con la comunidad para hacer frente a la violencia política desatada en los años ochenta y noventa. El cuarto relato, de la profesora Norelis, resume la historia de las normalistas que salieron del Chocó en busca de un mejor trabajo en el Guaviare. Quien se acerque a estas páginas conocerá a través de ella cómo eran las festividades y reuniones comunitarias que se hacían en Calamar y Puerto Gaviotas, los tipos

de organización, así como los mandatos y las dificultades de una maestra para enseñar en una zona con mucha violencia.

El quinto relato, en la voz de uno de los hermanos Rodríguez, llevará al lector por el camino hecho por un campesino boyacense que colonizó el Guaviare; su historia inicia en Iza, Boyacá, pasando por el Meta, hasta llegar al Guaviare. Su experiencia es una aproximación a la manera en que la bonanza de la coca resultó ser atractiva para un habitante del interior, quien sale de su tierra en busca de finca, familia y seguridad, en una guerra que, según él, "no ha dado tregua al pobre". El sexto relato es el de Hugo, un joven que le apuesta a construir un proyecto de futuro en medio de la incertidumbre de un conflicto que ha truncado sus ilusiones y las de su familia. Con una dosis de espíritu burlón y luchador, ha desempeñado múltiples oficios, dentro y fuera del Guaviare, con lo que demuestra que las adversidades hacen parte de la vida de quien no tiene tierra, pero también la esperanza puesta en un mejor mañana para las comunidades negras de Puerto Gaviotas.

El último relato corresponde a los Carrizo, un par de hermanos que vivían en el Chocó y que, tras la muerte de su madre, se separan. Ambos cuentan las distintas peripecias que vivieron cuando la guerra llegó a sus vidas. Adelaida narra la manera en que sorteó el conflicto armado, escondida en el monte, y el papel de su familia en la fundación del barrio Bellavista, en Buenaventura, tras su desplazamiento. Por su parte, Ramiro comparte su experiencia como "cotero" de caña en Palmira, el estigma vivido en el Guaviare y su desplazamiento forzado hacia Buenaventura, a partir del asesinato de uno de los líderes más importantes de Gaviotas. En este relato el lector se encuentra con el dilema presente de dos desplazados de la violencia: el retorno al Guaviare o la continuidad de sus vidas en otra tierra.

Los invitamos a adentrarse en lo profundo de estas voces y del territorio y a sumergirse en este ejercicio de memoria que

contribuye al esclarecimiento y dignificación de los sobrevivientes, en el escenario de terminación del conflicto armado que se abre en el país. Creemos que este proceso puede detonar varias cosas, a mediano y largo plazo. En primer lugar, comprender algunos hechos, patrones de victimización, daños e impactos sensibles, que tuvieron implicaciones en la ruptura de proyectos comunitarios de vida y de reorganización que, de no haber sido fracturados por el conflicto, hoy tendrían a Puerto Gaviotas y en general a Calamar en un lugar de protagonismo regional.

En segundo lugar, ayudará a reconocer una región despreciada por las élites, con presencias y ausencias diferenciales de la institucionalidad estatal a lo largo de varias décadas. En esos espacios, muchas poblaciones, entre ellas la población negra y campesina, no pueden ser desconocidas como protagonistas de la memoria local. Estas poblaciones ayudaron a forjar expresiones de vida y paz que fueron desarticuladas, estigmatizadas, perseguidas, pero que no pudieron ser eliminadas de la memoria territorial y que hoy buscan ser reconocidas.

Finalmente, un ejercicio de la memoria como este, si bien reconoce que son muchas las víctimas de la guerra, asume como protagonista central al ciudadano sobreviviente y memoriante, en una región con enormes secuelas, pero también de potentes institucionalidades comunitarias para la paz. En esa medida, creemos que puede ayudar a "transformar la mirada" hacia unas comunidades que han sido etiquetadas como poblaciones guerrilleras, cocaleras, insubordinadas del orden estatal y, por tanto, quitar asiento a la macabra justificación político-militar, que pide acabar con ellas como "algo necesario" para la pacificación y consolidación del territorio.

El lector encontrará al final del libro un glosario con expresiones propias de los habitantes del territorio y, en cada uno de los relatos, un mapa que ilustra las rutas migratorias de sus personajes.

Marceliano Moreno y la lucha de los negros en el Guaviare

Vengo de una familia muy pobre, y eso que dicen que el Pacífico es una región con mucha riqueza…

Permítanme contarles la historia de Puerto Gaviotas. Esta es mi historia y la de muchos otros afrodescendientes que cogimos pal Guaviare, y en esas tierras construimos nuestro hogar, como el que teníamos en el Pacífico. Ya no queda casi nada de eso, la violencia borra todo.

Antes de llegar al Guaviare, como en los 70, mi historia ya era bien larga, llena de andanzas. Mi nombre es Marceliano Moreno, nací en el Chocó en 1936, por la antigua provincia del San Juan, por el río Tamaná, en un corregimiento llamado Playa del Rosario. De allá era mi familia. Vivíamos con mi mamá, mi papá, mi abuela, mis cinco hermanos y yo, que era el mayorcito. Allá en el Chocó la vida era difícil, éramos muy pobres, y eso que dicen que el Pacífico es una región de mucha riqueza, pero quién sabe dónde está, tal vez la tienen esas dragas enormes y esas empresas que llegan a extraer el oro y el platino. Ellos son la competencia del afro que se pone a sacar oro sacudiendo la batea y que lleva el sustento a su familia. ¿La riqueza? Yo creo que la tienen los gringos, enmascarados en empresas como Chocó Pacífico. A los ríos llegan con esas enormes dragas, parecen edificios de hierro chupándole la vida al río. Cuando acaban se van con el oro y con el verde que rodeaba al río, nos dejan unas tierras inservibles y un hilo de agua moribundo.

La tierra y el sobreviviente
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

A pesar de la pobreza, donde nací no faltaba la comida. La gente ha sido trabajadora y le ha gustado siempre cultivar; esa era la vocación del tamaneño. Se encontraba buen pescado y carne de monte. Ya no sé si ahora es así. Hace mucho no voy por allá. Recuerdo que pescábamos con anzuelo, pero no era tan abundante como en la costa. Esa gente de mar que pescaba con *chinchorros* atrapaba mucho pescado. Les tocaba, en ocasiones, soltarlo, porque ya era mucho lo que cogían.

Algunas personas cazaban animales en el río Tamaná. La lapa era uno de esos. Tenía la carne sabrosa. Para cazarla yo armaba una sagaya, un arpón de tres puntas bien filudas. Lo que me enseñó el Chocó me sirvió para vivir en el Guaviare. Esos conocimientos de marisca y pesca. Como le venía diciendo, los tamaneños se dedican sobre todo a la agricultura. Esa era la vida nuestra. Lo que más se sembraba era maíz, yuca, plátano, ñame y un poco de arroz. Como

todo el mundo sembraba lo mismo, no daba sino como para el gasto y pal consumo de nosotros. Aun así, los días viernes y sábado la gente se aventuraba a sacar algunas cositas a las galerías, que se ubicaban en las cabeceras municipales: Nóvita, Itsmina, Opogodó, Condoto y Tadó.

Como buen tamaneño, desde que era niño comencé a trabajar. A los ocho años mi viejo, Hostaciano Moreno, me dio mi primer machete, y desde entonces he sabido lo que es trabajar la tierra. A los once años comencé a estudiar, pero en otro caserío más arriba llamado La Playita. Eso fue por 1947. Recuerdo que en esa época se matriculaban hasta 120 alumnos para una sola maestra. Ella daba clase de primero hasta tercero, y uno aprovechaba que la clase era todo el día. Los jóvenes aprendían y había mucha disciplina. El primer día de estudio algunos muchachos aprendían a hacer las vocales y los números simples del uno hasta el nueve en menos de una hora.

Al año siguiente de estar en la escuela, mataron a Gaitán. Eso impactó a todo el país, fue algo que hasta la misma madre naturaleza sintió. Ese día se casó una prima mía, por eso lo recuerdo tan bien, un 9 de abril de 1948. En esa época no había forma de comunicarse como ahora. En Nóvita solo había un radio, de un señor Efraín López, y como él era conservador, lo apagó y no dejó que nadie del pueblo escuchara. Pero un liberal supo la noticia y se fue río abajo, a *canalete* o a remo, como le dicen por acá en Guaviare, gritando: "¡Mataron a Gaitán, mataron a Gaitán!" Ese grito hizo temblar a mucha gente. Yo veía que mi papá lloraba. Y no entendía, solo preguntaba: "¿Pero por qué lloran?, si mataron a ese hombre por allá tan lejos, ¿por qué lloran?" Después entendí que ese día se le abrió una herida al pueblo colombiano que aún no ha podido sanar, ese día comenzó La Violencia del país, esa Violencia tan tremenda que después nos tocó vivir en el Guaviare.

Eso fue en el 48, cuando yo tenía 12 años, y hoy que tengo 79 no he podido ver a mi patria en paz. Y es que algunos todavía creen

que el conflicto se acaba por la vía de las armas. Déjenme decirles que están muy equivocados, por esa vía se nos van otros cien años sin encontrar la paz en Colombia. Al menos que se silencien los fusiles, las bombas, las minas, todo eso. Con que se silencie eso me basta.

Cuando tenía trece años la situación económica se puso muy difícil en mi casa. Mi viejo enfermó, y como yo era el mayorcito, me tocaba responder por la familia y por mi mamá. Teníamos tierra para sembrar, pero eso no daba plata. Todo mundo tenía los mismos cultivos. En medio de las dificultades un compadre de mi viejo, que se llamaba Jesús María, me dijo que una empresa estaba trabajando con unas tintas que se sacaban del árbol del mangle. Él me aconsejó que trabajara con eso por las desembocaduras del San Juan, por Cacagual, que es una de las siete desembocaduras. Yo me las conozco todas: Togoromá, La Paila, Churimal, Charamvirá, Chavica, El Choncho... ¿la principal? Bocas del San Juan. Por allá es donde más trabajo daban. Yo a ese arbol lo conozco desde chiquito. Abundaba en los manglares y las playas del Chocó. Tiene unas ramas colgantes que escarban y se meten en la tierra formando una barrera. A veces da la impresión de que el árbol caminara con sus ramas colgantes, como con patas de araña. Eso era lo que decían por allá. Nuestro trabajo era tumbar el árbol y sacarle la corteza. Salía una baba espesa, de la que se sacaba la tinta, que terminaban vendiendo en Buenaventura, en las bodegas de El Piñal. La empresa en que trabajé se llamaba Curtiembre e Industria del Mangle. Al final lo del mangle tampoco daba mucho. Nos pagaban como a dos pesos el metro cúbico, y aunque el pago variaba de acuerdo a la calidad, era mucho trabajo para tan poquito. Entonces me devolví rapidito para mi tierra.

Al poquito tiempo murió mi viejo, cuando yo tenía 15 años. Eso le dio muy duro a mi familia. Se fue mi viejo querido, con el que nos amábamos tanto y que me enseñó muchas cosas. Él no sabía leer, pero, si usted le mostraba algo, él casi que tallaba las palabras en su mente, lo recordaba todo al pie de la letra. Esa es una ventaja de las

personas que no saben leer y escribir. Yo sí aprendí, en los poquitos años de escuela que tuve, y a veces me sentaba a leerle alguito.

Con la muerte de mi viejo Hostaciano llegó mucha familia a velarlo. Es la costumbre en mi tierra, en el Chocó, que todos se reúnan varios días a recordar y a cantar los alabaos, a hacer el novenario y a tomar viche. Esas costumbres tan bonitas también llegaron al Guaviare, a Puerto Gaviotas. En el último viaje mi Padre iba río arriba, en una canoa hasta Chiquichoque, donde quedaba el cementerio. Allá le dimos santa sepultura. En esas, un primo que trabajaba comerciando por la costa y por el río Baudó me propuso trabajar con él para poder ayudar en la casa. Sin mi viejo no había de otra, sino buscar cómo colaborarle a mi familia. Al fin de cuentas yo era el hermano mayor. Me fui para la costa con mi primo y principiamos a comerciar por el río Baudó. Duramos unos años comerciando víveres, sal o grano, los cambiábamos por carne, gallina, cerdo o arroz, para después llevarlo todo a Buenaventura.

En esa época todavía no se miraba el motor fuera de borda; nuestros viajes eran a vela, y eso sí que era difícil. En un recorrido que hacíamos, que era del río Ijuá a Buenaventura, uno se podía gastar ocho días con los vientos en contra, cuando hoy con un motor fuera de borda usted puede estar haciendo ese recorrido en seis horas. Era un trabajo duro, pero aprendí mucho y a trabajar honradamente. Cuando se reventaban los hilos que amarraban las velas, a mí, como era el muchacho, me hacían trepar a ese mástil a amarrarlo. No me daba miedo treparme, aunque allá arriba uno se zarandeaba de lao a lao, con la fuerza que le daban las olas. Yo me tenía duro y lo arreglaba. Como navegante también aprendí a orientarme en el mar, porque si uno no aprende, de pronto de noche usted ancló y se acostó a dormir y no supo mirar alguna estrella, algo que a usted lo oriente, cambian las aguas y queda loco.

Trabajando con los comerciantes uno se entera de muchas cosas, sobre todo en los puertos como Buenaventura. Allá se movía mucha

información. Por ahí le escuché a un paisano que por Palmira, Valle, había buen trabajo en los trapiches y en los ingenios. Yo quise entonces ir a buscar suerte en Palmira. Ya varios conocidos y paisanos del Chocó se habían ido a trabajar en el Valle, y yo no me iba a quedar atrás. En Palmira me encontré a un amigo al que le decían Morocho. Lo conocí en uno de esos viajes que hice por el Baudó. Él trabajaba en uno de los trapiches, en el Casangal, y me recomendó con su patrón para que me diera trabajo. Al principio me pusieron de garitero; me tocaba llevarle el desayuno y el almuerzo a los trabajadores. Después me dieron un puesto en el trapiche. Eso me gusta más, cortando caña, y en el molino, de tallador de panela, de contrahornero o de picador de cadillo para limpiar el guarapo. Pero ese trabajo era duro: muchas veces era día y noche sin descanso, y no hay nada que acabe más al hombre que el trasnocho.

En el trapiche estaba ganando unos pesos y alcanzaba para mandarle a mi mamá y a mis hermanos. Yo quería un puesto en los ingenios. Allá pagaban mejor y respetaban más a los trabajadores o, al menos, eso decían. Cerca al trapiche el Casangal había una sección del ingenio Manuelita. Hice un amigo que trabajaba allá de mayordomo. Como en el 62 pude entrar y trabajé ahí once años.

Antes de entrar al Manuelita yo no había escuchado nada de los sindicatos ni de la organización de los trabajadores. Allá encontré la formación que necesitaba para volverme un líder. Fui testigo de esas cosas que hoy todavía pasan, quién sabe si con más fuerza: patrones mandando y sometiendo a su antojo, que gustaban de bajarnos el sueldo o echarnos, si así lo querían. Yo averigüé cómo podía afiliarme al sindicato, porque al no estar ahí, uno era un blanco fácil de atropellos. Si nos organizábamos, les poníamos más difícil la tarea. Mi experiencia le debe mucho al sindicato, allí fue donde di mis primeros pasos como líder social y aprendí sobre las injusticias y la explotación del hombre por el hombre.

Al tiempo que me afiliaba a los sindicatos triunfó la Revolución cubana. Ese fue un tema de grueso calibre. Aquí en Colombia se desató una persecución sindical en todas las empresas del país, incluyendo a la Manuelita. Metían gente a la cárcel indiscriminadamente, fuera líder o no, o llegaban a convencerlos "por las buenas" —que llaman— de pasarse a una organización patronal. Los sobornaban con gallinas y lentejas o los llevaban a hoteles lujosos de Cali, como el Aristi. A esos que se vendían les decíamos "come gallinas". Yo aún me asombro al recordar cómo las empresas y el Gobierno querían, con todo su poder, desarticular las organizaciones sindicales, y es que para ellos todo era una amenaza comunista. ¡Si uno reclamaba porque su niño se estaba muerido de hambre, le decían comunista! La medida que tomó la Manuelita fue esta: si usted quería seguir trabajando en la empresa, tenía que renunciar al sindicato y, si no, le ponían más trabajo, lo cambiaban de sección y lo mandaban a trabajar lejos de la casa, y a uno le tocaba ir a pie o en bicicleta. Muchos renunciaron al sindicato, otros se aguantaron. Yo agarré mis cosas y me fui pa otro lado.

Me devolví para mi tierra en Nóvita, a estar con mi vieja y mis hermanos, aunque muchos ya habían hecho su camino. Una hermana se había ido al Valle a trabajar en una casa de familia, otro hermano, que salió de normalista, ya era profesor de escuela. Lo bueno de volver al Chocó fue que pude, después de una larga temporada, volver a compartir con los míos y en mi tierra. Ella siempre me llama, me quiere de vuelta. Debe ser porque allá quedó enterrado mi ombligo, entre una palma y un naranjo.

Estando en Nóvita, con tres paisanos nos íbamos a ir a Apartadó a buscar suerte, pero en esas nos encontramos con Jesús María, un compadre de mi viejo que nos aconsejó no ir por allá, porque estaba muy caliente. Nos dijo que mejor nos fuéramos para el Guaviare, que estaba bueno para trabajar por allá. Él decía que en el Guaviare uno podía ir y coger tierra, trabajarla y hacer su finca, mejor dicho,

a fundarse. Él ya había sembrado maíz y decía que lo pagaban bueno. Yo no sabía ni dónde quedaba el Guaviare, pero, como he sido siempre andariego, para allá arrancamos con tres paisanos, a buscar suerte. Jesús María nos dijo cómo llegar y a quién contactar cuando llegáramos. Nos dio la referencia de un tal Jacinto. El viaje hasta al Guaviare fue un viaje sin conocer, y cuando uno no conoce, haga de cuenta que es como andar ciego: todo lo está viendo uno por primera vez. Nos fuimos a Palmira a arreglar unos asuntos, después viajamos a Bogotá, de ahí nos fuimos a Villavicencio, de Villavo a Granada, y finalmente a Puerto Lleras. Nos demoramos varios días seguidos viajando, aunque a veces parábamos a dormir. Al final, ya al sur de lo que es el Meta, tomamos una embarcación en un puerto llamado Pororio. Llegué al Guaviare como en el año 76, y ahí empieza otra parte de mi historia.

San José era muy pequeño, unas pocas calles al lado del río...

En esa época San José era muy pequeño: unas pocas calles al lado del río. Cuando llegamos con los paisanos a principios del año, preguntamos en el puerto por el tal Jacinto, amigo de Jesús María. Ellos dos se habían conocido en Chocó. Eran otros andariegos. Habían llegado juntos al Guaviare. Jacinto trabajaba por los lados de Barrancón, sobre el río. Por allá tenía un fundo y sembraba maíz. Lo pudimos encontrar. Nos ofreció comida y trabajo. Tenía una finquita y nos llevó a trabajar en repartija. Ahí nos hicimos una plática con los paisanos, pero la vaina fue que en esa época, en el 76, los ríos se desbordaron y cubrieron todo con su barro, [que] se llevó toda la cosecha. Todo estaba inundado. Apenas alcanzamos a rescatar algunas mazorcas en unos potrillos que nos prestaron unos guayaberos, unos indios a los que ahora les dicen los jiw.

Afortunadamente esa vez el maíz estaba a buen precio, y con lo que salvamos juntamos una platica. Con eso pensé en volver al Chocó, porque yo no tenía planes de quedarme en el Guaviare, quería volver a mi tierra. Al fin un paisano me convenció de comprar unas hectáreas entre los dos, en el lado del Meta. Se las compramos a un patrón que tenía una finca grande y metimos ahí a Alcides, un conocido que también venía del Chocó. Un hermano de Jacinto también se vino a estas tierras. Nos juntamos a trabajar con sus familiares. Éramos como siete, puros machos solos. Desde esa época ya nos veníamos en galladas aquí al Guaviare: a cada uno le llegaba que un amigo, que un primo. Después comenzaron a venir las mujeres.

Cuando eso la gente empezó a hablar de la marihuana. Decían que le daban a uno la semilla y le aseguraban la compra. Entonces nos pusimos a sembrar marihuana, a ver qué. Sembramos como unas dos hectáreas, más o menos, pero eso no funcionó. El primer cultivo lo cogió una inundación, y se perdió todo. Es que el río Guaviare es bien bravo. Cuando se dice a crecer, arrasa con todo. Después volvimos a sembrar, y cuando la cosechamos y la fuimos a vender, ya no valía nada. Todo el mundo había sembrado, y cuando todos tienen lo mismo que ofrecer, la cosecha no vale nada. La casa donde vivíamos, igual que el puerto en San José, está atiborrada con bultos de marihuana, y eso se perdió. ¿Porque qué? ¡Jum! Algunos sí hicieron plata con eso, pero a mí y a mis paisanos no nos fue bien esa vez.

Cada uno cogía pa donde podía…

Después de eso nos esparcimos. Unos arrancaron para el Guayabero, otros para abajo, para Calamar, Miraflores y el Inírida. Cada uno cogía pa donde podía, donde tuviera un conocido, una amistad que lo recibiera y le ayudara. La finquita que habíamos comprado en socia la conservamos un tiempo y le seguimos sembrando maíz. Después un amigo de Jesús María, el señor Acasiano, que también era paisano

del Chocó, nos invitó a Calamar a trabajar. Él tenía picas por toda la región. Es el modo de señalar los puntos con los que se marca la propiedad. Nuestra tarea era ayudarle a tumbar montaña. Duramos un tiempo en esas, y con el señor que venía del Tolima sembraron los primeros cultivos de coca. Ahí trabajé como tres meses y volví a la finquita en el Meta. Cuando miramos que lo de la coca se puso bueno y empezó a coger fama, vimos que mucha gente comenzó a llegar por ese negocio y después de sacar la última cosecha de maíz, negociamos la finquita y nos fuimos con la gallada a trabajar a Calamar.

Por esa época empezamos otra vez a juntarnos varios del Chocó, y aunque en la gallada había también costeños y gente del interior, casi todos éramos negros del Pacífico. Yo llegué a Calamar en 1981 a tumbar selva para sembrar coca, que era lo que uno hacía en esa época. En ese entonces Calamar era bien diferente: la gente andaba era por los ríos y por las trochas. Los caminos empezaban a nacer. Ya comenzaban a verse varias avionetas. La única vía era la que venía de San José. Esa la hicieron unos misioneros en compañía de unos indios tucanos, que venían del Vaupés. En Calamar la gente todavía comerciaba con pieles de tigre y de tigrillo. Es que todo esto, para donde usted mirara, era selva, puro monte. En lo que es Puerto Gaviotas había por ahí unos dos o tres fundos, pero pequeños. Lo que estaba tumbado era poquito. De resto, eso eran unos árboles de treinta o cuarenta metros, tan anchos como un carro particular. Encontrábamos todo lo que se necesitaba para tener buena comida. Nos íbamos a cazar y a pescar y traíamos harto. Todos los caños estaban llenos de pescado. En Caño Rico y hasta el mismo río Unilla uno pescaba un baldado en diez o quince minutos.

Cuando estaba trabajando con Acaciano empezó a llegar la coca. Primero fue por los lados de Miraflores, con los esmeralderos de Boyacá, y después los gringos, pioneros en el negocio. La gente subía semillas por el río, y no se hicieron esperar los que buscaban hacerse su plática. Llegaron paisanos, gente de todo lado, a trabajar

en la coca. Yo era un buen raspador, pero para mejorar las ganancias hice negocios con Acaciano, que trabajaba con la coca en Lagos del Dorado, por el río Vaupés. Primero le trabajé a él allá y después me vine para esta finca, en lo que era Bellavista. Por allá duré un tiempito, y ya cuando volví a Calamar fue como en el año 85.

Cuando volví esto estaba lleno de paisanos. Habían llegado a trabajar mientras yo estaba por el Vaupés. Estaban bien organizados. Eran varias familias, y habían construido algunas casas y caminos. Todos trabajaban unidos y hacían parrandones de padre y señor nuestro. En ese entonces los dueños de esto éramos el finao Atilano Moreno –Lucho, para los amigos–, su familia y yo, porque Acaciano me había dejado la finca.

Juego, pescado y agua
Fuente: Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno

Lo primero que se formó en Gaviotas, que en ese tiempo no se llamaba así, fue un caserío. Le decían "Calle Caliente", porque allá siempre hacían mucho ruido y mucha fiesta. Cuando se construyó el acueducto, pudimos hacer las casas más separadas, más independientes. Se formaron lo que son los primeros asentamientos de Gaviotas y Bellavista. En esa época los que llegaban a la vereda ya se habían visto antes o se conocían del Chocó, y los que no, acá nos comenzábamos a conocer, sin importar si éramos blancos o negros. El que llegaba acá podía coger un pedazo de tierra y trabajarla, familiar o amigo, sin distinciones. Uno le abría campo a la gente pa que trabajara. Muchos llegaban a cultivar la coca, pero no para quedarse, sino a conseguir plata para irse. De todas maneras, eso no fue del todo así, y algunos terminaron trayendo a la mujer y a la familia, y muchos de los que se fueron salieron con una mano atrás y otra adelante. El finao Lucho hizo un bailadero bien bonito de guayacana y un quiosco muy lindo, en el que nos reuníamos para compartir y donde hacíamos las fiestas. El puerto lo teníamos bien arreglado y pusimos una virgencita para que cuidara a los navegantes. De todo eso no queda ni las ruinas. El monté cubrió todos los cimientos de Calle Caliente. A la virgen ya se la comió el río.

Llegar a Puerto Gaviotas y a Bellavista era encontrarse con un pedacito del Pacífico. Las casas las levantamos con palafitos, algo que nos enseñó el Chocó y que aquí tuvo su utilidad para cuidarse del río y los animales. Nosotros somos gente de río. Andábamos sobre todo en canoa. Las hacíamos de una sola pieza y las movíamos con canaletas, a diferencia de los potrillos de tres tablas que hacen los campesinos por acá y que mueven es con remo. Empezamos a sembrar caña y a construir el trapiche. Había guarapo y panela para todos. También hacíamos biche, nuestro trago del Pacífico. Es un destilado de caña que no demora en ponerlo bien alegrón, le hace olvidar las penas y le suelta la lengua. Mis paisanos encontraron en estas selvas del Guaviare algunas de las plantas y los bejucos

que tenemos en el Chocó para curar el biche: chuchuguaza, contragavilana, bejuco del guaco, venadillo; también hiel de la lapa y de serpiente, para que le quede más potente la curada. Cuando usted consigue las matas, las echa en una botella oscura, en luna menguante, y las deja guarapeando con el biche. Ya después de un tiempito el trago absorbe todas las propiedades: curar el mal de ojo, el reumatismo, la picadura de serpiente, calmar el dolor, quitar el frío y el dolor de barriga. Del biche también dicen que es afrodisíaco: si tiene el pájaro mirando para el suelo, con unos tragos de biche curado queda apuntando para las estrellas.

Así fue como se empezó a formar la vereda de Puerto Gaviotas y sus asentamientos. Ya éramos como 150 afros compartiendo la tierra con otros colonos que llegaban de todos lados. El momento de mayor esplendor de Gaviotas fue sobre todo durante los años noventa. Yo, como líder social, y con el apoyo comunitario de las personas de la vereda, logramos gestionar varios proyectos que incluyeron plantas solares, mejoramiento de vivienda, acueducto y parcelas demostrativas. Es una pena que de eso que era Gaviotas ya no queda sino el recuerdo. ¡Imagínense! Nosotros íbamos para corregimiento municipal –eso era lo que anunciaban las comunidades y las autoridades municipales–, pero después de lo que pasó la vereda quedó casi despoblada.

Pensaron que todos en el pueblo éramos guerrilleros y la cogieron contra nosotros…

La guerrilla contribuyó con la formación de las Juntas de Acción Comunal y apoyaron el trabajo comunitario a través de los mandatos. La gente se reunía para construir trochas, puentes, limpiar caños, incluso para ayudar a los vecinos a armar sus casas. Lo que hacía la guerrilla era castigar a los ladrones, ponerle multa al vecino que no trabajaba, al que peleaba, y como andaban armados la gente

TRAYECTORIA DE MARCELIANO

les corría mucho. Ponían las reglas para lindar el terreno, y así se evitaban problemas por los límites de las fincas. Promovían el aseo con rellenos sanitarios y ayudaban a resolver problemas entre los vecinos, cuando el Comité de Conciliación de las Juntas no los lograba solucionar.

A falta de Estado ellos ayudaban a resolver los problemas, pero, eso sí, aunque muchos digan que las Juntas de Acción Comunal eran "nichos de la guerrilla", aquí teníamos autonomía frente a los "muchachos". Esto se los cuento a pesar del estigma, porque mucha gente no es consciente que en muchos lugares de Colombia, ante la ausencia del Estado, los que ponían el orden eran los guerrilleros. Esto no lo saben los del centro, y yo creo que les sería útil la información.

Antes de que la guerrilla llegara a Calamar, el negocio de la coca había despelotado todo. La gente andaba armada, había patrones que, por no pagar, mataban a sus trabajadores, hacían lo que les daba la gana; por ejemplo, un grupo se emborrachaba y disparaban a lo loco. La guerrilla le puso orden a eso. Por ejemplo, ya no le podían pagar a uno con pasta base, sino que le tenían que dar era la plata. Tampoco podía andar pegándole a la mujer, armando pelea, disparando al aire o tomando y haciendo escándalos. Lo ponían a uno a pasar trabajo si andaba en esas. Después de una de esas caídas de los precios de la coca, los muchachos nos recomendaban darle prioridad en la siembra al pancoger que a la coca. Es que eso fue duro. La gente no tenía ni un plátano pa fritar, porque se acostumbraron a tener plata. Traían la remesa en avioneta desde Villavo, ¡y qué les iba a importar sembrar algo! Ellos prohibieron la caza indiscriminada y eran los que castigaban a los ladrones y violadores. Con estas medidas fue que la guerrilla reguló y puso orden al negocio. Ese cuento de que ellos obligaban a la gente a cultivar coca no es tan cierto, y que la guerrilla era la que compraba la coca tampoco era cierto. Eso eran los narcos, los que les compraban a todo el mundo.

Fue como en el 97 que se metieron los paramilitares. Entonces la guerrilla también se puso a comprar coca, y nos dijeron a nosotros: "Si van a sembrar coca, siembren también comida". Decían: "Va a llegar el Estado a romper con todo, siembren arroz, maíz, yuca y otras cosas para que no los hagan salir, siembren de todo, para que aguanten". Eso era lo que nos decían los guerrilleros, y yo estaba de acuerdo con la fórmula. La resistencia está en hundir raíces en la tierra.

El problema fue cuando se intensificaron las fumigaciones, como en el 86. En esa época, la guerrilla le disparó a una de las avionetas y ahí comenzaron los problemas. Los militares pensaron que todos en el pueblo éramos guerrilleros y la cogieron contra nosotros. Me acuerdo de un señor que vivía por allá por el palo de mango. Fueron a verlo tres días después de la plomacera y había balas incrustadas en toda su ropa. La cosa se puso sería. La primera escuela de Gaviotas la hicimos en un cambullón donde procesaban coca, y el Ejército la quemó. Después costruimos una con material, y en los combates la acabaron a punta de plomo. Ahí todavía se ven los impactos. Muchas veces la profesora tenía que meter a los niños en el baño, para protegerlos con el tanque de agua que estaba encima. Claro que la culpa también fue de la guerrilla, porque ellos les dispararon a esas avionetas, y el Ejército reaccionó de esa manera tan despiadada contra nosotros.

Un día cualquiera estábamos aquí y, en el momento menos pensado, aterrizaban unos helicópteros y nos vimos rodeados de los antinarcóticos. En una de esas avanzadas se nos metieron al rancho. Nos encañonaron, nos sacaron a todos y nos reunieron en una fila con manos en la cabeza, como listos pa fusilar. Menos mal yo no tenía mucha plata, porque se robaron lo poco que tenía la gente. Ese día intercedió por nosotros el concejal Laureano Narciso, un líder negro que siempre ha luchado por la vereda. Al vernos asustados y con las manos en la cabeza, nos dijo que las bajáramos, que nosotros no habíamos matado a nadie. El habló con los militares para que nos

dejaran tranquilos, y ese día efectivamente se fueron, pero ese tipo de cosas se volvieron cotidianas, hasta al punto de fracturar y acabar con nuestra vereda.

Solo unos poquitos nos quedamos…

Hoy en día la vereda es bien diferente a como era en esa época. Mucha gente del Chocó se regresó, otros se fueron al Valle, a Palmira o a Buenaventura, a seguir andando, a huirle a la violencia que llegó con los armados. De todos los que había, quedamos bien pocos: unos viven aquí, otros en Calamar. Nos dicen "Los Guapitos" por resistir a la bala, a la bomba y al veneno de las avionetas. Porque nos quedamos y aquí nos afirmamos, y nos quedamos para luchar por esta tierra. Seguimos con proyectos, buscando organizar a la gente, trabajando mucho y esperando a que el Estado nos cumpla con algo de todo lo que nos debe.

Con mi familia y otros vecinos comenzamos con el proyecto del cacao para nuestro futuro. Un día dijimos que la coca ya tocaba cambiarla, porque, al paso que íbamos, quién sabe cómo sería el final. El precio de la coca bajó mucho, y ya a lo último, con las fumigaciones, la militarización y los problemas que eso traía, abandoné el cultivo y me dediqué fue a raspar en otras fincas más lejos. Yo no dejé de sembrar nunca el plátano y mis maticas de arroz, pero de todos modos tocaba rasparle a los de la coca. Yo digo que tener otros cultivos fue lo que nos salvó. Ya a lo último, en el 2011, empezamos a hacer vivero, y cuando nos entregaron las semillas de cacao, yo dije que ya no más coca, porque uno trabajando con eso se arriesga mucho y otros son los que ganan. Entonces, me dediqué fue al cacao y ahí estamos, con mucho esfuerzo, pero viviendo de eso. Por aquí vino también un proyecto de caucho y también me afilié. Sembré como cinco hectáreas y tenía el caucho bien grande, como de 5 años. Ya estaba a punto de comenzar a dar. Entonces el mismo Estado que nos dio esa alternativa del caucho llegó otra vez con las avionetas y

lo fumigó. Esas son las contradicciones de los gobiernos que uno no entiende. Pero, bueno, por ahí me quedaron hectárea y media, que comenzó a producir algo.

Ahora falta es que la vereda vuelva a recuperar esa alegría que nos quitó la violencia. Para eso necesitamos la tierra, para todos poder trabajar. Por líos y procesos jurídicos bien engorrosos, las tierras en donde estaba el asentamiento se las titularon a gente que ni siquiera vivía aquí. Con la organización del Consejo Comunitario queremos recuperar las fincas donde trabajábamos, que las titulen colectivamente y que los que se fueron desplazados por la violencia puedan volver. Con algunas personas que fueron desplazadas estamos pensando el retorno a la vereda, para que empecemos a hacer casa y labranza en las tierras despobladas que antes eran de nosotros. Sería bonito que la gente que aquí se amañaba pudiera comenzar de nuevo, ya no para sembrar coca, sino para vivir de otras cosas, y que volviéramos a tener esta vereda como la más importante y próspera de Calamar, con toda la alegría y las fiestas tan buenas que la caracterizaban. Ese es mi sueño, lo que le quiero dejar a mis hijos y a mis nietos.

Ostaciana Moreno y las huellas femeninas de la colonización negra

Mientras le voy contando, vamos a poner a hacer un arrocito…

Por aquí han pasado tantas cosas... ¡ay! Mientras le voy contando, vamos a poner a hacer un arrocito pal sancocho, ¿le parece? Uno le echa el aceite y la sal; cuando el arroz ya está lavao, lo echa a la olla y lo pone a refritar un rato; cuando ya está doradito, doradito, le pone el agua, pero solo lo dora un poquito y ese arroz queda ¡hum!, ¡mejor dicho! Usted puede comerse un plato de arroz así, sin nada más, bien calientico. Después le mete una cuchara, para ver si está bueno de agua, para que no le quede mazacotudo. Uno pone de pie a la cuchara y se da cuenta: si le queda parada, está bueno de agua. Eso es costumbre de nosotros los afros, hacer el arroz así, refrito. Queda más sabroso. En mi casa ya estamos acostumbrados. Mis hijos, desde que ellos nacieron, se comen el arroz así. Si yo no lo hago refrito, ¡jum!, ellos solo se comen un poquitico; en cambio, así refrito, se lo comen todito; mejor dicho, repiten.

Mi nombre es Ostaciana Moreno Valencia. Yo tengo 78 años y llevo acá en el Guaviare treinta. Mi esposo, Luis, y yo llegamos acá a trabajar, en búsqueda de nuevas oportunidades, porque en nuestro pueblo había poco trabajo. Nosotros somos del Chocó. Desde allá nos distinguíamos con mi esposo; desde que éramos jóvenes nos cruzábamos en el caserío. Él sabía quién era yo y yo sabía quién

TRAYECTORIA DE OSTACIANA

1. Hijúa, Bajo Baudó, Chocó.
2. Buenaventura, Valle del Cauca.
3. Armenia, Quindío.
4. Vereda La Libertad, Guaviare.
5. Calamar, Guaviare.
6. Vereda Puerto Gaviotas, Guaviare.

era él, pero nos vinimos a conocer de verdad cuando yo llegué a Calamar. Él llegó primero que yo.

Nuestro lugar en el Chocó se llama Ijuá. Era un sitio muy hermoso, ¡usted no se imagina! El caserío queda, o quedaba, ya no sé, al lado del mar y había una playa muuuy bonita. Mi papá cogía mucho pescado por esos días, y es que había mucho. Todos los días comíamos sin falta. Él pescaba con atarraya y con esa malla que le dicen chinchorro, en un río que era como un caño, subía la marea y subía el caño, y cuando bajaba se secaba y ahí quedaba todo el pescado. También sembrábamos. Yo le ayudaba a mi papá y a mi mamá. Eso sí era muy bueno, había mucha comida, pero poco trabajo.

Cuando me hice muchacha, a la edad de trece años, comencé a *jovencear*. Me fui de mi pueblo a encontrar caminos. Salí del Chocó a buscar trabajo para ayudarle a la familia. Me fui para Buenaventura. Allá estaba mi primo Lucho. Él me daría posada. Yo hace mucho que no tenía noticias de él. En Buenaventura me la rebusqué por un tiempo, primero alquilé una panadería y ¡qué panadero ni que nada! A mí me enseñó mi mamá, que hacía mucho pan aliñao pa vender en el Chocó. Le echaba bastantes huevos, ¡pero solo la clara!, y ese pan quedaba, ¡mejor dicho!, delicioso... Desde muy niña sabía cómo hacer el pan bien rico, diferente del que venden en la panadería del pueblo, que usted se come uno, dos, tres, cuatro panes y no lo llenan nada. En cambio, si usted se come solo un pan de esos aliñaos que yo sé hacer, ya le siente el peso y el sabor. Puro alimento.

Después de mi panadería en Buenaventura me tocó trabajar en una casa de familia, con una señora, ayudándole con el aseo y haciendo de comer. Al pasar el tiempo me aburrí y decidí seguir buscando a Lucho, pero no me dieron razón de él por ninguna parte. Arranqué para Armenia y trabajé con otra familia que me quería mucho. Eso les encantaba como yo cocinaba. Me llevaban para todos lados, no querían que me les despegara. Al rato, la familia se fue a vivir a Ibagué y me dijeron que si quería me llevaban con ellos, pero

yo no quería ir por allá, porque allá no conocía a nadie, y además no me pagaban muy bien. ¡Cómo extraño mi tierra, el pescado y el mar!

Duré como año y medio con esa panadería, que me ayudó a sobrevivir con mis dos hijos. Pero ya a lo último se puso eso malo, la gente no quería comprar pan, había mucha competencia, entonces no seguí haciendo más por allá. Tiempo después, llegué a Puerto Gaviotas y me junté con Luis. Al comienzo volví a hacer pan, pero esa es otra historia. Dejémosla para después. Cuando terminemos el sancocho, le enseño mi receta.

En el Chocó muchos decían que por allá el trabajo estaba bueno

Una amiga fue la que me comentó sobre el Guaviare. Me dijo que me fuera para allá, que el trabajo estaba bueno y que pagaban muy bien. Yo no sabía dónde era el Guaviare, pero me sonaba el nombre. En el Chocó muchos decían que por allá el trabajo estaba bueno, que sembraban coca y que uno tenía que ayudar a cocinar y a raspar, y con eso se hacía buena platica. Ella me insistió mucho. Me dijo que me fuera, que estaban necesitando mujeres en un pueblito que llaman La Libertad, cerca de Calamar. Y así fue. Ella se vino primero y mantenía llamándonos. Como al mes, me dijo que si al fin estaba de acuerdo pa venirme y le dije: "Pues sí". Yo no tenía plata ni para el pasaje, pero mi amiga me dijo que ella me mandaba la plata. Ahí mismo yo le dije que conocía a dos muchachas más que querían irse conmigo, porque la cosa por allá estaba muy dura. Me dijo que no había problema y nos mandó lo del viaje a las tres.

Eso fue en el 2000. Ella nos mandó la plata y como a la semana le llegamos a La Libertad. Apenas me bajé del carro encontré a un paisano de allá de Buenaventura, que de una me reconoció y me preguntó que yo qué buscaba por allá. Yo le dije que trabajito, entonces me dijo que donde él trabajaba necesitaban una guisa. Así se les

decía a las mujeres que trabajaban de cocineras. Le pregunte que si era buena la paga, y me dijo que sí, y ya, nos fuimos a trabajar. Él me decía que seguro me daban el trabajito, porque él me recomendaba. Y sí, ahí mismo arranqué y me fui a trabajar con el muchacho.

Un día estábamos hablando y yo le dije que tenía un primo muy querido que hace mucho no veía, que le decían Lucho. Yo le mostré una foto y él de una me dijo: "¡Ah! Yo lo conozco. El hombre vive en Calamar, en una vereda que le dicen Puerto Morocho". Salté de alegría y le dije: "Cómo quisiera verme con él". Entonces el muchacho me comentó que él iba para allá el próximo fin de semana y me convidó. Pero yo le dije que hasta que él no encontrara a mi primo, yo por allá no iba. Resulta que el muchacho se fue un sábado a Puerto Morocho y llegó como el lunes con la razón de que había encontrado a Lucho y que él me había mandado a decir que me fuera para allá, que me tenía una finquita. Me fui a Calamar a buscarlo y desde entonces me quedé.

¡Ay, seño! Paremos un momentico la historia y miremos el sancochito, que está quedando muy bueno. Yo por contarle tanto no le enseñé la receta. Usted primero pone la olla llena de agua con todos los condimentos que quiera echarle: por ejemplo, nosotros cultivamos cilantro, eso le da un sabor más bueno a la sopita; también le echamos comino, y ahí mismo usted le pone la carnita, el pollito o el pescado, lo que usted tenga. Se le pone primero la liga con el condimento, pa que ablande, y cuando usted vea que la carnita está en su punto, le hecha el plátano y más ratico le hecha la yuca, para que no se vaya a desbaratar; esa toca de última. Si usted lo hace con leña, está bien rápido, y le queda mejor. Yo también tengo estufa, pero la comida no queda igual. A mí me gusta cocinar con leña. Imagínese, ¡tantos años cocinando con fogón! Por ahí disque el médico me prohibió, porque me hace daño pa los pulmones, pero yo no le hago caso. A nosotros nos encanta la comida con ese saborcito..., y no es que uno tenga asegurado el gas todo el tiempo.

Mire que una de las cosas que me amañó por acá fue la comida. Por allá en Buenaventura todo lo que uno comía era comprado, hasta el agua que uno tomaba. Antes, en Ijuá, en el Chocó, sí tenía uno harta comida y buen pescadito, que cocinaba mi madre, pero eso por allá ya no es igual que antes. En cambio, acá en Puerto Gaviotas eso era muy bonito, porque uno conseguía por ahí un trabajito y le pagaban y también se ponía a cultivar tranquilo su bastimento: que el arroz, que el maíz, el plátano. ¡Eso era muy bueno cuando yo llegué por acá! Criaba mis pollitos para hacer el sancochito y también a veces vendía por ahí. Yo invité familia pa que se vinieran, porque yo miraba que la cosa estaba buena en esa época y, además de que había trabajo, también podía uno conseguir una tierrita. Por esa época el trabajo también era duro, aunque uno se ganaba buena platica.

Llegábamos a la casa, comíamos y volvíamos al baile

Fue acá donde me encontré con Luis, mi esposo. Primero llegamos a una finca de un señor que se llamaba Carlos. Era un raspachín que había llegado antes de nosotros y que estaba por allá en San José del Guaviare. Después nos fuimos a otra finquita con algunos familiares de Luis, y ellos empezaron a trabajar en socia. ¡Les tocaba duro! Con Luis tuvimos ocho hijos, y teníamos que encontrar la manera de criarlos y de no pasar penas. Entonces empecé a raspar coca. Por esa época la siembra estaba buena, cocinaba para los compadres y además les ayudaba a raspar.

Montamos un ranchito entre los dos y empezamos a sembrar juntos. Al ranchito le llamamos "El Tesoro". Le pusimos así porque por esa época nos estaba yendo muy bien. De a poco cada familia tenía su pedacito de siembra, íbamos raspando y vendiendo. Sembrar coca no era duro, era como sembrar yuca. Uno hace el hueco, pone el palito y pisa bien duro, pa que cuando la fuera uno a

jalar pa quitarle las hojas no se le viniera toda la mata. Lo duro era rasparla. A mí me quedaban doliendo las manos, ¡uf! Después para cocinar eso era un solo dolor.

A veces solo nos quedaba tiempo para cultivar coca, con la plata del jornal nos hacíamos para comprar manteca, sal..., lo del diario. También cultivábamos plátano y sembrábamos arroz. Por esa época cogíamos toneladas de arroz. Entonces intercalábamos los cultivos para tener qué comer. Fueron buenos tiempos, pero, como siempre, nos tocaba pesado. Además de raspar, cocinar, cuidar los animales y atender a los niños, las mujeres también lavábamos. Eso sí era un solo relajo, todas íbamos al mismo lugar a lavar. Quedaba abajo, en

Nuestro tesoro
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

un lugar que llamábamos "Calle Caliente". Allá los hombres se unieron y nos ayudaron a hacer un pozo para todos, porque había una partecita donde salía una quebradita natural; ahí nos podíamos ubicar de a cuatro. También había unos tambores que nos servían como tanques. Con una manguera que venía del pozo hacíamos bajar el agua, y con eso llenábamos el tanque. Ahí cada una ponía su manguera, llenaba su tambor e iba sacando el agua pa lavar su ropa.

Ese era lugar de hablar de muchas cosas. Solo para mujeres. La una le contaba un chiste a la otra y ¡jua-jua-juá!, nos reíamos toditas, y así nos poníamos todas juntas a chistiar, como cuando estábamos en el Chocó con nuestras mamás. Pero en el Chocó nos tocaba diferente, a las que llegamos de la costa del Pacífico, donde el agua era salada, teníamos que cavar unos pozos para sacar agua dulce y lavar ahí. Porque con agua salada no se puede lavar; se corta el jabón y todo. Tocaba cavar unos pozos profundos y sacar agua y lavar. Esa agua salía cristalina y con esa se lavaba. Y allá los hombres nos hacían unas tablas artesanales que le decían rayos, para lavar la ropa. Con eso se restregaba. Ahora se modernizaron y tienen cepillos para restregar, como uno aquí. En ese entonces se lavaba así, pero ahora ya no se ve eso. La mayoría de gente se fue y quedamos poquiticas mujeres por acá. Yo a veces me junto con mi prima y vamos a lavar al caño, pero ya no es igual que antes, ya no está la montonera alegre de mujeres en juerga.

Bueno, pero volvamos otra vez a lo que le estaba contando, porque uno, recordando, ¡se pierde muuucho! Por la época de los 2000 empezó a llegar mucha gente por acá. Eso eran casas y casas en fila. También nos dábamos nuestro descanso, sobre todo los sábados y los diciembres. Por aquí en la vereda Lucho tenía unos billares y después, con la buena situación, construyó un kiosco grande, con techo de paja, piso y baños de material. Tenía sus sillas de madera, como una discoteca, y en el centro había una pista redonda, una plataforma. Hasta la gente de la alcaldía iba a festejar por allá. Se

iban en una canoa grande a bañarse en el río, a bailar y a comer carne asada y a la llanera.

Allí vendía trago y nos regalaba a veces a nosotros, los de la vereda, que cerveza, ron, aguardiente, whisky. Allá hacíamos todas las celebraciones: bautizos, el día de la Virgen del Carmen; mejor dicho, de todo. Mi primo era el que ponía la música. Bailábamos mucho. A él le encantaba. Eso ponían salsa, vallenato, ¡mejor dicho! Ese bohío permanecía llenito, llenito, también por Lucho, que era muy generoso. Eso llegábamos a la casa, comíamos y volvíamos al baile, amanecíamos bailando. Lástima que, cuando la cosa se puso dura, le prendieron candela a ese quiosco. Y es que acá todo se volvió a poner pesado cuando el Ejército quedó permanente. Eso fue como en el 2004. Fue allí cuando empezaron a llegar otros grupos armados que iban juntico con ellos. Nosotros nunca supimos quién quemó el quiosco, lo que sí le puedo decir es que lo que vino fue horrible, bombardeos, fumigaciones, asesinatos...

Mucha gente salió de aquí y se terminó esa época de baile y vida en comunidad

Lo de la coca tampoco duró mucho tiempo. El gobierno empezó a fumigar y entonces los cultivos se trasladaron monte adentro. Nosotros, en el intento de salvar algo, le echábamos aguadepanela a los cultivos, pero eso era muy fuerte: al otro día todo lo verde estaba chamuscado. Todo lo fumigaban, hasta las casas. ¡Esa época fue muy pesada! Entonces dejamos la coca y empezamos a sembrar arroz. Nosotros sembrábamos, por ejemplo, una hectárea de arroz y la mitad era para la comida y la otra mitad era para vender y tener suelto con qué comprar que el aceite o el jabón, cosas así. Por aquí las mujeres también sobrevivíamos de las gallinas. Yo compraba pollo purino, hacía mi galpón, lo criaba y entonces iba al pueblo a venderlo. También vendía gallinas de campo. Uno se hacía lo de sus cositas.

¡Uy! ¡No, seño! Es que con la fumigación es una cosa muy brava. Ese veneno mata de todo y el Estado siguió con eso sin importar que ya no teníamos coca, entonces uno no entendía por qué... Un día llegaron ahí a la cauchera y a la cacaotera a fumigarnos. Y hace poco pasaron en una avioneta, bajitico, bajitico, rayando los palos, mirando a ver si había coca. No, pero ahí no hay coca desde hace mucho. Lo que hay es cacao y ya todo eso está limpiecito. Igual a veces se asomaban a mirar a ver si encontraban coca, y por ahí de vez en cuando echaban de ese veneno, como para hacernos el mal.

Y es que toda la comida nos la fumigaban. El arroz, el maíz... todo, y ¿pa qué poner el denuncio? Hace poquito le fumigaron a una

La semilla, el cacao y la bellota
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

vecina como cuatrocientos palos de cacao y lo puso; a la señora que vive abajo también le fumigaron unos palos de caucho y también demandó. No les pararon ni cinco de bolas, a ninguna de las dos. Denunciando le dijeron que el Estado no responde por eso, y entonces, pregunto yo, ¿quién tiene que responder?

Por cosas como esas fue que la gente se empezó a ir, porque no aguantaron más la brutalidad y el conflicto… ¡mucha violencia! Se fueron yendo y, como la mayoría de la gente del Pacífico, siguieron andando por el todo el país. Nosotros fuimos los que nos quedamos, los que teníamos más raíces. Los otros se fueron, desbarataron las casas, las vendieron y se fueron… ¡ay! Y nosotros no nos fuimos, porque no queríamos irnos, porque aquí habíamos tenido a nuestros hijos y habíamos construido familia. Yo me quedé al principio con miedo, pero no me iba a ir sola y dejar a mi compañero. Aquí estábamos en comunidad, estábamos bien, y no le debíamos nada a nadie. Nos quedamos, a pesar de ver a todos los paisanos irse… ni sé cómo más contarle, eso fue muy duro.

A veces tragábamos amargo del susto, cuando veíamos a ese poco de gente corriendo: ¡pa-pa-pa-pá!, ¡coorra, hijueputa!… ¡pa-pa-pa-pá! Una tras otra, y nosotros lo que hacíamos era escondernos, meternos debajo de la cama. La más pequeña de mis hijas la cogía entre las piernas, yo me metía a mi muchachita aquí debajo. ¡Ay, Dios mío! Eso era por todo lado huecos de bala, mejor dicho. En la escuela también, cuando comenzaba la balacera y los bombardeos, la profesora metía a los muchachitos debajo del tanque elevado, los niños llorando, llore y llore, y nos decía que meterlos debajo del tanque los protegía de las balas. Nosotros también, nos metíamos al baño y allá afuera sonando ¡bum-bum-bum! Es triste decirlo, pero en esa época, cuando entró el Ejército, fue que esto se volvió más terrible. Llegaron a meternos susto. Nos decían que dónde teníamos escondido el fusil, que "negros guerrilleros", y nosotros respondíamos que

entraran a la casa y miraran ellos mismos que nosotros no teníamos nada que ocultar.

La guerrilla en ese tiempo no se metía con nosotros, ellos nos ponían sus reglas, pero vivía uno tranquilo, no peleaban con uno, se mataban era con los otros, pero con uno no. Yo le voy a contar unas historias muy duras que nos pasaron cuando se metieron. Eso fue como para un 15 o 16 de julio, ya no me acuerdo del año, pero sé que eran los tiempos de recolectar el maíz. Uno salía a los campos y olía a maíz maduro. Recogimos harto para hacer envueltos de chócolo. Luis tenía una escopeta, que se la habían dejado guardando, de esas de cinco tiros, que en el campo se usan para cazar y para espantar animales. Se la habían prestado porque había un águila que se estaba comiendo las gallinas. El señor se fue y le dijo que la tuviera mientras él volvía. A los días un vecino fue a pedirnos la escopeta prestada, pero como lo que no es de uno no se presta, le dijimos que no, y yo hoy en día tengo la sospecha que fue él quien le dijo al Ejército que nosotros teníamos armamento. Eran como las 8:00 a. m. cuando llegaron los militares, y se nos metieron a la casa, ¡mejor dicho!, la ropa toda la tiraron al patio, nos maltrataron psicológicamente, nos insultaron. Nos decían que nosotros éramos unos "negros guerrilleros", ¡mejor dicho! Nos insultaron feo y a los niños –teníamos unos niños pequeños– entonces le dijeron que a dónde teníamos el arma. Resulta que Luis había matado a un chigüiro, y detrás de la casa habíamos enterrado las tripas. Entonces le dijeron al niño que dónde tenía el arma, el muchachito era pequeñito, tenía dos añitos, y dijo que era allá. Cavaron y encontraron las tripas que tenían como tres días. La explicación que ellos le dieron al asunto fue que yo había abortado un hijo hace un par de días y ahí lo habíamos enterrado. Eso es muy duro recordarlo…

Ese día se llevaron a mi esposo por allá abajo. Se lo llevaron diciendo que él era guerrillero y lo trataron muy mal. Nosotros nos fuimos detrás de él, me fui yo con todos mis hijos, los muchachitos

estaban llorando y todo. Yo les decía que por favor no se lo llevaran, nos amontonamos todos, pero nos decían que sí, que se lo iban a llevar, porque le habían encontrado un arma. Lo dejaron todo el día amarrado a un palo debajo del sol, aguantando hambre y sed, eso era un sol picante. Yo me traje a toda mi familia, todos mis hijos estaban ahí mirando. Yo les decía a esos militares que no se lo podían llevar, que él era un padre de familia y respondía por todos mis peladitos, además tenía un hijo enfermito que tenía que llevar al hospital a San José y yo también andaba enferma. Al final de la tarde nos dijeron que al otro día nuestro hijo mayor tenía que presentarse en el batallón, porque, si no, se llevaban a Luis. Eso fue un viernes y el día sábado madrugamos pallá, pal batallón, cuando llegamos nos dijeron que se lo iban a llevar preso y comenzaron a tomarle fotos, ¡mejor dicho! En el batallón nos apilonamos toditos, y yo les dije "¡si se lo llevan a él me tienen que llevar a mí y a los niños! Si se lo llevan a él, ¿quién nos va a mantener?" ¡Ay!, perdone que se me quiebra la voz cuando recuerdo eso. Yo decía que no podía trabajar, con mi peladito enfermo y mis demás hijos. ¡Ay, Dios mío!

Yo les decía que si se lo llevaban o si le pasaba algo, les iba a poner una demanda, que nosotros no éramos ningunos guerrilleros, que esa arma que habían encontrado era para cazar, no para matar. Bueno, entonces llegó un helicóptero y nos amontonamos más. Estábamos con mi familia y otros vecinos. Todos decíamos que si lo montaban al helicóptero a él, nos tenían que montar a todos. Después de la peleadera, soltaron a Luis. ¡El alma me volvió al cuerpo! y esos del Ejército me decían que yo era una "guerrillera altanera". Yo les respondía que yo no era ninguna guerrillera, que si querían encontrar a los guerrilleros que fueran a buscarlos a otra parte, que nosotros éramos campesinos y que ellos no tenían ningún derecho de ir a maltratarnos, al revés, que tenían era que ayudarnos y protegernos.

En ese tiempo no existía que la Personería ni la Defensoría, o al menos no allí en la zona, ni mucho menos para nosotras las mujeres.

Entrada a Puerto Morocho
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

Los derechos humanos y todo eso no valía nada allá. El Ejército maltrataba al campesino, lo insultaba. Se le llevaban las gallinas a uno. Le echaban mano y uno no podía decir nada. Un día se entraron a la casa mientras estábamos en San José del Guaviare con el peladito enfermo y nos robaron una carne que teníamos en el patio. Se nos llevaron todo. Por ahí también andaban los "paracos" y uno tenía que quedarse callado, uno no podía decir nada. Cuando nosotros

subíamos al pueblo, nos decían que los paracos andaban con los del Ejército. Uno escuchaba comentarios, y nos decían que tuviéramos mucho cuidado por acá, que mejor quedarnos callados, para que no nos fueran a matar.

Cuando la guerrilla andaba por acá, ellos nunca nos robaron nada, eso jamás pasó. Ellos pasaban por acá y le compraban las cosas a uno y, a veces, si lo veían muy llevado a uno, le traían remesa, que un mercadito, arroz, aceite, panela, ¡mejor dicho! Hasta las vacas que les quitaban a los ganaderos ricos las repartían por aquí. Todo eso fue como en el 2004 y 2005. Al final, la guerrilla se fue de aquí. Ellos no volvieron por acá, porque se daban cuenta que el Ejército llegaba era a maltratarlo a uno. Eso fue mucha la gente que se llevaron presa. Como a veces pasaba la guerrilla y uno les daba algo, otro por ahí decía que uno era colaborador de la guerrilla y la cogían contra uno.

Los de la guerrilla nunca irrespetaron a una mujer. No. Ellos no se metían con una mujer. En cambio, allá en una caseta donde vive el vecino, allá había una señora que tenía una hija en embarazo y el Ejército la maltrató. ¿Y usted cree que, después de lo que le hicieron y las amenazas, ella va a querer decir algo o denunciar? Eso uno de mujer no podía andar por allá sola, porque la encontraban por la carretera y quién sabe cómo terminaba uno. La guerrilla, en cambio, si se daba cuenta que un civil acosaba o violaba a una mujer, ellos eran los que lo castigaban.

Así no me crea lo que le estoy contando, pero ellos mantenían por aquí las cosas en orden. ¡Claro! uno dice en orden, pero también nos daban miedo, mantenían el orden, porque tenían las armas. Si usted se ponía a pelear con una compañera, ellos nos ponían a trabajar juntas, y si seguíamos peleando, volvían a ponernos a trabajar. En ese tiempo esto era muy tranquilo, uno podía dejar la puerta de la casa abierta y no pasaba nada. Acá nadie robaba, porque si alguien lo hacía, también lo ponían a trabajar, a limpiar una hectárea de monte, a hacer una carretera o lo ponían a socolar. Uno se

iba al pueblo dos, tres días y las puertas quedaban abiertas; dos, tres días y no se le perdía a uno ni una gallina, nada.

Desde que llegó el Ejército acá, a mí en el pueblo me han desocupado la casa dos veces. Cuando estaba la guerrilla eso no pasaba. Y va uno y pone la demanda y ¿sabe qué le dice la Policía? –es que son unos…–: que busque los papeles, que si uno tiene papeles de las cosas que uno ha comprado. ¿Usted sí puede creer? Tantas cosas que pasaron por acá, usted ni se imagina por lo que nos ha tocado pasar, se nos llevaron cosas que jamás nos podrán devolver… Mire, a mí me mataron dos hijitos. ¡Ay! ¡De ellos ni puedo hablar…! ¿Y se acuerda de mi primo Lucho? Por el que llegué yo acá a Puerto Gaviotas, bueno, a él también me lo mataron. Para mí todo eso fue muy duro.

El Ejército lo mató, dizque por ser guerrillero. Pero mi primo era muy inteligente. Él nunca andaba en el monte, aunque sí andaba armado, como casi todo el mundo por acá. Y eso era porque no había nadie que lo prohibiera, no había ley, no había nada, ¿cierto? Él sí estuvo un tiempo trabajando de mandadero con los muchachos, pero cuando lo mataron, él ya lo había dejado hace como ocho años. El día que lo mataron él iba en la moto y los militares estaban haciendo un retén, pero él no los había visto, porque el Ejército se esconde mucho en la selva, incluso se pintan la cara. Cuando Lucho pasó por ahí –me contaron ellos mismos su versión– le pidieron que parara y, como supuestamente él no paró, entonces ellos lo agarraron a bala, a tiros de fusil.

Él logró caminar como unos 20 metros y ahí quedó muerto ese día. Eso fue horrible, no le dejaron cabeza, le partieron las piernas, hicieron con él lo que quisieron. Eso fue muy doloroso para mí, ¿si me hago a entender? Nosotros nos enteramos como a las 10 de la noche, por un amigo que iba siempre a la vereda La Argelia. Él ya hacía unos días que no se había comunicado conmigo, yo estaba muy preocupada, porque sabía que el Ejército estaba allá, haciendo un operativo como con tres mil hombres. Reynaldo, que era el muchacho que

siempre me avisaba cualquier cosa, me dijo que él iba para allá. Yo le dije que yo me iba con él, pero después me dio mucho miedo irme, porque, cuando se armaban combates, eso cae quien sea. Entonces yo me quedé, y como a las seis y media de la tarde el muchacho me cuenta que cuando llegó a la vereda La Argelia él vio la moto de Lucho, se bajó del carro y les preguntó a los militares que dónde estaba. Ellos le preguntaron que si él era familiar suyo y Reynaldo dijo que sí, aunque no fuera cierto. Lo llevaron allá, a donde había caído. Él me contó que le dio tanto pesar cuando lo vio, que se los pidió para traerlo a donde la familia, pero no se lo dieron.

Al otro día yo me fui con mi tío y una hermana de él, que estaba por aquí de visita, pero tampoco lo quisieron entregar, y ese día que nosotros cogimos para allá duramos como dos horas hablando con ese comandante del Ejército para que me lo entregara. Yo les decía con el alma destrozada que me entregaran a mi primo, que me lo entregaran, que ya lo habían matado, que yo lo quería por lo menos enterrar. Cogieron de esas bombas hechizas que hacía la guerrilla y se las pusieron a mi primo y lo filmaron. Y nosotros viendo todo eso, no podíamos decir nada, porque si nos poníamos a alegar, menos lo entregaban.

Pasaron dos días más, hasta que nos lo entregaron. Él ya estaba todo dañado en esa bolsa negra en la que lo metieron. A mí no me gusta recordar eso, ¿me entiende? Eso fue muy duro para mí, muy doloroso, me desgarró todo por dentro. Cuando lo entregaron, nos hicieron firmar un papel. Yo ni lo leí. Yo por salir de ahí firmé ese papel. Entonces eso fue lo que pasó ese día. Yo me lo traje, lo velamos esa noche. ¡Así podrido! Lo velamos así porque lo niños y la mujer no estaban. Se me salen las lágrimas cada vez que lo recuerdo.

Cuando me tocó llevar a Lucho a la casa de donde él salió caminando y lo entramos así, fue muy duro para mí. Tuve que aferrarme mucho a Dios, y él es el único que puede con las penas de uno. Imagínese que no salía de la iglesia, día y noche rezando al pie

del Santísimo, pidiendo que me ayudara a superar esa parte de mi vida. Yo sentía que me iba a morir, mis hijos, mi primo, mi familia ¡a todos nos los mataron! ¿Qué nos quedaba?

No pensé ver a mi primo así. Él era muy bueno con la familia y con los que no eran familia, él le daba de comer al que tenía hambre. Llegaba toda esa gente "llevada" de afuera, sin plata, y él los sentaba en los restaurantes a que comieran, los dejaba que durmieran. Él era así. En fin, ese fue mi primo querido. Y no le cuento más de él, porque se pone amarga hasta la comidita que estamos cocinando.

A las mujeres de por acá nos ha tocado muy duro

A las mujeres de por acá nos ha tocado muy duro. ¡Le hemos puesto muchos hijos a esta guerra! Muchas no aguantaron más. Se fueron a trabajar por fuera, a ser las guisas de familias con plata en las ciudades, pero dejando atrás la tierrita, la familia y este lugar que, a pesar de todo, sigue siendo nuestra casa. Vivimos muchas historias duras y tenemos miedo de que se repitan. No dormimos igual que antes. Pero también esta tierra nos ha dado muchas alegrías: mis hijos, Luis, la platica que le mandé a mi familia del Chocó, en la época de la abundancia, la tranquilidad, la gozadera, levantarse con el sonido de los pájaros, el bastimento y la liga en la puerta de la casa.

¿Sabe? Es que yo acá me muero antes que irme. Mejor dicho, me tienen que sacar con los pies palante. Las ciudades son para los que tienen plata. Por allá ya pasé: toca comprarlo todo y a uno le toca es vivir del diario. Yo me quedé, incluso, cuando la época dura en la vereda. Ya nos había tocado duro toda la vida, ya estábamos organizados, teníamos la casa, la escuela, la finca, la familia, mejor dicho, todo. Seguí con mi cultivo de cacao, sobreviviendo en la finca, cuidando las gallinas, y ahora, estoy haciendo pan aliñao de vez en cuando. Aquí nos quedamos criando a los hijos con Luis, esperando que salgan los títulos de esta tierra y podamos volver a construir el

pueblo de antes. Yo le he dicho a los vecinos que siembren el cacao, que eso da platica y es fácil de manejar: usted lo saca a la hora que sea, lo seca y lo lleva a vender. Lo más duro es levantarlo, que las matas crezcan, y esperar a que boten pepas, pero así es el trabajo en el campo y nosotros ya sabemos trabajar por aquí.

El caucho también dicen que es bueno. Lo que pasa es que para que dé platica hay que esperar un poco de años. Y es que los cultivos de eso, que era pa que estuvieran, los acabaron todos con la fumigación. Nosotros lo sembramos, porque tenemos los papeles de una finquita. Nos llegó una vez un proyecto y confiamos en que la cosa va a mejorar, pero a la gente pa que le invierta a un cultivo que se va a demorar tanto, eso va a ser difícil.

Mire, mujer, ese sancocho está hirviendo, no más pa comérnoslo ya mismo con el arrocito. Ya va a ver que todo el mundo va a querer repetir.

Floro: ¡ya son tres generaciones peleando y corriendo!

Mi familia viene corriendo desde los años treinta

Don Floro, ya hace años no lo veía. El otro día, haciendo memoria, me acordé de sus días como alcalde de este pueblo. Le cuento que la gente de la vereda me ha insistido en lanzarme al Concejo. No he sido capaz de decirles que sí, pero tampoco que no. A mí me gusta trabajar con la gente, ayudar a organizar las cosas de la comunidad, pero ya meterse en temas de elecciones lo veo complicado. Qué bueno que me lo encuentro, porque quiero que me cuente y de paso me saque de las dudas sobre esas vainas de los partidos, votos, programas y todas esas cosas que hoy le oye uno a los otros que van a ser candidatos.

—Doña, me alegra mucho volverla a ver, después de tanto tiempo. Siéntese y tómese un tinto conmigo, porque contarle esta historia va para largo. Cuando uno se mete en política es porque le pica la comunidad y las ganas de hacer algo para tratar que las cosas mejoren para todos. Usted como yo tenemos un pasado bien marcado. Por ahí dicen que la herencia no se compra, y para poder contarle sobre mi trabajo en este pueblo me toca comenzar por la historia de mi familia, que, corriendo por el país, me fue mostrando los trajines de quienes hemos querido trabajar para la gente.

Echando raíces
Fuente: Daniel Ortíz Gallego

Mi familia viene corriendo desde los años treinta. Mi abuelo salió con toda la familia por la depresión que hubo. Mis abuelos vivían en la vereda Los Corazones de Rovira, por allá en el Tolima, y les tocó desplazarse sin nada, por ahí con unos caballos y unas herramientas, y se fueron al sur del Tolima. Allí mi abuelo fundó una población que se llama Bilbao, por allá en Planadas, Tolima. Pero la correría se dio para la familia de varias formas. Según nos contó, una parte de la familia salió por Colombia, un municipio del Huila, y de allí tomaron hacia el Ariari, pasando por La Uribe, llegando a las colonizaciones que había por ahí por Medellín del Ariari. Eran dirigidas por el Partido Comunista (PC). De ahí, de Medellín del Ariari,

TRAYECTORIA DE FLORO

que es jurisdicción de El Castillo, Meta, se subieron a un punto que se llama Puerto Esperanza, Meta.

Mi abuelo, Antonio Palomino, y la señora Jazmín Montiel, mi abuela, habían sido desplazados cuando el gobierno de Enrique Olaya Herrera. A mi abuela le quitaron las candongas y las argollas de matrimonio y a mi abuelo también, todas las joyas. Por esa época hubo una depresión económica y, según decía el Gobierno, había que contribuir, a la vez que se vino la guerra con el Perú, y les acabaron de quitar lo que tenían. A los abuelos los terminó quebrando una cooperativa, porque habían sacado unos créditos en Ibagué.

Nosotros como familia comenzamos a correr desde Mariquita, un pueblo al norte del Tolima. Mi mamá nos contaba que yo estaba muy pequeño, como de dos años, y mi hermano estaba de tres años. A nosotros, con mi papá, por allá en el cincuenta, nos tocó que emprender un viaje largo pa llegar otra vez a ese pueblo. Él no se podía venir por el lado del Espinal, porque lo iban a apresar por haber tenido un problema político en el norte del Tolima con unos señores conservadores. Lo cierto es que él quería regresar a Mariquita, pero, como no podía hacerlo por El Espinal, nos tocó pasar a más de 3000 metros por el páramo de Las Hermosas, en 1952 más o menos. Pero antes de pasar por ahí, nos tocó vivir en un lugar llamado Las Caletas del Davis. Allá nos tocó sobrevivir a los ataques aéreos de la década del cincuenta y a los ataques terrestres de la policía que llamaban "Chulavitas", que en su mayoría habían sido reclutados en el pueblo de Chulavita, Boyacá.

Allá en Las Caletas mi mamá nos contaba que tenían que matar a los gallos, y a los perros les colocaban bozal para que no ladraran, y a mí me tenían que callar, porque era chiquito. Me decían ¡cállese, que nos van a pillar! No podíamos hacer nada de ruido en ningún momento. Una mañana, como a las cuatro y treinta, un primo de mi mamá que estaba de guardia en la autodefensa campesina, vio que venían como treinta policías, entonces les lanzó un artefacto para

allá y nosotros nos esparcimos por el campo y volvimos a reunirnos como a las cinco de la tarde. Duramos doce horas por allá reventando por los bejucales en medio de las lianas y volvimos a reunirnos por la tarde. Como la cosa estaba tan grave, hubo una división entre la gente que siguió a los primos de Pedro Antonio Marín, al que todos después conocieron como Manuel Marulanda, Tirofijo, y los que siguieron a los Loaizas y los comunistas.

Todo el mundo decía que eran unos bandoleros, que esos no eran ni campesinos ni rebeldes ni nada. Que se habían alzado en armas para tumbar al Gobierno. Lo cierto es que eran un montón de familias, señoras, viejos, niñas y peladitos, incluso de brazos todavía, que les había tocado meterse al monte para salvar su pellejo. Muchas veces arrancaban con la muda que tenían puesta, porque no tenían ni tiempo para coger las ollas. En ese entonces no creo que ellos pensaran en el problema del poder ni nada de esas cosas. Ahí lo que estaba en juego era la vida de un montón de campesinos como nosotros, que les tocó coger las escopetas de fisto para medio hacerle frente al Ejército y la Policía que nos perseguía. Les tocaba pelear, porque o se defendían o los Chulavitas los mataban.

Mi papá era del lado liberal. Entonces mi abuelo le dijo que mejor se fuera con nosotros, que estábamos muy pequeños. Nos tocó pasar el páramo de Las Hermosas. Cuenta mi hermano mayor que nos envolvieron en cobijas de lana y nos echaron en las angarillas de unas bestias. Mi papá tenía que darles panela a cada rato y darles con una vara de totumo duro, para que no se fueran a morir de hipotermia. En las curvas, en medio del lodo del páramo, encontraban muchas mulas y caballos muertos de frío, con los dientes pelados. Eso sí, a pesar del frío, el páramo siempre le ha servido de refugio a los campesinos y a los rebeldes. Es un lugar agreste. Uno mantiene mojado todo el tiempo, pero también es muy bueno para esconderse. Cuando a uno lo persiguen, él se cierra todito con las nubes y no se puede ver ni a dos metros. Él sabe cómo cuidar a su gente.

Fueron ellos
Fuente: Daniel Ortíz Gallego

Fuimos a salir a Pradera, Valle, y regresamos luego a Mariquita. Cuando llegamos, habían quemado y destruido las fincas, los maizales, los fondos de hacer la panela y los beneficiaderos de café. Vimos que a las vacas las mataban, se comían una y el resto las mataban para que cuando la gente volviera no tuviera subsistencia. Fue así, después de lo que pasó ahí cerca del páramo de Las Hermosas, que nosotros nos separamos de la familia y duramos más de veinte o veinticinco años separados, hasta que nos volvimos a encontrar aquí en Calamar, Guaviare. Viajamos desde Bogotá y ahí nos reencontramos con unas primas, con unos primos y empezamos después a trabajar en Calamar.

Luego de más de veinte años nos vinimos a encontrar en Calamar

—Mire, doña, mi abuelo no alcanzó a llegar a Calamar. Ya era su tercer desplazamiento y el viejo no aguantó tanto trajín. Imagínese, una vez fue en Rovira, en mil novecientos treinta y pico; el otro en los cincuenta, cuando la época de La Violencia. Ahí le tocó irse para Medellín del Ariari y allá el hombre se murió. Lo sepultaron en San Martín, porque la llegada era por ahí. En ese entonces no existía el puente en Cubarral, que pasa el río Ariari y al que muchos llaman el "Puente de la Amistad". Así le dicen porque los de Cubarral eran conservadores y los de Medellín del Ariari eran comunistas, entonces ahí se encontraron el día en que iban a inaugurar el puente y se dieron la mano. Se llamó el Puente del Entendimiento.

Eso fue momentáneo, porque después vino el paramilitarismo y arrasó con todo lo que le olía o le sabía a rojo. Mis tíos, los que llegaron ahí, se fueron desplazados del Ariari para el Guaviare, y otros se devolvieron para La Uribe. Por eso yo digo que nosotros venimos siendo desplazados como familia desde mil novecientos treinta y pico, imagínese, corriendo de un lado para otro durante más de sesenta años. Uno casi se conoce medio país, de tanto andar apurado por la violencia.

Como le venía diciendo, en Calamar fue donde me reencontré con mis parientes. Era el año de 1975 y habían pasado ya veinte o veinticinco años que no los veía. Ya ni los recordaba. En ese tiempo yo era muy joven, tenía veinticinco años, y era maquinista de ferrocarriles. La decisión de irme a aventurar al Guaviare empezó a hacer ruido cuando escuché que otros tíos se habían ido desde 1960 para allá por el Guayabero.

Me contaron maravillas de esa tierra: cada uno podía conseguir su propio pedazo y trabajarla. Con esa idea me fui hacia el Guaviare. Allá ya estaban mis primos que venían adelantando con

el Partido Comunista un trabajo en San José. Ellos tenían unas fincas en Calamar y eran parte de la Junta de Acción Comunal. Por esa época las juntas eran toda una institución. Tenían unas funciones muy importantes dentro de las comunidades: ayudaban a distribuir las tierras y ubicaban a los que iban llegando. Había muchos comunistas por esos días en el Guaviare y, por supuesto, muchas de las juntas tenían esa política.

Claro que mis primos tampoco llegaron solos. Se vinieron en 1960 con los primeros colonos dirigidos por el Partido Comunista. Huían de la violencia política que se vivió en el centro del país. Algunos tolimenses los llevaron para allá y empezaron a refundar el pueblo. Así es como me acuerdo de los Triana, hombres muy formados políticamente, como Joel Marín, José Betancourt y el médico Santiago Londoño, de Pereira.

Pero la otra colonización la hizo fue un señor llamado Orlando López García, que dirigía un programa de radio en las horas de la mañana desde Bogotá. Ahí invitaba a la gente a ir a colonizar tierras al Guaviare. Fueron llevando en aviones de Satena a la gente: les daban unas hachas, unas rulas, y los dejaban allá en el monte. Muchos se devolvieron después de un tiempo. Algunos se quedaban, otros se enfermaban y muchos morían. Póngale que de las cien personas que llegaban se quedaban diez. De resto se devolvían, algunos los volteaba el paludismo o les picaba el pito, un bicho pequeño que cuando pica deja la carne pudriéndose, y si no se toman medidas eso avanza y se lo come a uno. En esa época, en el puesto de salud de Calamar, muchas veces no había médicos. La que atendía era una señora llamada Bernarda Correa, una viejita con todos sus años en la cara, que hacía de médico y de todo, también de auxiliar de enfermería, llegada por allá del Valle del Cauca.

Los que se quedaron fueron abriendo y abriendo trochas a pie y en mulas; otros a hombro llevaban semillas de yuca, colinos de plátano, e iban sembrando y echaban las cosechas de maíz. Pero, como

no había caminos ni bestias suficientes para sacar a lomo de mula las cargas, entonces engordaban los cerdos con las cosechas y salían a venderlos. Era la forma de acumular un poquito de energía solar.

Con esa colonización dirigida fue llegando gente a Calamar. A algunos colonos el Incora les dio diez novillas de vientre y un toro como capital semilla. Algunos de los ganaderos que hay hoy se hicieron desde ese momento. Todavía no había negocios de marihuana ni cultivos de coca por ahí. La coca que había era parte de la cultura y eran pequeñas las plantaciones. Entonces se fueron dando las colonizaciones y, a principios de los años 70, por una inundación que hubo en el Guaviare, se trajeron un poco de rivereños para el casco urbano de Calamar.

Fundaron, hicieron como dos manzanas y empezaron a trazar una pista área en Calamar de más o menos mil metros de larga, desde la altura de la iglesia hacia el occidente, donde queda el barrio La Victoria. A mi hermano también le tocó llegar a esa pista. En ese tiempo, cuando empezamos a viajar, el pasaje de Villavicencio a Calamar valía dos mil pesos, en avionetas de cuatro o cinco pasajeros. Entonces Calamar empezó a repoblarse, y ya a finales del 70 fue cuando llegaron con la fórmula química de la coca.

Pero venga le sigo contando, porque esta historia fue ardua. Cuando eso, no todos los que llegaban tenían la ayuda del Incora. A la organización del Partido le tocó duro, pues en el Guaviare el jornalero colono y todavía sin tierra estaba en manos de los esmeralderos de Muzo. Ellos empezaron a cultivar coca. Invertían cincuenta mil pesos para sacar un kilo y lo vendían a millón cien. Se ganaban millón cincuenta mil. Ganaban demasiado y les daba mucho poder. Andaban con pistolas al estilo oeste, al aire libre. Ellos implantaron unos códigos terribles con los raspachines. Como los raspachines venían de la recogida del algodón y de la cosecha cafetera, raspar coca no les resultó duro. Ya tenían la experiencia en sus manos gracias al algodón.

Con esos señores la cosa era terrible: por ejemplo, si dejaban caer un manojito de hoja de coca les advertían, y cuentan que algunos que fueron reincidentes en desperdiciar la hoja, los mataron ahí para escarmiento de los demás. A otros les pagaban con los cigarrillos de bazuco armados con Malboro, que llamaban. A esos los adelantaban: les daban bazuco como paga y con eso quedaban endeudados. Si el tipo quería más bazuco, lo adelantaban. Era como si se estuvieran repitiendo los años del caucho, que la gente quedaba ahí amarrada.

Hablo de más o menos 1979-1981. A los que eran juiciosos –que no se dejaban cooptar por el vicio–, si les gustaba la cacería, los invitaban y los mataban cuando les debían mucha plata; también los llevaban a pescar y se quedaban por allá. Se "ahogaban". Los que eran más listos se iban, y entonces los esperaban con una escopeta por ahí en una horqueta, los eliminaban y les robaban la plata. Se vieron muchos casos de esos. La comida que les daban era igual a la de los cerdos. Dormían debajo de cambullones hechos con una cinta asfáltica llamada "paroy", o a veces plástico negro, que se rompía y todo se mojaba cuando llovía mucho. Ellos hacían lo que les daba la gana. Calamar estaba bajo los abusos de esa gente. Por ejemplo, en La Libertad, un pueblito chiquito, de cuarenta casas y dos policías, podían amanecer un sábado o un domingo tres o cuatro personas muertas. Cuando todo esto estaba pasando, fue que llegó la guerrilla de las Fuerzas Revolucionarias de Colombia (FARC), como a finales de 1981. Mucha gente agradeció que hubiera llegado la insurgencia, porque llegaron con mano fuerte contra los que abusaban de la gente. Entonces la gente agradecía esto. Los veían como unos protectores que llegaban a defender al pueblo.

Con la llegada del narcotráfico se empezaron a ver cultivos de coca por todos lados, y las mismas FARC fueron las que no admitieron eso en los territorios donde hacían presencia. Es en ese entonces que en Calamar, desde la Asociación de Comerciantes y Transportadores se refunda el Partido Comunista, en el año 1982. Con este espaldarazo,

el PC empieza a disputar un lugar en el territorio, haciéndole frente a los atropellos de las mafias por medio de la organización campesina. Esta forma de organización coincide con la llegada de las FARC, que se van enraizando en el territorio en su lucha por derrotar a las bandas de narcotráfico. La idea entonces con la que el PC buscaba posicionarse políticamente en Calamar, y en todo el Guaviare, era promover que todos los campesinos tuvieran tierra y pudieran sembrar lo que quisieran, y con esta idea empieza la lucha por asentarse en un territorio controlado por los esmeralderos.

En Calamar, la gente empieza a organizarse a partir de un trabajo de convivencia con todos los finqueros, los chagreros, los campesinos, los comerciantes y los transportadores. En ese momento, se funda la Cooperativa Multiactiva del Guaviare, que aún existe y tiene sede en Calamar: Coagroguaviare, se llama, y también se funda el Sindicato de Pequeños Agricultores.

Esas organizaciones comenzaron a garantizar la seguridad de los colonos, a regular los precios y a proteger las transacciones comerciales de la hoja de coca. Además, comenzaron a mediar en los conflictos que se presentaban a diario en la comunidad, a controlar las acumulaciones de tierra por un solo propietario y a proteger aquellas amenazadas por los narcotraficantes. Empezaron a promover nuevas normas en la comunidad para controlar los conflictos entre vecinos, y pusieron a la gente a sembrar cultivos de pancoger por cada hectárea de coca. La caza también la regularon. Ya los campesinos no podían llevar al plato todo animal que se les atravesara, pues había que preservar la naturaleza, al punto que hasta a la tala de los árboles le pusieron normas y multas.

Le creímos a la paz, pero nos acribillaron

Porque mire, doña, para que usted me entienda tengo que contarle todo lo que pasaba en este país. Por esos años el nuevo Gobierno

estaba hablando de paz. Belisario había llegado a la presidencia en 1982 con el discurso del diálogo y la tregua. No todas las guerrillas del país le creyeron, pero la que estaba por acá sí: las FARC. Por todas partes se oía decir que en Casa Verde, donde quedaba el campamento central de las FARC, llegaba la gente del Gobierno y que Marulanda y Jacobo Arenas los recibían con un montón de guerrilleros, dizque para hablar de la tregua y la paz. Hacia marzo del 85, después de tanta reunión, los comandantes acordaron con el Gobierno firmar los famosos Acuerdos de La Uribe y hasta dio para que en mayo se estableciera un cese al fuego entre las FARC y las Fuerzas Armadas. Ese ambiente fue el que permitió que ese mismo año apareciera la Unión Patriótica (UP).

La UP nació con todo el sueño de poder hacer política legal en este país. Comunistas, guerrilleros, conservadores, liberales, gente sin partido, todos nos embarcamos en el sueño de la paz y de cambiar este país desde las urnas. Así que con el lanzamiento de la UP nosotros nos convertimos en la primera fuerza del Guaviare. Sacamos la mayoría de concejales, además en los municipios sacamos los consejeros comisariales, que era una labor parecida a la que hoy tienen los diputados. Y hasta logramos poner un representante a la Cámara, que era por una circunscripción especial, en conjunto, entre Arauca, Vichada, Vaupés y Guaviare. Recuerdo que salió Octavio Vargas Cuéllar. A él lo asesinaron el 14 de diciembre de 1987, en el parque central de San José del Guaviare, a las siete de la mañana, frente a la catedral. En Calamar le quisieron rendir un homenaje y le pusieron su nombre a un barrio.

Ese mismo año, el 5 de mayo, fue asesinado el alcalde de San José del Guaviare, José Miguel Abdón Rojas Parrado. Luego se supo que había sido el paramilitar al que le decían "El Grillo". Entraron a su casa y le pegaron ocho tiros mientras almorzaba. Después de cometido el crimen salieron como si nada, como si hubieran ido a la tienda. San José era en esa época un pueblo de veinte cuadras y era

imposible que con toda la fuerza pública que había allí un asesino pudiera salir como Pedro por su casa. Luego del asesinato de José Miguel, fue nombrado como alcalde José Yesid Reyes González, también miembro de la UP, y también asesinado, pero esta vez por Los Masetos[1], en una masacre el 24 de enero de 1988. Ahí mataron también a su hijo y al inspector de Policía de Puerto Arturo, un municipio que queda ahí cerquita a San José. Así asesinaron a varios diputados, concejales, y recuerdo también el asesinato de un corregidor llamado Horacio Forero Páez, cerca al Batallón General Joaquín París, de San José. El día de su muerte iba en compañía de dos jueces a las siete de la noche y, en un restaurante llamado La Mamá, lo acribillaron.

Los Masetos y el sicariato del narcotráfico fueron los que arremetieron a muerte contra el movimiento en el Guaviare. Lamentablemente, eso fue con la complicidad o por lo menos con toda la complacencia del Ejército y todas esas fuerzas de inteligencia que tiene el Estado. Ahora que lo pienso, uno podría decir que allí hubo más que complicidad. Uno le oía al comandante de la Séptima Brigada, el señor Harold Bedoya Pizarro, que el Sindicato era un "bastión" de las FARC. Entonces, si al frente de la institución que debe velar por la protección de las comunidades está una doctrina de ese calibre, que ve como guerrilleros a todas las personas que buscan mejorar las condiciones de vida en el Guaviare, uno puede entender por qué tanta represión. Por eso persiguieron, asesinaron y desterraron a varios dirigentes. Eso fue en 1989, cuando arremetieron muy duro contra el Sindicato de Pequeños Agricultores en Calamar.

Desde que se lanzó la UP iniciaron los asesinatos sistemáticos. Quisieron acabar con el trabajo de base, no tanto a los dirigentes, porque los dirigentes éramos muy organizados. Nosotros lo denunciábamos todo, teníamos personería jurídica, teníamos a la gente muy organizada. Es que ya desde 1985 uno miraba la complicidad del Ejército con los narcotraficantes y su seguridad privada, que luego

1 Apodo de los miembros del movimiento paramilitar Muerte a Secuestradores (MAS).

se organizaron como paramilitares y empezaron una guerra contra todo lo que oliera a comunistas, un ataque total contra las JAC, el PC, los sindicatos, las cooperativas y la recién fundada Unión Patriótica, por lo que nosotros también íbamos buscando las formas de preservarnos. La gente se volvió el enemigo e hicieron de todo pa correrrnos. Desde luego fueron muchos los dirigentes que asesinaron en este proceso, como Gratiniano Sanabria. A él lo desaparecieron y hasta el día de hoy no tenemos noticias.

En esos años estuve trabajando como comerciante. Algunos de mis compañeros no aguantaron la situación y se fueron obligados hacia el centro del país, en el 88. El pueblo de Calamar sufrió un estado de sitio generalizado, se hizo imposible el comercio. Si estabas organizado, te mataban. Llegaron a atacar una asociación de comerciantes que teníamos acá, a matarnos. En catorce meses mataron diez y ocho comerciantes, entre ellos Argemiro, El Boyaco, y Camilo, que venía de Fresno, Tolima.

La confrontación fue muy dura, hasta que hicimos una marcha con banderas blancas y nuestros líderes, los que en ese momento quedaban. Gente que incluso estaba al margen de la política tomó las banderas. Es que nos iban a matar a todos. Hicimos una marcha dentro del pueblo y fuimos al Batallón a decirles que no estábamos dispuestos a callar más, que ahora denunciaríamos todo lo que siguiera pasando; pero eso les entró por un oído y les salió por el otro. Al segundo o tercer día de la marcha fue cuando desaparecieron a Aristóbulo Briceño y Tito Galindo, líderes de la marcha.

Tito Galindo era dirigente de la UP, del Partido y profesor de música llanera, y Aristóbulo Briceño era hermano de Gabriel Briceño, el popular Mocho Briceño, un señor que era dirigente de Provivienda en Villavicencio. Le decían Mocho cariñosamente. A él lo asesinaron siendo dirigente de la UP y del PC en Villavicencio. Hasta el día de hoy, Aristóbulo está desaparecido, aunque ya los paras han dicho que a él lo botaron a las aguas del Guaviare.

Así mismo les pasó a otros dirigentes que eran ancianos y que se murieron de terror, como Vicente Ferrer Londoño Calle, más conocido como Goyo, quien llegó a ser presidente de la UP. Él no era militante del Partido, pero sí de la UP. Era un señor de ochenta años que tenía una emisora local de un radio de acción de un kilómetro a la redonda. Todos lo escuchábamos en la mañana. Goyo hablaba ahí: que "¡Buenos días, Calamar!" Murió de viejo, pero atemorizado por la perseguidera. No aguantó, porque se quedó solo, sin compañeros, sin nada. Él era un dirigente muy anciano y con trayectoria. Había sido alcalde del Penal de Araracuara[2] o, como lo llamaban, el infierno verde, entre el Caquetá y el Amazonas.

Goyo, en una tarde de cerveza, nos contó que en el penal, como en el setenta y pico, se fugaron unos presos y los guardias salieron a perseguirlos, los encontraron y los asesinaron. Entonces dieron la orden de que tenían que colocar prisioneros a todas las autoridades, y él era uno de los alcaldes del Penal de Araracuara, así que le tocó volarse de esa zona y aquí vino a caer. Atravesó toda esa montaña, bajó al río Apaporis, salió a Pacoa y de Pacoa salió a Miraflores y de Miraflores pasó a Calamar. Y Goyo, huyendo, se vino a campo traviesa desde por allá, desde el Caquetá hasta las orillas del río Vaupés, y allá llegó el inspector de Policía, Jaime Díaz Peña, que le decían El Cerdo. Lo metió preso un día con unos policías y como a las dos horas le preguntó que si quería salir del calabozo. Goyo dijo que sí y firmó un papel que le pasaron. Firmó sin leer nada. Cuando leyó, se dio cuenta que, como hacía falta una autoridad para proteger los indígenas en Pacoa, a orillas del río Apaporis, ¡quedaba nombrado como inspector y protector de indígenas!

Le encargaron hacer la pista aérea de Pacoa. Le dieron las herramientas, unas carretillas, unas palas, unas picas y lo embarcaron en un avión. Por allá lo lanzaron en esos aviones que acuatizaban en los ríos y allá lo dejaron con los indígenas. Les tocó hacer la pista. Al final Goyo murió en Calamar. Ahí está enterrado. Era un

2
El Penal de Araracuara, construido hacia 1937 en el gobierno de Alfonso López Pumarejo, fue una de las tres cárceles de máxima seguridad creadas a principios del siglo xx, junto con Malpelo y Gorgona. Funcionó hasta 1971 y era un penal agrícola en el corazón de la selva amazónica donde sus presos sufrieron regímenes de crueldad, tortura y maltrato.

viejito arrugadito, arrugadito, y la mujer de él era una muchacha jovencita. Igual la gente no le decía nada, porque el hombre se hacía querer mucho.

En fin, a la gente de la UP la han desaparecido o expulsado. Sin embargo, no todos se dejan correr como si nada. Usted sabe, doña, la gente se reúne, se organiza. Teníamos la denuncia, teníamos las juntas comunales, teníamos la cooperativa, hacíamos un comité de participación comunitaria cada cuarenta días, donde participaban todos los líderes comunales de las veredas y de los barrios de ahí del casco central de Calamar.

Nos fuimos reuniendo para marchar y Puerto Gaviotas demostró gran sentido de organización

En medio de todas estas muertes y el temor que sentíamos en cada paso que dábamos, le cuento que no nos dejamos amedrentar y en las elecciones del año 1994 decidimos lanzarnos al Concejo. Ganamos con votos de sobra, por todo el trabajo que teníamos acumulado desde los años ochenta; además, la gente creía en nosotros, porque ya habíamos hecho algo con los comerciantes, habíamos empezado a insistir en la construcción del acueducto y la instalación de redes eléctricas. La gente nos tenía fe.

Calamar ha tenido una comunidad muy organizada: sus veredas han sido históricas por su decisión de pelear por sus derechos. Desde que arrancó el proceso de colonización, ellas se hicieron solas. Por ejemplo, Puerto Gaviotas, con toda su gente negra, continúo peleando en medio de todos esos años, como desde 1982.

Cuando llegó el Ejército en 1988 y se incrementó la "lucha contrainsurgente", creo que murieron más de cuarenta personas que tenían mucho que ver con Gaviotas. Entre esos un líder comunitario tremendo, pero a él lo asesinaron los militares, por ahí por el lado de La Argelia. Simularon una emboscada y lo mataron. Y así murió

mucha gente valiosa, deportistas, líderes. Allí hubo un futbolista, que era muy hábil, me recordaba a Delio Maravilla Gamboa, el de Buenaventura, que había jugado en México y en Millonarios en la década de los cincuenta y sesenta. A ese futbolista de la vereda yo lo bauticé "Maravilla". Y fíjese que al negro Maravilla lo asesinaron en una pelea, en un alegato, dentro de la discoteca El Bohío. Al salir lo mataron de dos disparos. Tenía como veinte o veintiún años. Un prospecto del fútbol, ahí quedó tendido. A otro muchacho de nombre Ángel lo mató un finquero en Calamar, un domingo como a las siete de la noche, disque por celos, porque creía que era amante de la esposa, y lo mató.

Como le digo, la comunidad negra de Puerto Gaviotas sufrió mucho. El Ejército llegaba disparando sin preguntar, rompían las canoas, se llevaban los víveres, mejor dicho, los fueron aniquilando, y como en esta vereda la gente estaba organizada, denunciaban a los militares por los crímenes que iban cometiendo contra ellos, entonces les agarraron mucha rabia: les fumigaban más a ellos que a otros. Muchas veces les fumigaban primero el pancoger que la coca: el plátano, el maíz y la yuca. De hecho, el Ejército comenzó a fumigar las aguas del río y los peces se morían; también fumigaron las huertas, prohibieron la entrada del cemento, los combustibles los restringieron a un cinco por ciento, porque el Ejército decía que eran insumos para hacer la pasta de coca, y todo esto lo hicieron por la declaratoria que dio el Estado de atribuir al Guaviare como Zona Especial de Orden Público.

Pero lo que rebasó la copa fue una especie de impuesto que se inventaron, en donde uno tenía que pagar un carnet de treinta mil pa arriba, para demostrar que uno era comerciante. Eso obligó a que todo el mundo dijera que era comerciante, porque de lo contrario no podía movilizarse por la zona. Con esta medida los militares aprovecharon y formaron un tráfico de alimentos.

Lo más grave de todo lo que estaba pasando eran las detenciones arbitrarias a los líderes comunitarios de la región; bajo el auspicio de uno de los muchos momentos de Estado de Conmoción Interior que tenía el departamento, se dieron toda clase de abusos a la población campesina. Entonces la gente, al ver que le acababan con el pancoger, que les restringían los víveres, que los atropellaran todos los días, ahí fue que nos fuimos reuniendo para marchar hacia las cabeceras de Miraflores y San José. Eso era para 1996. Salimos de Calamar al Retorno. Salimos unas cinco mil personas, y del Unilla y de La Libertad nos reunimos otras, todo para exigirle al Estado el cese de violaciones a nuestras comunidades, un alto a las fumigaciones con glifosato y una solución pacífica a todas las problemáticas de la región.

Con todos esos campesinos íbamos caminando para El Retorno, que era nuestra primera parada, pero el Ejército explotó con dinamita el último tramo de la carretera que conducía a la cabecera de El Retorno, lo que impidió encontrarnos con la gente que iba a salir de allí. Esto nos obligó a irnos por otras trochas. Aun así, éramos como unas ocho mil personas, y otras cuatro mil llegaron por el río Inírida. Total que sumábamos entre doce mil y quince mil personas el 16 de julio en El Retorno. Habíamos ya cruzado un cerco del Ejército y quedamos en El Retorno. El 21 de julio del 96 nos dispararon e hirieron como a tres personas. Ahí fue cuando los periodistas que estaban allí hicieron las reseñas y se alborotaron las marchas cocaleras por todo Colombia. Por ese entonces habíamos entre unas catorce mil y quince mil personas en El Retorno, un pueblo pequeño en ese entonces.

Hacíamos buen uso de la parte sanitaria y de las comidas. Nosotros preparábamos sancocho todos los días con carne de vaca. Estuvimos como ocho días en ese pueblo, hasta que la Policía Militar del Ejército nos obligó a devolvernos de ahí. Debido a todo lo que mostró la prensa, empezaron las marchas en el Putumayo, en el Caquetá,

en el sur de Bolívar, por allá por el Catatumbo, por todas esas partes; en el Meta también hubo marchas. Van a ser casi veinte años ahora.

Es que por todo el país los periódicos y los noticieros repetían que esas marchas las habían organizado las FARC, que la guerrilla nos había pagado no sé cuánto por salir a las carreteras, que a todos nos habían casi que obligado con el fusil a la espalda para dejar la chagra y salir a protestar. Entonces como yo era uno de los líderes de la marcha, el Ejército me detuvo y me montó en un helicóptero de El Retorno a San José del Guaviare, acusándome de guerrillero, promotor de la violencia, instructor de armas de fuego y armas blancas. Llegué a las cuatro o cinco de la tarde, me metieron a una pesebrera maloliente y toda la noche me hicieron preguntas: que dónde estaba la guerrilla, que cuánta plata nos habían dado para organizar las marchas y que quién era mi comandante. Allí ya estaban otros líderes, entre ellos, varios de la comunidad de Puerto Gaviotas. Yo escuchaba que les gritaban "negros guerrilleros".

Por ese entonces yo era presidente del Consejo Municipal de Calamar por la UP y les decía a los militares que en esas condiciones no me podían tener. Aun así, estuve como hasta las tres de la mañana en interrogatorio en el batallón. De allí me sacaron para la Fiscalía a las nueve de la mañana, pero me tuvieron quince días más retenido, con la misma ropa y aguantando hambre. Luego me dejaron libre, porque no tenían ninguna prueba de sus acusaciones. Me amenazaron y torturaron. Uno queda con psicosis: yo veía cualquier uniforme y empezaba a sudar frío.

En las marchas cocaleras sí que hubo represalias. Pusieron una gente que decomisaba la gasolina para dársela a otras personas, a sus aliados. Hubo como sicariato, hubo muertes. No nos mataban a los dirigentes, porque nosotros vivíamos muy unidos y muy fuertes, pero sí se mataba a la gente que vendían combustibles, incluso entre ellos se daban plomo. Total que hubo como unas diez muertes en 1996. Aparecían muertos por entregas: llegaban diciendo que le

habían quitado diez tambores a uno para que los vendiera el otro. En Miraflores fue otra cosa distinta: allá se amontonaron en la pista aérea como unas diez mil personas, salidas de todas las veredas, porque en Miraflores sí había cultivos de coca de tipo industrial, de veinte y de cincuenta hectáreas de coca. En cambio, en Calamar los cultivos eran artesanales, por ahí tres hectáreas o cinco; el que más, tenía por ahí diez hectáreas, pero en Miraflores sí eran cultivos grandes.

Cómo le dije, en las marchas a los líderes no nos mataron, nos detuvieron ilegalmente y nos maltrataron, eso sí, como también le pasó al alcalde de El Retorno, Roberto Castro, militante de la UP, y al personero, José Joaquín López, que también los acusaron de ser promotores de las marchas campesinas y la violencia. Recuerdo que llegaron unos tipos armados a sus casas amenazándolos con una lista que el mismo Ejército hizo.

Le apostamos a la alcaldía de Calamar y ganamos

Después de todo ese agite de las marchas, continuamos sin descanso —a pesar de las amenazas a nuestras vidas— con el trabajo de base que veníamos construyendo con los campesinos e indígenas que habían caminado, con todo y familia, para exigirle al gobierno una solución política al conflicto. Total, que para las elecciones del año 98 y con toda la fuerza que teníamos en las JAC le apostamos a la alcaldía de Calamar. Nos fue bien, yo quedé electo para el periodo del 98 al 2002. Modestia aparte, en Calamar hicimos una muy buena alcaldía. Teníamos una organización social muy avanzada, tanto que los consultores y todas las personas que han trabajado lo social les gustaba ir a Calamar, porque encontraban organización por todo lado.

Teníamos la cultura del aseo y el cuidado al medio ambiente, teníamos la emisora comunitaria: la llamamos Chiribiquete Stéreo.

Fue la plataforma para impulsar y promover el trabajo comunitario, la organización y la cultura calamarense. Era casi un altoparlante de la gente. Con recursos de la alcaldía, actividades de la propia gente y las juntas de acción comunal, la fortalecimos para que alcanzara un nivel de oyentes muy grande, casi todo el pueblo la sintonizaba para saber qué pasada día a día. A la gente le gusta escuchar al vecino hablando por el radio. Ya no era oír a un señor desconocido desde Bogotá, pues la propia emisora fue componiéndose de la gente del pueblo y de algunas veredas: el que estaba por la mañana en la plaza o en el muelle era el que le hablaba por la tarde en la emisora. Eso lo desbarató el Ejército. Ellos se quedaron con los equipos, porque decían que todo le pertenecía a la guerrilla.

Cuando fuimos gobierno las convocatorias eran rápidas y precisas, agilizábamos mucho para evitar que las iniciativas se quedaran en el papeleo. Teníamos lo deportivo, creamos una clásica de ciclismo y corrimos desde la orilla del Apaporis hasta San José del Guaviare, bajo el dosel de la selva. Esa clásica todavía existe y se llama Clásica de Ciclismo de Verano del Guaviare; también organizamos el Festival de la Balsa Dorada. Se le colocó el nombre de Balsa Dorada, porque, cuando bajó del Ecuador, por los lados del río Amazonas, el explorador y conquistador Francisco de Orellana, algunas mujeres salieron y le hicieron frente. Con flechas le incendiaron varios barcos, y él dijo que esas mujeres le recordaban a las Amazonas mitológicas. Él las bautizó "Las Amazonas", porque no iban hombres, solo mujeres. Esto era porque los hombres de este pueblo, siete años antes, habían salido a pelear contra los portugueses y contra los españoles, pero los perros feroces, los caballos, las lanzas, las espadas de acero y el plomo los diezmaron, y regresaron derrotados. Entonces aparecieron las mujeres y a ellos los dejaron cuidando a los niños, a los curumíes.

Se invirtieron los papeles; mejor dicho, las mujeres dejaron trabajando a los hombres y ellas se fueron a frentiar. Duraron siete

años combatiendo. En algunas crónicas que escribieron se decía que ellas eran las guardianas de la ciudad del Dorado, que más o menos estaba ubicado por las orillas del río Negro, cerca del cerro de La Neblina, entre Brasil, Venezuela y Colombia, por ahí a la altura de la otra capital del Guainía, llamada San Felipe. Por ahí, más o menos en ese triángulo, es que se dice que está la ciudad del Dorado, pero nadie la ha encontrado.

Así que cuando se hizo el Festival de la Balsa Dorada en 1999, por primera vez, fue con toda la simbología del Chiribiquete. En esas pinturas rupestres de allá del Chiribiquete hay mucha cultura fálica. Ahí se hizo el lanzamiento de la Balsa Dorada y de ahí en adelante, se pone a flotar la balsa dorada en Calamar, y se amarra con lianas y todo. Es como un símbolo que la representa.

Como ve, doña, fuimos una fuerza política importante. En los primeros años de la década del 2000 teníamos dos alcaldías de las cuatro: que eran Miraflores y Calamar. Teníamos diputado a la Asamblea, teníamos como unos veinte concejales y personeros. Los paramilitares estuvieron a punto de hacer una masacre en Calamar, pero les tocó devolverse, porque nosotros lanzamos un SOS a la delegada de la ONU de Derechos Humanos, y fue así como les tocó devolverse a los paras y no hicieron la masacre en Calamar. Usted sabe que de todas formas la gente se da sus mañas para evitar el terror y mantenerse políticamente.

El caso es que nosotros no perdimos la alcaldía de Calamar como UP ni la alcaldía de Miraflores. La vaina fue que llegó la guerrilla de las FARC y constituyeron las llamadas Quinta Columnas. Esas Quinta Columnas sacaron el cuento que había que renunciar a todos los cargos públicos. Nosotros tratamos de hablar con la guerrilla para que nos permitiera seguir y no pasara eso, pero sus planes son sus planes y no entendieron. Esa vez sí se llevaron por delante la gente misma que decían representar.

Meses después nos armaron una película y nos llevaron presos para Bogotá a veintitrés personas, el 22 de noviembre del año 2002. Estuvimos trece meses presos hasta diciembre del año 2003, acusados de pertenecer al Frente 1, "Armando Ríos", de las FARC. Antes acá era el Ejército el que veía en todo lado guerrilleros, pero con la llegada de Uribe a la presidencia, esa mirada se instaló también en la Casa de Nariño y todos nos convertimos de la noche a la mañana, por obra y gracia del señor presidente, en terroristas y narcotraficantes de esa guerrilla. Todos los noticieros y periódicos nos sacaron en primera página, imagínese, hasta exalcaldes capturados por ser guerrilleros. Lo que hicieron fue un montaje terrible, nos inventaron todo un proceso judicial para sacarnos de la política y del trabajo con la gente.

Después de más de un año en la cárcel, taladrado por ese frío hasta los huesos, con nuestras familias lejos y aguantando humillaciones todos los días, logramos demostrar que no teníamos esos vínculos de los que nos estaban acusando y fuimos absueltos. Hoy tenemos demandado al Estado, y esas son enseñanzas, si quiere hacer política en este país.

Pregúntese, doña, ¿dónde estuvieron esos mismos noticieros y periódicos para hacer el mismo escándalo por nuestra libertad e inocencia?, ¿dónde salió el presidente a decir que se había equivocado en sus acusaciones? No, no aparecieron, apenas sí sacaron alguito en las noticias, ahí como por cumplir. Es que cuando quieren acabar con las experiencias de cambio, que representan otros intereses por fuera del control de liberales y conservadores, ellos combinan todos sus métodos. A nosotros nos inventaron unos testigos falsos que declararon en nuestra contra y todo.

Nos tocó renunciar a las credenciales, luego de que veníamos de haber hecho una muy buena alcaldía. Con decirle que en mi alcaldía recibimos el Premio Nacional Ambiental de la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR) como reconocimiento a

nuestro trabajo en defensa del ecosistema amazónico y la biodiversidad, por el proyecto dendroenergético. Fue a través de este proyecto que nos propusimos producir energía a partir de la biomasa generada por el bosque amazónico y productos forestales como la lema, el carbón vegetal y otros derivados.

Regresé para irme

Eso le cuento. Cuando ya estuve libre, en enero del 2004, retorné a Calamar y tratamos de que nos dejaran hacer campaña política. Dijimos, bueno, nosotros tenemos de enemigos a los paramilitares, y si nos ponemos a hacer campaña política, nos vamos a echar de enemiga a la guerrilla, y entonces nos vamos a quedar en medio de dos fuegos. La guerrilla mandó a decir que no admitían ninguna campaña política, que el que hiciera campaña lo declaraban objetivo militar, y yo no me iba a exponer ya de esa manera. Entonces, en medio de esos dos fuegos, comienzan a desaparecer gente.

Un caso fue el de un chofer que llamaban "Fosforito". Lo desaparecen los paramilitares ahí en Calamar en el 2004. También desaparecen a la señora Blanca, un señor Omar y a su esposa, quienes tenían un restaurante y un almacén muy bueno. Los citaron en la piscina semiolímpica de Calamar, que porque les iban a pagar una casa. Les pagaron fue un boleto al cielo. También mataron a un muchacho que le decían "Sancocho", porque era hermano de un guerrillero. Porque allí hay una diferencia entre los paramilitares y la guerrilla; por ejemplo, cuando una persona comete alguna falta, si es la guerrilla, se la cobra al que la cometió, no al hermano, ni al papá ni al hijo ni al primo ni al compadre ni al ahijado. Se la cobra es a la persona, pero los paras se cobran con cualquiera de los familiares.

Luis Eduardo Betancourt, compañero de prisión, logró escabullirse a la red de muerte lanzada por los paras. También logran hacerlo otros líderes de la región, entre esos Roberto Castro, que fue un gran

administrador, un buen alcalde, un hombre que manejó como ninguno el recurso. Hoy en día está muy enfermito el compañero. Él es un tolimense de Icononzo. Todos ellos logran irse antes que los desparecieran. Se fueron al campo, a hacer lo que saben: trabajar la tierra y organizar.

Por allá en el mes de abril de 2004, junto con Arcángel Cadena, que fue uno de los que estuvo preso conmigo, regresamos a Miraflores a buscar a Luis Eduardo, y en eso nos encontramos a Marco Antonio. Marco Antonio Fonseca fue uno de los del programa de Orlando López García, de los locutores que hablaba de que se fueran a colonizar, y después fue militante de la UP y del Partido. Entonces yo voy con Arcángel Cadena a buscar a Luis Eduardo y a buscar a Marco Antonio. Le cuento que ellos habían montado una ladrillera en Calamar en la época de esplendor del municipio, pero, como tocó salir huyendo, se llevaron las máquinas para hacer ladrillo en Miraflores.

Recuerdo que Luis Eduardo tenía un carro que se lo quemaron; al parecer, el Ejército. Cuando eso Eduardo dijo: "¡yo me voy, porque ya está que llega el Ejército aquí y ya vienen por mí!" Yo recuerdo que, cuando regresé, vinimos y subimos por el río Vaupés, agarramos el río Itilla y llegamos a una altura de veinticinco kilómetros de Calamar al sur, y por allá nos estuvimos unos días.

Pero yo me dije: "¡No!, pero es que yo no tengo por qué estar acá, han desaparecido como unas ocho, diez personas en Calamar. ¡Yo voy a frentiar!". Entonces salí con Arcángel. Al llegar, Arcángel no se quedó y se fue para Bogotá. Yo me quedé, porque tengo mi esposa, mis hijos, mis compadres y mis compañeros, ¡todo!, así que entonces me quedé.

Para mayo del 2004, llegó una comisión del Gobierno, del Ministerio del Interior y con ella venían los generales, ¡ah!, y hubo una asamblea del pueblo en el aula máxima del Colegio Carlos Mauro Hoyos. Y yo en medio de toda esa gente pedí la palabra. Yo era en ese momento defensor de derechos humanos y exigí respeto para

todos los pobladores civiles. No importa que sea la mamá de un policía, que sea la mamá de un guerrillero, que sea el familiar de un paramilitar o de un soldado, hay que respetarnos. Yo creo que después de ese discurso mío los paramilitares se cuidaban de cometer cualquier abuso, pero solo se detuvieron por un tiempo. Ya que a finales de agosto pasó una cosa dolorosa.

¿Recuerda usted de eso? Si no se acuerda, se lo cuento. Pasó que una comisión de tres personas de la Empresa de Energía Eléctrica de los Lagos del Dorado, por allá a orillas del río Vaupés, subía a Calamar con casi cincuenta millones de pesos a comprar el diésel, a comprar los combustibles para unas máquinas. La comisión la componían una señora, que le decían cariñosamente "La Quemadita", una morena alta, espigada, de unos 35 años de edad; el esposo de ella, como un cuarentón, y otro señor de la Junta. En el camino, los paramilitares los ubican y los detienen en una curva antes de llegar ahí al puerto de Las Muñecas, aquí en Calamar. Allí, habiendo pasado por el frente de la Policía, y a punta de rula y hacha, los matan y les roban la plata. Con la rula les abren el vientre a los tres, les amarran unos sacos de arena y los lanzan al río Unilla. Eso es a finales de agosto. Esas personas eran de Lagos del Dorado, que era un pueblo muy movido, muy comercial, pero ahora es un pueblo fantasma, al estilo de Puerto Gaviotas. Allá se movía más plata que en Gaviotas, allá había discotecas y cosas grandes. A principios de septiembre de 2004, hubo un veranillo, entonces bajó el caudal del río y fue así que se vieron los cuerpos de estas personas flotando en los caudales.

Inmediatamente hice la denuncia y, al hacerla, un mayor de la Policía, se reunió conmigo y me dijo: "¡Mire, Floro, sobre el caso de esta masacre de esas tres personas, mis hombres están metidos en eso: trabajaron con los paramilitares para hacer ese crimen por la plata. No se le ocurra ir a San José, porque allá unos policías trabajan con los paramilitares. Incluso a unos pocos kilómetros en el lado del

Meta, a unos doce, quince kilómetros de San José, del casco central de San José, está El Trincho, la vereda donde tenía el cuartel general Cuchillo. Entonces no vaya a ir a San José a decir nada. ¡Váyase para Bogotá y haga la denuncia en la Defensoría del Pueblo!".

Dicho y hecho, cuando yo hago la denuncia, empiezan los policías a buscarme en los hoteles donde yo me hospedaba. Por eso me tocó irme exiliado. Pero, antes de irme, creamos una asociación de desplazados del Guaviare, llamada Aspodegua. Nos reunimos como cien desplazados, y luego empiezan a perseguirme. Entonces me tocó irme para fuera. De eso ya son como diez años.

Sin nada me tocó irme al exilio, pero siempre con la mente y el alma en Calamar

A donde fui a parar llegué sin nada, porque los bienes míos en Calamar me tocó venderlos a precio de gallina flaca. Póngale: una casa que valía doscientos millones, un negocio con planta eléctrica, con congeladores, con todos esos equipos de frío, los vendí en diez y nueve millones, y valían doscientos. Hoy en día todo eso se devaluó. Ya no están los equipos, ya los acabaron, pero sí está la casa. Eso hoy en día vale por ahí 150 millones de pesos. Es que recuerde usted que en Calamar el costo de la vida era antes más caro, hoy en día no es así. Hay que ver que usted consigue una panela en $1000 mientras en Bogotá vale $1000. Usted consigue una libra de papa en Calamar hoy en $1000 pesos y en las tiendas de la capital vale $1000; la gaseosa usted la consigue ya en $1000, y hace algunos años valía $2000, y la cerveza la consigue en $2000 o $2500, primero costaba $3000.

En el exilio siempre me acuerdo de Calamar. Hoy en día la gente está muy empobrecida, cuando hace años era uno de los municipios más prósperos de la región. Sus veredas iban palante, como Puerto Gaviotas. Los negros, con la forma de trabajar de ellos, se ganaron la voluntad de un señor ahí, que era como terrateniente. Un señor

García. Este señor les cedió unos terrenos y ellos empezaron a fundarse. Además, ellos se reunían, jugaban fútbol y nadaban en el río, y montaron discoteca. Calamar era el epicentro de las negritudes del Guaviare. Ahí llegaban a buscarlos para trabajar en las chagras, para llevarlos a raspar coca o para trabajar, de pronto de motoristas por el río, para llevar carga. También algunos se fueron para la insurgencia. Eso no es un secreto. Algunos de ellos se fueron: les pareció que por ahí era la cosa.

Es que los negros siempre han tenido rebeldía y han sido bien organizados para pedir las cosas. Cuando estas comunidades se deciden a trabajar colectivamente por algo, lo sacan. De hecho, recuerde usted que cuando les asesinaron a Chucho, que era uno de sus líderes comunales, en 1988, salieron a protestar todos, con niños y mujeres, y fuera de eso arrastraron a otros campesinos. Fue una manifestación de más de mil personas. Era un líder muy arraigado entre ellos y la protesta por su muerte fue de magnitudes muy grandes.

Como eran tan organizados, ellos pedían, por decir, una planta eléctrica, y a los dos meses la tenían. Se les mandaba los cables y los electricistas. Ellos incluso ponían la mano de obra y las obras salían rápido. Yo recuerdo que Puerto Gaviotas tuvo energía eléctrica, y pidieron el acueducto: entonces se les montó el acueducto con una motobomba muy buena. Llegaron a tener dos acueductos. Lo otro era que también no eran corruptos, eran transparentes en el manejo de los recursos. Su formación política era notoria. No te echaban discursos académicos, pero sí te hablaban con claridad de los proyectos que tenían, de las razones y los beneficios de trabajar colectivamente.

En el manejo de las basuras ellos colaboraron mucho. También colaboraron mucho en los deportes, y en los comités de participación comunitaria fueron muy participativos. Cuando necesitaron una escuela, yo era diputado a la Asamblea y logramos que les construyeran la escuela y que mandaran una profesora para allí. Eso fue

como en 1993. Y luego el puesto de salud, ya fue como en 1995, en el gobierno del compañero Roberto Castro Barrios, que fue uno de los que le tocó huir porque lo perseguían. También tenían su discoteca, una especie de Goce Pagano en la selva. Todo esto los fortalecía, porque no salían al pueblo tanto a gastarse el dinero, salían a jugar fútbol y a otras cosas. Puerto Gaviotas también se convirtió en un generador de educadores: de allí salieron varios profesores, como Josuelo, Evaristo y también algunas maestras con mucha convicción de servicio.

Mire, no nos digamos mentiras, los negros fueron agarrando un estatus gremial, social y participativo y se volvieron unas personas de mucho respeto. Por ese entonces asesinan al hijo de Secundino Panameño en San José del Guaviare. Secundino Panameño era un gran dirigente que murió en La Libertad, pero él murió en la cama. También fue asesinado César, que era un gran jugador: jugaba, como número 10, fútbol. Un maestro. Muchos negros murieron, lo que pasa es que uno no se acuerda de los nombres y los apellidos.

Gaviotas fue un centro muy importante, un lugar de enganche de personal para trabajar en las labores agrícolas de ese entonces. Ahora es un pueblo fantasma donde ya no hay casi nada. Era un puerto a la orilla del río, muy alegre, únicamente negros veía uno allí. Nos arrimábamos a tomar refresco y encontraba uno con quien dialogar, con quien compartir y con quien tomarse el refresco. Así uno no llevara sed o cansancio, decía "paremos a charlar con Pedro, con Juancho, con alguien" y se arrimaba uno ahí y charlaba con ellos. Era un espacio para comentar cómo estaban los precios de los artículos y, en el caso mío, cómo van las cosas, qué tienen acá para subir: que tenemos yuca, que tenemos maíz, que tenemos unos cerdos, que tenemos unas carnes que hay acá. Si quieren llevarlas, también las pueden llevar. Era un puerto agradable para llegar y ahí uno calmaba la sed y el hambre.

Allá había jardines, comida, música, y cantaban los alabados. Yo me acuerdo que cantaban toda esa música del Chocó. En los festivales de la Balsa Dorada sacaban artesanías y las mujeres salían ataviadas con sus mejores trajes. Eran muy participativos en todo. Hoy en día aún hay varias personas de la comunidad, siguen siendo organizados, pero, claro, con muchos muertos. Es que ellos colocaron muchos muertos, pero uno ve en personas como usted que la dignidad de los negros se mantiene: por más que intentaron, no la lograron acabar.

Yo digo que, si Gaviotas fuera una inspección hoy en día, sería como un pequeño Palenque. Es que Gaviotas tenía una dinámica constante, era como el progreso a seguir para las demás veredas, porque en pequeña escala lo demostraba. Sus calles eran muy aseadas y sus casas, cuando las pintaban era de colores vivos, alegres. Se veía el trabajo comunitario y el empuje por hacer cada día mejor la vereda. Pero ese pueblo próspero se fue desocupando y hoy en día es un pueblo fantasma, y lo peor es que está rodeado de terratenientes con ganadería extensiva. Ahora le da a uno como nostalgia.

Doña, me alegró verla y poder tener el tiempo para contarle mi historia y de paso la de aquellos que conocí. Yo vuelvo en unos meses y, si algo se me olvidó, seguro que sacamos otra tarde para continuar. Por mi situación tengo que regresar en estos días para el Brasil. No me quiero ir, pero me toca, y lastimosamente por acá solo me puedo estar de pasadita. Desde que estoy exiliado vengo, visitó los amigos, los viejos compañeros, y otra vez arranco para afuera. Ahora siempre que vengo me toca desde antes pensar en irme. Igual estoy para servirle y conversar mucho. Ojalá haya paz, así de pronto pueda volver por aquí, y así también puede que sea más fácil que usted se meta en la política y trabaje por su comunidad.

La profesora Norelis Mosquera y la colonización educativa del Guaviare

Salí del Chocó como normalista y llegué al Guaviare por necesidades del servicio

Mija, antes de salir para Gaviotas siéntese un momentico y le cuento cómo fue ser profesora en esa vereda. Mi historia en el Guaviare nace de mi motivación por ser maestra, aunque yo diría que esto es más una vocación, una inspiración que uno tiene desde pequeño y que se va adquiriendo y fortaleciendo con la experiencia. En mi caso, llegué al Guaviare por necesidades del servicio, y porque en el Chocó, de donde yo soy oriunda, no había muchas posibilidades de ejercer mi carrera.

Pero, como usted ya sabe, tomar la decisión de ser docente en este país también tiene que ver con el desempleo tan grande que hay. Cuando usted es de bajos recursos y se le pinta una oportunidad como es salir del bachillerato normalista, ser docente se convierte en una profesión a la cual muchos aspiramos en el Chocó. Yo soy natural de Quibdó. Terminé el bachillerato en 1997 en la Escuela Normal Superior de Quibdó y debido a la situación tan tremenda me desplacé al Guaviare, en donde había muchas oportunidades de trabajo. Fue algo bueno para mí, porque en esa época, así fuera bachiller, me nombraron de una para trabajar y entré derechito al magisterio.

Y es que eso de ser profesor en el Chocó ya se volvió como una tradición. La Normal, de donde yo salí, tiene una larga historia:

la fundaron por allá en el primer gobierno del Dr. Alfonso López Pumarejo, cuando propuso la reforma, ¿si sabe de qué le hablo?

—*Sí, de cuando lo de la reforma educativa que dio libertad de enseñanza y limitó a la Iglesia para el ejercicio educativo.*

—Pues con esa reforma surge la idea de hacer las escuelas normales. Una, creo, es la actual Universidad Pedagógica y la otra es de donde yo salí. Pero por poco y nos quedamos sin Normal, porque inicialmente se había pensado su construcción en el Carmen de Atrato, pero unos señores analizaron bien y les pareció que era mejor allá en Quibdó. Recuerdo que mis profesores –que también habían sido estudiantes de la Normal– nos decían que recordáramos bien la historia de nuestra escuela, porque era un pedacito de nosotros en la historia del país. Nos decían que no nos olvidáramos de don Francisco Córdoba y don Juan Bautista Mosquera, que fueron los que regalaron los lotes en donde hoy funciona la Escuela Normal.

Ahora que lo pienso, allá del Chocó ha salido mucho maestro para todas las regiones del país. Me imagino que usted se habrá encontrado con más de uno. Mi abuelo me contaba que muchos amigos de él salieron por el 58 hacia Bogotá, porque para esa época vinculaban maestros de otras regiones a las plazas de Bogotá, y ahí fue que salieron un montón de chocoanos para la capital y después hacia otras ciudades del país.

Pero, bueno, yo siempre me pongo a contar otras historias, así soy con mis estudiantes. Toca que me diga si me pierdo de la historia. Le contaba: yo decidí venirme en el año 98, a la edad de 18 años, para el Guaviare. En ese momento fue muy duro para mí porque escuchaba las noticias sobre esta región y la pintaban como una zona violenta y roja. Pero me puse a pensar: "O me quedo en Quibdó buscando trabajo o me voy a jugármela para otra parte". Y me preguntaba: "¿Será que dejo la familia?, ¿dejo a los amigos?, ¿dejo todo?" Me puse a llorar como una Magdalena, pero tomé la decisión de

TRAYECTORIA DE NORELIS

venirme y, como muchos de mis compañeros, ya va a ver usted, me vine con el apoyo de un familiar que me decía que aquí en Calamar el trabajo para docente era fácil y bueno.

Llegué por tierra. Me eché unas treinta y cuatro horas. En ese entonces, no había carretera como tal para venir a San José, lo que hacía difícil el acceso. Es que le cuento que duraron como catorce años construyéndola desde Granada. Ahora es que la gente disfruta de un buen viaje de ocho o diez horas desde Bogotá. Acá no venía toda clase de bus, venían esos de la Flota de la Macarena, pero los destartalados.

Resulta que, finalizando el año 96, asesinaron al director del colegio de Calamar, Carlos Mauro Hoyos. Eso como que fue en las puertas del internado. Así que los maestros, temerosos de que les pasara lo mismo, se fueron para San José o para distintos lugares del país, y se quedó el pueblo, prácticamente, sin maestros. Entonces ahí fue que mi tía me llamó y me insistió para que me viniera. Yo aún estaba terminando mi bachillerato. Me esperé lo que faltaba y llegué a San José. Ya había varios profesores afro en Calamar, así que a mí me mandaron a la vereda de Puerto Gaviotas, donde trabajé por cinco años. Cogí para allá porque mi tía fue la primera profesora que hubo en esa vereda y ella me dijo que eso era bueno por allá. Después de ella llegó Emiliano Balanta, en el 94, y luego Aristóbulo Cuestas, un señor muy sonriente y colaborador. Yo igual llegué muy asustada, porque por mi edad era un poquito inexperta, era muy joven, y las noticias decían que era cuna de la guerrilla, que ellos eran amos y señores, así que llegué con mucho miedo, pero con ganas de trabajar.

—*Y ese miedo, ¿se le pasó rápido?*

—No, mija, si con el transcurrir de los días me empezó a entrar más el temor, porque por ahí pasaba mucha gente uniformada. Yo decía: "¡Pero, Dios mío, qué será lo que sucede!" A mí nadie me contaba quiénes eran esas personas. Pero, bueno, la comunidad ya estaba acostumbrada, así que decidí esperar. Cuando llegué, había una escuelita

medio grande. No pensé encontrarme con una escuela de material en esa vereda, pero le digo, eso no siempre fue así. Don Emiliano me cuenta que él empezó a dar las clases en un laboratorio, lo que llamaban un cambuche o cambullón, que era donde trabajaban en la coca. Así que, mientras estaban pipando la hoja, él estaba al lado dictando clase a catorce estudiantes. Hasta el año 1996, cuando don Roberto Castro fue alcalde, se construyó la escuela que hoy está en Puerto Gaviotas. Atilano Moreno, que le decían Lucho, de cariño –era uno de los líderes de la vereda–, donó el terreno y los materiales para la construcción, que salieron de un proyecto conjunto entre la Alcaldía y la Gobernación. Es que eso era así, porque recién llegué Gaviotas ya era una vereda muy nombrada por el asentamiento afro y porque la gente era muy participativa y organizada.

Lo bonito de Puerto Gaviotas era lo que se aprendía sobre nuestra cultura

—Yo de allá tengo bonitos recuerdos, pero lo que más me gustaba era Calle Caliente. Haga de cuenta que la vereda se divide en dos partes: una era Puerto Gaviotas, que estaba al lado del caño, ahí era donde arrimaban las lanchas, las voladoras, y era como el centro; y la otra era Bellavista, que quedaba más allá de la escuela y también hacía parte del asentamiento. Cerca al puerto era lo que llamaban Calle Caliente. Yo creo que le decían así porque la gente era bien alegre y ponía la música, la radio y los equipos a todo volumen. Oiga, ¡es que en Gaviotas se hacían unas rumbas! En diciembre, en Semana Santa o en los fines de semana de puente, la gente cogía para allá, iban en lanchas por el puerto de Las Muñecas y llegaban a rumbiar. La gente era muy divertida. Pero, bueno, de esas épocas le contaré más adelante.

Allá se vivía muy bien. Hacíamos fiestas que no eran de un día, ni de dos, sino que se demoraban una semana; por ejemplo, la fiesta

para el día de las madres o el día del niño. Yo creo que esas festividades se pudieron hacer gracias a Lucho, que colaboraba mucho. Él ayudó con la escuela. Todo lo que yo le pedía me ayudaba. Yo vivía en deuda con él: "Que mire que no tenemos plata y necesitamos para el día del niño, que para el día de las madres" y decía: "Claro, yo ayudo con lo que usted me pida". Y de todas formas, uno tampoco era tan conchudo de pedirle de todo. Por eso es que algunas veces, para conseguir el dinero, hacíamos bazares.

En los bazares se recordaba mucho al Chocó, se miraban cosas de allá: por ejemplo, la comida siempre era típica afro. No era solo ir a bailar, sino que eran días de festejo con comida comunitaria. Las mujeres cocinaban. Me acuerdo del sancocho de las tres carnes: hacían enyucado, panocha, cuca, lavado. Les gustaba mucho ahumar la carne y el pescado, para luego hacer sopa y arroz con coco.

Allá había un trapiche. Yo no sé si ya se dañó, pero quedaba a mano derecha cuando uno iba saliendo del asentamiento. Todos los hombres sembraban la caña y, cuando ya estaba lista, le sacaban el jugo para hacer miel y después a cada casa le daban su timbo. A mí no me gustaba que me la dieran, porque hacer esa aguapanela con la miel... se ensuciaba toda la estufa. También la comunidad sembraba arroz. Luego, cuando ya estaba listo, lo recogían y lo echaban a pilar. Intenté aprender una vez, pero para pilar eso, ¡mejor dicho!, a mí me salieron una cantidad de callos y ampollas. Pero eso era lo bonito de allá, todo lo que uno aprendía en el día a día.

La pesca y la caza también eran buenas, porque los hombres cazaban juntos y repartían para todos. No comercializaban en las ferias de Calamar, porque los grupos de la guerrilla no permitían la caza indiscriminada o la pesca en grandes cantidades; entonces, después de cazar, al día siguiente lo repartían. La guerrilla ponía unas pautas de convivencia donde había que cuidar el medio ambiente: solo se podía cazar y pescar para el sustento y eso valía para todas las veredas, no era solo cuestión de Gaviotas. Allá se vivía muy bien,

porque me mandaban pescado, gallina, huevos, hasta perezosos o cachirres.

—*¡Mejor dicho, eso era una sola fiesta!*

—Sí, lo otro que recuerdo mucho era cuando los viejos se reunían en las noches a hablar. Uno terminaba cantando con ellos. A mí me gustaba mucho escuchar sus historias, porque, a pesar de que yo vengo de Quibdó, había muchas historias sobre mi departamento que yo no conocí sino hasta cuando llegué a la vereda. Ellos también me cantaban y me echaban hasta poesías.

En la escuela tenían varios instrumentos musicales que llegaron a través del programa de la Balsa Dorada, donados por la Alcaldía, porque ese era el único asentamiento de negritudes en Calamar. Desde entonces nosotros nos poníamos a tocar en la noche. Al principio no había energía en la vereda, así que uno se dedicaba solo a contar historias y nos divertíamos con eso. Ya con el tiempo colocaron lo de la energía solar y hacíamos otras cosas, pero, a pesar de eso, se seguía con la misma costumbre. Es que al lugar donde uno llegue uno sigue con lo mismo, porque es como si lo llevara en la sangre. Yo por lo menos estoy aquí y empiezo a escuchar un tambor y el cuerpo se me mueve solito.

Recuerdo que había una señora que me contaba sobre la Madre Monte que vivía en el Chocó. Ella me decía que eso sí existía, que era una señora que embolataba a los hombres que iban a cazar para que no lo hicieran. Ahora que le estoy contando me acuerdo de un alabao que me quedó en la mente. Eso son canciones o arrullos que se le hacen a los difuntos y son muy tristes –"chigüalo", como le dicen ellos–, especialmente cuando hacen referencia a la muerte de un niño, y les cantan para que su alma se desprenda y vaya al cielo. Pero hay otros que son alegres y que se hacen cuando es un bautizo. Bueno, lo que me acuerdo dice algo así:

Al patriarca San José yo se lo tengo pedido:
Que no me deje acabar junto de mis enemigos;
Al patriarca San José le ofrecí una misericordia,
Adiós, madrecita hermosa, hasta el sábado que viene.

Una vez cantaron esos alabaos porque se había muerto una gente: hubo una tragedia en la que mataron a dos muchachas de Puerto Gaviotas y cuando estaban en el velorio de ellas, a las personas que habían cometido el crimen también las mataron, así que teníamos allí cuatro cadáveres. Además, las mujeres estaban embarazadas. Se cantaron los alabaos, que eran tristes, lúgubres, porque eran de muerte, pero a la vez eran una alabanza a las cualidades que tenían esas personas fallecidas. Con esas canciones de muertos a uno le da mucha nostalgia y tristeza. Pero a mí me parece que es una de las tradiciones más bonitas que tenemos los afro y que se han ido perdiendo, porque ya la gente joven no quiere apropiarse de ellas. Yo les hablo acá a mis estudiantes y les parece ridículo. Les da pena y no quieren aprender esas cosas.

Pero antes eso no era así. Yo me acuerdo que cuando hicieron el festival de la Asociación de Negritudes que hacían en el parque municipal de Calamar, tenía una caseta y un trapiche para significar lo de la molienda de la caña, el pilón donde se trillaba el arroz, las artesanías del pueblo negro. Entonces se piló el arroz para sacar la cascarilla y se sacó el guarapo, también se hizo biche, que es un producto de la caña que es muy fuerte, es una cosa terrible, ¿cómo le explico? Es como un licor y el efecto es como el del aguardiente, que después de tomarlo se está alegre y contento. Otro que hacen es el arrechón. Ese también es un licor. Lo hacen con leche y también produce ebriedad. Pero este es como afrodisíaco, dicen que es como para subirte la libido. Es para sentirte como virgen. Yo no sé, a mí no me consta. Y bueno, el jugo de borojó es otro que hacen mucho y tiene propiedades afrodisíacas, pero yo creo que eso es mentira, porque a mí me encanta y no me pasa nada.

Nuestra manía de organizarnos

—Es que acá eran bien organizados. La primera versión de este festival fue antecitos de que yo llegara, como a finales del 97, y la asociación que le digo fue la primera organización de negritudes que se hizo en Calamar y en Puerto Gaviotas. En septiembre de ese año convocaron a la primera reunión en Calamar a la que asistieron muchos de los que vivían en el pueblo y ahí una de las profesoras, Yanith –usted ya la va a conocer–, hizo de secretaria. También escogieron en ese momento a otro de los líderes de la comunidad como presidente, y a los profesores Aristóbulo y Miguel los pusieron también en cargos importantes. Total que eran ciento y pico de personas las que conformaron esa organización. La mayoría eran de Gaviotas. Había muchos profesores.

Pero esa manía de organizarse los afros empieza antes de esa asociación de negritudes y, creo yo, que viene de la época de las pautas o mandatos de la guerrilla. Para mí, que comenzó desde la oleada de afros que llegaron a la vereda de Puerto Gaviotas, donde necesitaron organizarse para salir adelante y progresar. Esto que le cuento tuvo que ser para el 96, porque Emiliano dice que para esa época ya eran muchas las familias. Había unos boyacenses que eran los hermanos Rodríguez y contaban que siempre los escuchaban decir que había que organizarse para traerle beneficios a la comunidad, que eso iba a blindarla de una cantidad de circunstancias que se vivían por el conflicto. Por esa época es que crean la primera Junta de Acción Comunal, de la cual hizo parte la familia más grande que vi en Gaviotas, los Moreno. Ellos ayudaron mucho a que la comunidad estuviera organizada y con buena convivencia.

Por ejemplo, el profe Aristóbulo, que usted ya conoció, fue el siguiente presidente de la Junta de Acción y ayudó a fortalecer la cuestión comunitaria. Trabajó sobre todo en el tema de la convivencia, porque venían muchas personas del Pacífico que les gustaba la

pelea a machete. Entonces con el profe, ya cuando yo llegué, comenzamos a decirle a la gente que así no se arreglaban las cosas, y con la ayuda de Lucho, el líder que le cuento, se logró que la comunidad de Gaviotas fuera la más pacífica de la época.

Después de ese trabajo que hicimos, comenzó a verse la vereda como un lugar turístico, donde la gente iba de paseo los fines de semana o para celebraciones importantes. Precisamente a nuestras integraciones iban personas de otras veredas y nunca había problemas de peleas fuertes, de que algún machetiao, de que algún baliao. Eso hizo que la vereda fuera atractiva y comenzara a crecer en todos los campos: en el cultural, en el asociativo y en el político. A pesar de que se manejaban ciertas estigmatizaciones, se mostró que detrás de lo negro había otra forma de pensar y otra forma de vivir y eso nos llevó a ser como el orgullo dentro del municipio.

Pero, claro, como usted sabe, no todo era bonito, hasta para hacer los famosos bazares e integraciones surgían problemas. Venga le cuento una que me pasó. Usted sabe que a todas las instituciones les dan implementos: por ejemplo, a nosotros en la escuela, nos dieron la planta de energía. Y cuando hacíamos bazares, Lucho me la pedía prestada y yo se la daba. Pero él tenía una diferencia con la familia de una de las que fue presidenta de la Junta de Acción Comunal. Entonces cuando yo le prestaba la planta a Lucho, ella se enojaba y decía que yo no podía pasársela, porque era de la escuela. Como se armaba problema cada vez que yo prestaba diferentes cosas, me tocó citar a reunión de padres de familia en vacaciones. En esa reunión salieron comentarios como que "él abría y sacaba las cosas cuando quería". De todas formas, el tema allá era que uno no podía hablar a espaldas de nadie. Yo les dije: "Yo creo que eso es incorrecto, debemos llamar al señor". Pero la gente hizo comentarios y yo me quedé callada. Entonces fueron y le comentaron que yo había citado a esa reunión para que la gente se pasara por encima

de él. Gracias a Dios, Lucho era una persona muy consciente, analizaba mucho las situaciones y por eso arreglamos las cosas.

—*Señora Norelis, con tanta fiesta que me cuenta, me imagino que comían delicioso y bailaban un montón. Pero ¿cómo enseñaba usted con ese ambiente tan bravo?*

—Pues no era tan difícil, porque eran muy pocos niños debido a la lejanía. Algunos tenían que pasar en canoa para ir a estudiar y era complicado que llegaran a tiempo. En las veredas, lo natural es que los estudiantes no sean más de quince. Cuando llegué, trabajaba con doce niños. Después subí a quince. Máximo llegué a tener dieciocho niños a mi cargo. En esa época lo difícil no era enseñar,

Enseñando entre las balas
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

sino reunir a la comunidad debido a que ellos trabajan todo el día. A pesar de eso, yo no tenía ningún problema con los padres de familia.

Como usted sabe, toda institución tiene su junta directiva. Nosotros estábamos organizados con la junta de padres. Con ellos se organizaban las distintas reuniones y los temas que se iban a desarrollar después en plenaria con todos los padres de familia. Cuando se convocaba a una reunión se hacía con varios días de anticipación. Yo mandaba una circular y todos, en pleno, llegaban. ¡Eso era muy bueno! Lo que pasaba era que tocaba buscar un día y una hora en que ellos no trabajaran casi, y eso era lo difícil, porque las fincas estaban necesitando gente todo el tiempo para la recolección.

Por ejemplo, se decía que se iba a hacer mandato y la gente colaboraba mucho. Eso era como un mecanismo de justicia que los del monte fueron implementando con las comunidades para poder mantener la convivencia y los lugares de la vereda. Eso se decía que se iban a hacer limpieza a la escuela o que iban a guadañar o a pintar o a lavar el tanque elevado que hay allá o que iban a cercar. Y la gran mayoría llegaba y los que no podían en ese momento decían que les dejaran una partecita para después cuando tuvieran un ratico, ir y limpiar. Lo malo era que en ese tiempo tocaba hacer caso, porque el que no iba al mandato ganaba una multa y no era que algunos creyeran que uno tenía algún nexo con esa gente del monte, sino que ellos mantenían pendiente de todo, entonces nadie quería arriesgarse a no cumplir con las normas.

Lo que sí fue difícil para mí es que todo se empezó a arreglar con la gente del monte y eso daba mucho temor. Yo tuve un caso con un niño. Sucede que íbamos a salir a vacaciones, yo les dejaba tareas, pero se las ponía por partes, y hubo un momento en que un niño estaba indisciplinado. Le llamé la atención y le dije que si seguía así lo iba a castigar. Luego les coloqué más tarea a los niños y hubo uno que lo tomó por el lado de que yo los había castigado con esa cantidad de tarea por culpa del niño que había regañado.

Ya cuando entramos de vacaciones, llegó la mamá de un niño llorando. Hecha un mar de lágrimas, me dijo que a oídos de ella había llegado que a esa gente del monte le habían contado que yo estaba castigando a todos los niños por culpa de uno solo y que, entonces, uno de ellos dijo: "Ah, ¿está castigando a todos los niños por uno? Va a tocar enseñarle a la maestra qué es castigar por lo que no es". Cuando me contó eso me asusté mucho, pero disimulé por lo que ella estaba ahí. Yo hablé con la gente de la Junta de Acción Comunal y solucionaron el problema, pero desde ese momento a mí me dio temor irme para el pueblo sola. Yo me venía a pie con mi hijo por la carretera, pero a partir de ahí dejé de hacerlo porque la gente me decía: "Profe, deje de andar por esa carretera sola, uno no sabe". Desde ese día yo dije: "No puedo exigirles mucho a los niños". Pensaba: "Tocará enseñarles y explicarles, pero si aprendieron bien y, si no, también". Porque si los pongo a perder el año, qué tal vayan y digan que lo perdieron porque yo lo quise así o porque les cogí bronca.

Por esa época pasaba que a veces algunos niños no iban a clase por la bonanza de la coca. Sobre todo esto sucedió acá en Calamar. Como ya se sabe, la coca aquí fue unos de los motivos por lo que se venía la gente. Entonces para algunas familias mandar el niño a estudiar era perder el tiempo, porque raspando se ganaban entre $50 000 o $60 000 pesos al día. ¡Eso era mucha plata! Y como acá tenemos el problema de la carretera, el que llegaba era para trabajar en la coca, porque no había los medios de transporte para sacar otro tipo de producto. Con hacerse diez kilos de coca se tenía buena plata. Para lograr ese dinero con otro producto tendría que sacar unos quince camionados de plátano, por ejemplo, para Bogotá. Y claro, para mi labor de docente eso fue complicando las cosas, porque muchas veces los niños no me llegaban a clase, yo no los podía hacer perder a todos, ni tampoco exigirles mucho, si no iban continuamente.

Las escuelas fueron el sitio de la confrontación y la población su escudo de protección

—Y me imagino que, con el conflicto tan duro que hubo acá, fue mayor la deserción.

—Sí, lo más duro en la vereda fue desde el 2000, que llegó el Ejército. A partir de ese año y hasta el 2005 hubo una desbandada no solo en Puerto Gaviotas, sino también acá en el pueblo. Yo me acuerdo que cuando entró el Ejército, llegaban hasta en la madrugada o en la noche, solo se escuchaban los helicópteros y, al otro día, el pueblo era callado, como si hubiese muerto alguien, nadie hablaba, sino que todo era un murmullo. Se decía que había entrado el Ejército, que había allanado casas, que se había ido mucha gente, que se habían escondido otros, pero todo eran solo murmullos. Eso fue una época muy difícil para todos, porque uno piensa que el Ejército viene a respaldar a un pueblo que estaba dominado, supuestamente, por la guerrilla, pero ellos pensaron que todos éramos guerrilleros. Yo no entiendo por qué, en vez de buscar hacer parte de la comunidad, vinieron a acabar con todo, desolando, arrasando, destruyendo. Fue horrible.

Aunque el Ejército entró a la vereda en momentos distintos, la entrada más dura fue en el 2002. Había momentos en que llegaba un helicóptero o un avión y nos tocaba salir de la escuela corriendo y meternos al baño. A mí algunas personas me habían dicho que, cuando se formara la balacera, me metiera con los niños debajo del tanque elevado que hay en Gaviotas, porque el agua, cuando disparaban desde arriba, ayudaba a que las balas no llegaran con tanta fuerza. Entonces, a mí me tocaba salir con los niños y meterlos debajo hasta que pasara todo.

Y por parte de la guerrilla todo era objetivo militar. Por decir algo, si el Ejército se hacía en la bajada a un río, eso ya era objetivo militar y ahí no importaba quién pasara. Se colocaba el artefacto y

El refugio de los niños
Fuente: Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno

listo. Así mismo pasaba aquí, en el casco urbano. También colocaban las bombas, por ejemplo, en los radioteléfonos. Las escuelas, por lo general, eran el lugar donde el Ejército hacia el campamento, y eso era tremendo, porque las volvieron el sitio para la confrontación y a la población civil la cogieron como escudo para su protección. Los del Ejército siempre se hacían en lugares donde estuviéramos nosotros, para que a la guerrilla le quedara más difícil atacar. Por eso fue que cayeron varios civiles en esas confrontaciones tan duras.

Una vez me pasó en Puerto Gaviotas, que el Ejército acampó al lado de la escuela, entonces yo viendo la situación que se formaba con eso, me alerté y decidí irme. El capitán me salió adelante a decirme que ellos se iban a quedar ahí. Yo reuní a los muchachos,

los mandé para las casas con los padres de familia y dije: "¡Yo no me quedo ahí!" y me vine para el pueblo. Ese día, precisamente, hubo enfrentamientos en la escuela. Al día siguiente se retiraron.

Es que cuando se metían a las escuelas uno recurría a las autoridades competentes, por ejemplo, a la Junta de Acción Comunal. Ellos fueron muy importantes aquí. Cuando eso pasaba uno acudía a ellos. Llegaba y les decía: "Vea, presidente, es que me pasa esto", y ya ellos se acercaban y procedían a hablar con los comandantes de la tropa. Lo que hacía el Ejército era que anochecían, pero no amanecían. Ellos obedecían a los llamados. Pero eso era muy grave, porque, ¡imagínese!, la escuela se volvía un campo de batalla.

Varias veces me tocó venirme para el pueblo e irme en canoa de allá para acá por el río y con los helicópteros encima, con la zozobra de que en cualquier momento disparaban. Fue horrible y crítico, porque, a partir de ese momento, en la escuela bajó la cantidad de estudiantes, pues la gente empezó a sentir temor por sus vidas. Además, varios eran familiares de Lucho, y como para esa época él ya había sido asesinado por el Ejército, pensaron que podían tomar represalias contra ellos, así que prefirieron irse del pueblo.

Esto sucedió en todo Calamar: por ejemplo, Yanith cuenta que dictando clases en el programa de aceleración del aprendizaje, por el año de 1999, en el colegio Carlos Mauro Hoyos, como hacia las nueve de la mañana empezó un tiroteo, un cruce de balas entre la guerrilla y el Ejército. Como usted vio, las ventanas no tenían ningún tipo de protección. Entonces, cuenta ella que veía cómo los casquillos volaban y que incluso uno de los soldados le decía: "¡Señora, agáchese!".

Eso debió ser tremendo, porque ninguno de los chicos había visto una balacera así de fuerte. Entonces eso les daba curiosidad y se asomaban por la ventana. Claro, ¡imagínese el susto de uno, como profesor! Ella pensaba que los iban a matar y por eso encerró a los niños en dos baños que tenía ese salón, hasta que todo pasó. Pero

mire, uno de profesor tiene que lidiar con muchas cosas. Por ejemplo, esa vez, Yanith cuenta que además llegó la mamá de una niña corriendo, tumbando la puerta y que se desmayó del susto, pero todos gritaban porque creían era que estaba muerta. Y usted mira, y después de eso, ella se quedó con un solo estudiante. Los demás se fueron para las veredas y no volvieron más.

Así fue que uno comenzó a ver que los niños faltaban con más frecuencia, porque, antes de que llegara el Ejército, los niños, así llegaran tarde, iban a la escuela, pero ya cuando el Ejército entró y no se sabía en qué momento se formaban las balaceras o llegaban los helicópteros, fue el momento en que inició la deserción, por el miedo. Además de generar la deserción, cambió las relaciones con los padres de familia, pues ya no colaboran tanto. Es que anteriormente ellos eran el apoyo que uno tenía para hacer conciencia en los niños. Cuando yo llegué, la disciplina de los muchachos era algo que se hacía desde la casa. Créame que ahora a un niño hay que hacerle acompañamiento desde el hogar. Usted ya se va a dar cuenta de eso. Pero si usted pide colaboración desde casa, los padres de familia son los primeros en decirle al niño: "Dígale al profesor que no hay plata". Ese apoyo de los padres para la educación de sus hijos se perdió, cosa que no pasaba antes, porque la gente colaboraba harto para que los niños no fueran a terminar allá en las filas.

Aquí también hubo desapariciones. Dos jóvenes que yo tuve fueron desaparecidos. Uno era afro, Germán, hijo de la señora Clemencia; el otro era mestizo, Enrique. Nos dijeron que supuestamente se habían ido para la guerrilla, pero nunca volvieron a aparecer. Enrique tenía entre quince y diez y siete años. No era mayor de edad. Lastimosamente de él no volvimos a saber. Hubo muchas personas desaparecidas. Mire que por aquella época encontramos a la mamá de una niña, Jaqueline. Me acuerdo de ella porque su hija fue reinita regional de Colombia, pero no sé si fue en el 2000 o ya

pasado ese año que a la mamá la mataron y la encontramos por la vereda La Esmeralda.

Como le digo, todo Calamar estaba en conflicto, pero los que estaban cerca al sitio de combate lo recibieron más fuerte. Cuando pedí el traslado y me vine a trabajar al pueblo, tuve la oportunidad de recibir a esos niños que, desafortunadamente, tuvieron que venirse de su vereda para acá, porque no aguantaban más, porque en esos lugares se sentía con más intensidad el conflicto. Cuando uno hablaba con ellos, le comentaban una serie de cosas que eran muy traumáticas, y a pesar de que nosotros no éramos psicólogos, desde nuestra experiencia como docentes nos tocaba intentarlo. No sabíamos cómo tratar a los niños que decían: "A mi papá lo mataron" o "La bala pasó por tal parte" y que contaban una serie de cosas muy duras, pero uno tenía que buscar la manera de darles tranquilidad, de ser un apoyo, para que no tomaran malas decisiones.

En una época, Calamar desapareció de nuestras palabras

—Lo otro que nos pasó fue que, con la llegada del Ejército y la agudización del conflicto, vino la estigmatización. Recuerdo que hubo ocasiones que nos tocó venirnos de la vereda para el pueblo a todos los de la comunidad y dejar las casas solas, porque decían que el Ejército se iba a meter. Como a todos los de allá nos consideraban de las FARC, así uno no fuera considerado directamente como guerrillero, para ellos uno era un ayudante. Entonces tocaba salirse. Hubo como dos o tres ocasiones que nos tocó venirnos a todos, y el temor era grande, porque uno venía por la carretera a pie, con los helicópteros allá arriba, y pensando a qué hora inician a disparar.

Por eso, en esa época, Calamar desapareció como por dos o tres años de nuestras palabras. No lo mencionábamos, por miedo. Mire una cosa que me pasó: cuando salíamos de aquí para San José, en

el retén lo detenían a uno para preguntarle de dónde viene. Uno respondía: "De Calamar", entonces decían: "Ah, vienen de Calafarc" y nos empezaban a esculcar hasta el alma, nos decían que éramos guerrilleros. Los soldados, cuando lo veían pasar a uno, se decían: "¡Mire, mire! vienen de Calafarc". En una oportunidad me dio tanta ira mientras me estaban esculcando que les dije: "Mire, vea, yo soy profesora –y le mostré mi carné–, y no me diga que soy de Calafarc. Primero, en Calamar no todos somos guerrilleros. Hay, pero no somos todos, y ustedes, siendo la autoridad, me parece una falta de respeto que nos digan así. Siempre que uno viene acá es lo mismo, ya sea que uno regrese o vaya".

Así fue que empezamos a decir que veníamos de El Retorno, porque es que era horrible: a nosotros nos detenían, nos hacían bajar el mercado, nos esculcaban las maletas, era muy fastidioso. Yo me acuerdo que mi esposo, estando aquí en la casa, varias veces se le arrimaban los soldados a preguntarle muchas cosas, un montón de cosas. Era como un acoso. Una vez nos hicieron allanamiento en la casa sin orden judicial. Uno qué iba a decir. Le tocaba aceptar que esculcaran todo. Ellos le volteaban a uno las cosas, hacían detenciones arbitrarias, y la gente lloraba. Esas situaciones pasaron mucho por aquí.

En Gaviotas una vez llegó el Ejército mientras la gente de la comunidad estaba en las chagras poniéndole cuidado a sus cultivos. Cuando regresaron, el candado estaba roto y se les habían llevado unas cosas de uso personal. Hay unos soldados que son correctos, pero otros no, y en Gaviotas, como supuestamente era lugar de guerrilla, el Ejército fue abusivo, arrinconando a la gente y tratándolos de "negros guerrilleros".

Las fumigaciones: "Todos se fueron y esto quedó así, desolado"

—Con el conflicto también comenzamos a ver el desplazamiento masivo de la población de Puerto Gaviotas. La vereda quedó desolada. En general el municipio quedó así, pero por Puerto Gaviotas pareciera que hubiera pasado un *tsunami*. Ahora ya no hay gente, ya no hay casi casas, ya no hay caminos, está toda enmontada. Y en ese desplazamiento tuvo que ver –creo yo, como causa– también la muerte del líder. Y claro, que hubiera cierto nivel de organización molestó bastante a la fuerza pública, y creo que tomaron represalias de ahí en adelante. Una de las maneras del gobierno para desquitarse fue con las fumigaciones que hacían. Primero cada quince días y después cada ocho.

Los rociamientos a toda hora hicieron que la gente se fuera, porque no se podía cultivar nada. Yo pienso que está bien que fumigaran lo que era coca, creo que deben tener unos visores para mirar cuáles son los cultivos de coca y cuáles son de plátano y yuca. Pero eso pasaban los aviones y rociaban todo. Hasta a la gente le caía. Y lo más triste es que ahora tienen que pasar muchos años para que la tierra pueda volver a producir. ¿Entonces la gente de qué va a vivir? Por eso todos se fueron y esto quedó así, desolado.

Las fumigaciones causaron también desplazamiento. Si a usted le fumigaban la mata de coca, ¿pues qué más iba a hacer? Cambiar de departamento o de municipio, qué se yo. La peor estrategia que pudo tener el Estado fueron las fumigaciones, porque a raíz de ellas fue que la coca se extendió a nivel nacional. Hasta ese punto solo había coca en el Guaviare, en Putumayo y en Caquetá, que eran los departamentos coqueros, pero empezaron las fumigaciones y el que solo tenía la mata de coca se fue, y hubo gente que sacó la mata, los pedacitos, y se los llevó para Nariño, para el Chocó o para el Eje Cafetero.

Ser neutrales mantuvo nuestra estadía aquí

—Pero, mija, todo lo que usted cuenta está muy bravo. No entiendo cómo siguieron por estas tierras y no se fueron a cuidar sus vidas a otros lados.

—Lo que pasa es que, a pesar de lo que le cuento, los grupos armados respetaron mucho lo de nosotros los profesores, así que casos de asesinatos de profesores fueron muy pocos con relación a Córdoba o a Sincelejo, donde sí hubo un desplazamiento masivo de docentes. En cambio, aquí eso no se dio casi. Nunca como docentes nos sentimos agredidos por la guerrilla de manera directa. Ellos siempre respetaron mucho, nunca los de la insurgencia se metieron con uno. Ellos le respetaban todas las ideas que uno tenía en cuanto a la educación.

Una vez me pasó, cuando era profesora ahí en Puerto Gaviotas, que llegó alguien a decirme que si era posible que le hiciera el favor de explicarle un tema, porque estaba estudiando a distancia y había cosas que no entendía, y yo le dije que ¡claro!, que con mucho gusto. Y le expliqué. A los ocho días me encontré a esa persona y la vi uniformada. De una pensé que me habían mandado inteligencia para ver si yo era infiltrada, pues ellos mantienen con ese temor todo el tiempo. Pero no, al parecer solo quería saber de ese tema y ya. Así eran ellos con nosotros los docentes.

Lo que pasa también es que los educadores poníamos nuestra posición neutra, ni aquí ni allá, y yo creo que eso básicamente fue lo que nos garantizó la estadía por acá. Me acuerdo una anécdota, en una reunión con un guerrillero o un comandante en la que planteaban lo de la Nueva Colombia. Un profe les dice: "En ese cuento nosotros no estamos, porque nosotros somos neutros", y se para el guerrillero molesto y le dice: "No, o está acá o está allá", y bueno, como uno sabía que eso era para chantajear, pues no se les hacía caso y tampoco llegaban a obligarlo a uno.

Con el Ejército, la cosa era a otro precio. Ellos imponían toda su fuerza al momento de llegar a las comunidades, porque todo el que estaba en el campo era considerado guerrillero, todo el que tuviera una casa bonita era colaborador de la guerrilla. Pero las juntas de acción comunal se pusieron a la tarea de darle apoyo al que retenían para hacerle preguntas o inteligencia. Los líderes de ellas llegaban con toda la comunidad y hacían presión o hacían reuniones con los altos mandos militares del área para que los soltaran. Mediante las juntas, se consiguió la manera de frenar esas detenciones. Con esas reuniones se puso en claro que al campesino había que sacarlo del conflicto, que no era parte de la guerrilla, que simple y desafortunadamente la situación lo obligaba a estar en el campo, pero que no tenían nada que ver. Y fruto de eso, ya más o menos hace cuatro años, el Ejército ya no llega a escamparse a las casas o a las escuelas. La situación cambió con ellos y empezó a haber más tranquilidad.

En el futuro, quizá con lo del Acuerdo, haya retornos al Guaviare

—Pero usted se preguntará, con todo este panorama, qué se puede hacer o qué pasó con la comunidad. Pues yo le puedo decir que acá hay muchas personas que nos estamos pensando un mejor lugar para vivir en Calamar. Hablando con muchas de esas personas que se regresaron para Palmira, para Cali e incluso a Nariño, he sabido que están muy interesados en volver, porque lo bueno de Puerto Gaviotas es que se unieron un montón de personas que no tenían lo suyo en sus lugares de origen y vinieron a formar comunidad acá.

Es que, como le vengo diciendo, lo bonito de Gaviotas es que no solo se llegó a raspar la coca, sino que la gente buscaba hacer su vida en este lugar. Por eso es que varios de los que vivimos aquí –que estuvieron, como yo, en los momentos más importantes y más difíciles de la vereda– queremos volver a ver esa organización y buena

convivencia que se vio hace unos años. Y créame que ahorita con eso del Acuerdo que se nos viene, tenemos posibilidades de mejorar las condiciones de la tierra y de la educación acá en el municipio. Que los campesinos y los afros puedan cultivar, porque tienen lo que es de ellos, y que se puedan mandar a los niños a estudiar a escuelas, porque hay muchos profesores que queremos seguir con nuestra vocación de servicio, como usted y como yo.

Los hermanos Rodríguez: de la tierrita a Puerto Morocho

**Aquí me tienen pa contarles mis memorias,
las de un colono que armó trocha por Colombia**

En las mañanas, con ese frío tan verraco, mi taita se levantaba muy antes de la madrugada, me llamaba y me decía: "Arriba, que las vacas no esperan y menos las de la leche. Esos bellacos son muy cumplidos". Ese señor sí que camellaba. Todas las mañanas se hacía su taza de tinto y hágale, a los potreros a buscar las vacas, a ordeñarlas y a llevar la cantinita que le regaló su padre. Ese señor fue el que me procreó, y aquí me tienen pa contarles mis memorias, las de un campesino colono que armó trocha por Colombia buscando finca, familia, y protegiéndose de esta guerra que nos persigue sin tregua.

Yo me crié en el campo en un pueblito que se llama Iza, en Boyacá. Nací en el año de 1971, y usted sabrá que eso en el campo no hay tiempo pa jugar de niño, ni menos para ponerse de quejoso. A los cinco años, uno ya estaba mirando cómo colaborarles a los padres en los oficios, así fuera lavando platos, porque, si uno no se despertaba a ayudar, seguro le daban su muenda.

Tengo tres hermanos. A nosotros nos conocían como los hermanos Rodríguez, los que hicimos trocha por el país. El mayor se fue a prestar el servicio y nunca volvió al rancho. A ese se lo llevaron los militares porque era grueso y bueno pa boliar quimba. No tuvo más

de otra que irse. Hasta lo amenazaron con meterlo a la cárcel. Años después lo recordaba con mucha angustia y nostalgia, pues esa fue la época más fuerte que se vivió acá en Puerto Gaviotas.

Él se fue porque, imagínese usted, una familia rebuscándose la comida para los taitas y los cuatro chinos, eso no era fácil. A él le gustó mucho Bogotá. Llamaba a mi madre, que Dios la tiene en su gloria, y le decía: "Eso vengase pa acá, que acá lo tratan a uno bien. Armamos rancho en algún lado y se consigue trabajo". Pero mi ma era muy apegada a su tierra y lloraba mucho porque los soldados se lo habían llevado.

La otra es la menor, Carmencita. Ella de niña era muy juiciosa, muy apegada a la mamá. Me acuerdo mucho que el día de su cumpleaños, cuando iba para los seis años, pasó eso del Palacio de Justicia, cuando un grupo de guerrilleros del Movimiento 19 de Abril (M-19) se metieron a dar bala en plena capital. Ella lloraba porque nadie le paraba bolas. Todos en la casa estaban pendientes de cómo esos tremendos frentiaban pecho. Contaban que una vez hasta se robaron la espada de Bolívar. En esas yo estaba por los catorce años, ya trabajando. Pero déjeme le echo bien el cuento de cómo empecé a trabajar seriamente, sin aceleres.

Mis taitas ahí en Iza tenían una tierrita donde sembrábamos papa. Era muy poquito, por eso también cuidábamos algún ganado. La costumbre del campesino del altiplano es tener su huertica para coger la ahuyama, la fresa, el perejil, la limonaria, la cebolla, el ají, cositas pa no tener que estar comprando. Eso es una tierra fría, y el ganaíto poco a poco adelantaba. Ya cuando crecí empecé a darle a los papales. Mi taita siguió con las vacas. Pero a mí no me gustaba mucho, porque uno se maltrataba las manos. Dolían después de ordeñar cuarenta vacas, que ni eran de uno, y, si usted se fija, hasta los dedos se tuercen con los años.

Entonces con mi hermano, el que me sigue, nos fuimos al Meta cuando éramos chinos. Mi taita era muy tomador. Le gustaba

mucho el guarapo y estarse con los paisanos en el burdel del pueblo. Le daba por llegar borracho a la casa y trataba lo más de feo a mi mamá. Y como ella no era boba, entonces le respondía. Lo feo fue cuando le dio una muenda a Carmencita porque no quería salir a cerrar el falso, y ahí sí mi mamá se le paró. Es que el trago con los amigos es conciliador, pero es el demonio de la familia.

Esas situaciones nos tenían cansados a Faiver y a mí. Nosotros llegábamos cansados de trabajar pa tener que aguantarnos esa vaina todos los días. Entonces un día le dije a mi mamá que nos íbamos, que eso tanta peleadera nos tenía jodidos y que, en ese hacinamiento en la casa, lo mejor era que Faiver y yo arrancáramos a buscar trabajo en otra parte. Además, yo veía que mi hermano empezaba a jartar a escondidas, y eso no me gustaba. A cogerle las mañas al viejo. Así mismito nos fuimos pal Meta a mitades de los ochenta.

Bajando a La Uribe, Meta

Bajamos directico por Pajarito a llegar al cruce pa Yopal, y de ahí cogimos a Monterrey, Villanueva y llegamos a Villavicencio. Solo fue bajar hasta Granada, con ese calor que lo hace sentir a uno como una gallina cuando la están desplumando. Ahí llegamos a Cacayal y echamos mula hasta un municipio que se llama La Uribe. Ahí nos asentamos. Encontramos trabajo en las plataneras con un viejo que tenía harta plata, un tal Arama.

La Uribe tiene un paisaje muy bonito. Cuando llegamos nos quedamos con la boca abierta con Faiver, porque uno iba por las trochas y veía árboles de guayabos, guásimos, guamos y palmas, como las cumares, chuapos y palmidras. Esas palmas eran de la misma tierrita. Ya luego se sembró fue mucha palma africana que traían de afuera, dañaba la tierra y secaba el agua. Por La Uribe había mucho para ver: por ejemplo, cuando usted se iba a cazar, encontraba tigrillos, monos titís, venados, de todo. También usted veía por esos bosques ardillas,

TRAYECTORIA DE LOS HERMANOS RODRÍGUEZ

paujiles, la corocora –que son como garzas, pero rojas–, chigüiros, mucho animal. Y así también cuando se iba a pescar. Eso era lo más de bueno, porque había bagre amarillo, rayado y mucha cachama.

Lo maluco era que se talaba mucho árbol y, ¡claro!, los animalitos dejaban de aparecer. Dicen que se talaron como unas cien mil hectáreas, que luego le echaron candela y sembraron pasto pa ganado, pal cebú, que es la mejor carne. Imagínese que había tipos que por un cebú bien macho les pagaban hasta diez millones. Y como el Estado lo promovía, entonces entre la ganadería y el plátano se movía la cuestión, y, ¡pues claro!, la coca, que nunca faltaba.

Cuando llegamos encontramos el problema que no había ni escuela, que no había ayuda, que no había nada, y aprendimos a la fuerza sobre el trabajo comunitario. Imagínese usted, por ahí de los catorce, dieciséis años, empezamos la parte de la organización, que fue algo que a nosotros nos nació de la misma alma: luchar por las comunidades, y todavía aún lo seguimos haciendo. Siempre criticar lo que no está bien hecho y reclamar para todo el mundo por igual parte.

Faiver y yo andábamos pa arriba y pa abajo, y como habíamos visto cómo era el trabajo en la tierra, nos dimos también la idea de organizar una Junta de Acción Comunal. De ahí también salió la idea de hacer la escuelita. Ahí en La Uribe conocimos a Juaco, un muchacho que sabía leer y escribir y que lideró como profesor enseñándonos lo básico a mí y a los jóvenes atembados que estaban en la ignorancia.

Ya llegó la época en que se ideó hacer el pueblo, un pueblo que precisamente se llama La Julia, que está delante del río Duda. Eso fue como en el año 90. Se veía mucha violencia, pero también mucho trabajo: uno dándole a la agricultura mientras le echaba cabeza a la organización. ¡Porque eso sí que nos gustaba reunirnos a echar verso, con unas buenas frías! Además, por esa región andaba la guerrilla, y esos sí que sabían organizar a la gente, la ponían a trabajar parejo.

No le niego que he sido andariego, y como mi hermana se quedó en la casa, entonces no me preocupaba que mis taitas estuvieran solos. Por eso duramos como unos nueve años dándole a eso del plátano. El patrón era un buen tipo: nos daba lo de la mazamorra y nos dejaba quedar en una marranera, donde había por mucho unos tres marranos. Siempre he sido organizado. Entonces mantenía limpiando con mi hermano, pa que no cogiera ese olor a puerco, porque, cosa horrorosa, cuando esos vergajos cagaban no había quién se aguantara ese olor. También empecé a aprender todo lo del campo: a sembrar, a recoger, a cargar. Ahí le cogí mucho cariño a la tierra, porque uno ve cómo crece la comida. Ahí es cuando uno entiende porqué la gente de la ciudad es tan desagradecida con lo que se cultiva: ¡porque no ven es pero nada! Solo el plato servido.

Me quedé un tiempo en el Meta con mi hermano. Yo estaba amañado y, de sopetón, el chino me dijo que quería irse a la costa, que por ahí le habían dicho que en la costa Atlántica había movimiento con las termoeléctricas, que sí había mucha bala, pero se trabajaba bueno con la energía. Eso fue un año antes del apagón del 92, cuando al que ahora es presidente le dio por cambiar la hora que dizque para ahorrar. Eso fue cuando era ministro de Comercio, cuando el cucho Gaviria era presidente. Luego Faiver me contó que eso era un problema el verraco, porque hubo una huelga de los trabajadores de la Corporación Eléctrica de la Costa Atlántica, y que esos manes paraban hasta una yegua embejucada.

El casquisuelto de Faiver arrancó un día y sin mirar atrás se fue. Yo sabía que me lo iba a encontrar algún día, luego de hacer unos pesos. Pa esas yo le di unos ahorritos que tenía, de ambos, porque los dos le dimos parejo al corte en la finca del patrón. Desde que se fue, y al día de hoy, le agradezco a la Virgen del Carmen por guardármelo en su gloria, porque desde chicos éramos muy unidos, nos intercalábamos las tareas de la casa, nos toteábamos de la

risa jugando al yermis, al rejo quemado, a cazar ardillas. La pasamos muy bueno, ¡eso sí!

Faiver se fue y a mí me dio duro, porque ese era mi compañía. Íbamos y nos tomábamos nuestra chicha en la cantina del pueblo, donde doña Gorgonia, y ¿pa qué le miento?, si es que uno joven se le despiertan hasta los pelos cuando ve por ahí a una chinita bien bonita. Claro, eso era fiesta por aquí y por allí, pero siempre ahorrando, porque la ley de la vida es que uno no puede quedarse toda la vida al rabo del patrón ni a las naguas de la mama.

Una vez que fui a Chiquinquirá a rezarle a la patrona y a visitar a mis taitas me dije: "Si el chino se fue, qué voy a hacer yo. Siempre me preguntaba por cómo estaría mi muchachote; a veces lloraba en la soledad cuando me echaba en las plataneras de noche, con ese zancudero, a ver las estrellas, porque no era justo que cuando se hacían las cosas bien me quedara solo. Además, la violencia no paraba en esa zona. Se escuchaban de muchos pelaos que se prestaban para hacer trabajitos y resultaban botados en las cunetas... Me dolía tener a mi hermano lejos.

Para esas épocas se escuchaba por ahí que los narcos y que la coca, que en Medellín y en Cali, pero también en Risaralda, en el Meta, y eso me quedó sonando por un buen tiempo, pues yo había escuchado que eso daba buen billete y que uno podía sacar su finquita, que era lo que quería hace unos años. Pa esas yo ya estaba cansado de lo mismo, de la siembra. Muy bonito, eso sí, pero quería irme de tanta violencia y conocer, porque para eso uno es joven, pa coger espesura en los pantalones con las experiencias.

Yo seguí con el viejo Arama unos añitos, y se trabajaba bueno. Los *muchachos* dejaban darle a la tierra y no había lío por eso. El problema es que eso empezó a llenarse de militares y paracos. Me acuerdo mucho que cuando tenía veinticuatro años, en el 95, eso todo el mundo estaba alborotado en La Uribe, porque al presidente Samper le dio dizque por hacer diálogos con los muchachos allá. Eso

al fin nunca pasó, porque en Putumayo, en Las Delicias, secuestraron como a sesenta soldados, y entonces dijeron que las FARC estaban jugando con Samper, el presidente, y así fue, porque a La Uribe llegaron unos militares, pero a esos los sacaron corriendo.

El problema fue cuando empezó a llenarse eso de paracos. Era un desorden por todo lado, porque esos no respetan ni a la mamá. Mataban por aquí y por allá. Buscaban a todo el mundo pa cogerle sus pesitos. Esos eran ladronzuelos, pero con fusiles, andaban con sus botas de caucho y sus pasamontañas. No le miento que esos daban miedo, esos no terciaban palabra.

Yo me cansé de estar corriéndole a la muerte y me dije: "Me devuelvo pa mi tierra a visitar a mis taitas, que eso de seguro por allá la cosa está más tranquila". Después de lo de la zona de despeje no duré más de un año y me fui pa Iza con la promesa de irme pal Guaviare con el paisano Ignacio. Cuando esas yo me arrejunté con mi mujer. A ella la distinguí en las plataneras en La Uribe. Ella era del Casanare, pero también llegó por cosas de la vida al pueblo.

Nos fuimos los dos pa Iza, porque quería que mi madre la conociera. Cuando llegamos la mujer más fuerte que había tenido cerca en la vida estaba enferma, le dolían mucho las manos y las piernas. Entonces yo me dije: "Vamos a darle una parte de los ahorros pa que esté más tranquila", y así fue, a uno le gusta cuando ve a los taitas contentos, pues, imagínese: que las pastillas, que ir a Bogotá, porque, por allá, eso qué hospital, nada de eso.

Nosotros habíamos escuchado del Guaviare con los paisanos, uno que otro personaje se había ido a buscar fortuna. Yo nunca había escuchado de eso por allá. No se sabía mucho de lo que pasaba del río Guaviare hacia el sur. Se escuchaba lo que a veces contaba algún llegado y lo que Manuel –el que se fue con los militares– le decía a mi madrecita. De resto, ni idea.

Imagínese que cuando se fue Faiver –el que le dije que arrancó para la costa– yo había escuchado que por el Guaviare estaba plagado de guerrilla, pero el que trabajaba con ellos le iba bien. Mi paisano Ignacio trabajó ocho meses por acá, en un lugar que se llama Miraflores. Eso es cerca de Calamar. Y entonces me convidó que pa irnos a raspar coca a buscarnos una bonanza, pensando que íbamos a volver algún día con la familia.

Eso no se puede negar: había una bonanza y uno se conseguía mejor la vida, pero igual la bonanza no suena como es, porque igual la coca tiene la posibilidad de ser mala. Hay épocas que llega plata y hay veces que no llega ni un peso por tres o cuatro meses, y como eso no es una agricultura de pancoger, no es una harina que se puede comer. Igual, cuando no había plata, se aguantaba hasta hambre, porque cuando había cultivos de coca muy poca era la comida que se sembraba.

Yo me averigüé con Ignacio cómo era eso del Guaviare. Yo, pa esas, ya había bajado a La Uribe a recoger unos pesos que me debían, pero sobre todo con el ánimo de bajar al Guaviare. Para esa época se hizo una pequeña paz que dicen que duró unos años. Los paisanos contaban que el Gobierno dio préstamos, auxilios, que llegaban comisiones pa hacer la reforma agraria y llegaban allá a medir las tierras y a dar títulos. Pero, como no tenía tierra, entonces me jodí. En ese entonces no era el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder), sino Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (Incora), que hacía lo mismo, las mismas funciones, pero con otro nombre.

Así se vivió la vida: algunos tiempos en violencia, difíciles para sobrevivir, porque el conflicto armado a nivel de Colombia lo que trae son muertos, desesperación y tristezas, porque no se progresa, sino que se vive en una forma de miedo todo el tiempo. Entonces parecía que uno le huyera a la violencia. No se sabía a quién era que uno le corría, con una zozobra todo el tiempo. Pero bueno, como en

la vida no hay tiempo pa quejambres, yo seguí metiéndome más pa dentro del Guaviare.

En esa época, para 1994, el Gobierno, dizque comprometido con los campesinos, estaba transportando campesinos a estas zonas en avión que pa darnos una tierrita. Pero eso fue duro pa muchos, porque uno tenía que irse a una oficina, a firmar. Y tanta gente sin saber leer, eso se aprovechaban. Pero bueno, como el paisano Ignacio ya había hecho esas cosas, entonces yo di mi cédula y ahí me hicieron tomar una foto y me hurgaron hasta los dientes.

A las dos semanas nos salieron con el cuento que el avión salía de Villavicencio. Eso era pa cuando el presidente Samper, que envalentonado hablaba contra la coca, pero ni se echaba un paseíto pa ver cómo era la cuestión. Los rumores decían que era el títere de la gente de plata, porque hasta lo dejaron plantado los guerrilleros. Todo el mundo sabía que en el Guaviare se vivía de la coca, que se movía plata como pan un domingo y que cualquiera se calentaba el rabo viviendo de eso.

Yo sé trabajar y eso es lo que importa

Yo arranqué pa el Guaviare, asustado, esperando a ver la Virgencita qué me deparaba. Estas tierras se me hacían muy raras, porque yo llegué a San José y por donde uno miraba había selva, y me decía: "Eso qué quejadera, yo sé trabajar y eso es lo que importa". Le voy a contar cómo fue que llegamos a Miraflores, porque nosotros íbamos directo pa Miraflores.

En el mismo avión viajaba gente, carga. Eso era demasiado. Unos aviones grandotes, y por el camino comenzó a fallar. Tuvimos que aterrizar en San José de emergencia. Ese avión lo cogimos en Villavicencio en el aeropuerto Vanguardia. Y bueno, cuando aterrizamos nos dijeron que el motor venía malo. Ya iba a iniciar otra vez el viaje y nada, y revisaron el motor y no, estaba bien dañado.

Nos tocó quedarnos ese día en San José y al otro día en madrugada arrancar a Miraflores.

Nosotros llegamos en el año 96 y, claro, al comienzo todo era nuevo. San José era pequeño, pero se veía la plata, mucho comercio. Luego de estar ahí en San José tocaba viajar por el río Vaupés a

Del trabajo con la tierra
Fuente: Lucas Rodríguez

una finquita que conseguimos con la mujer, que el paisano Ignacio nos había averiguado. Como ya lo distinguían, echamos a andar en unas canoas, eso fue toda la noche por el río con los poquitos cachivaches, un costalito con los chiros y una marmita, que es una olleta chiquita pa hacer el arrocito con un plátano. De mano de la virgen no se me perdieron los poquitos ahorros que tenía pa llegar y comer algo, tener un plante y empezar a sembrar en la finca. Como llegamos en época de cosecha, algunos vecinos nos regalaron unas semillas. Eso fue un gran alivio.

Para esas ya teníamos el primer niño. Entonces empezamos a trabajar la tierra pa darle de comer. Pero en ese tiempo encontraba uno muchas dificultades, empezando porque uno no estaba acostumbrado a vivir dentro de la selva. Después, que las enfermedades, que el paludismo que le daba a uno cuando recién llegaba a la selva. Súmele que esas tierras son bien húmedas, entonces lo perjudicaba a uno. Ya después de un tiempo se aclimataba uno al clima. En ese tiempo no paraba de llover. Era como una serranía: opaco, como neblina. Era difícil hasta para sacar la ropa a secar.

De la cosecha se sacaba plátano. Empezamos a sembrar, porque desde entonces no se encontraba nada de comida en Miraflores. Eso no sembraba casi nadie. Por ahí con la gente indígena nos la íbamos muy bien. Entonces conseguíamos unas semillas y empezamos a sembrar maíz, yuca, plátano. Lo que hacíamos era poner a secar plátano, hacíamos cúrcuma, que le dicen, y mandaba por arrobas para Villavicencio. La cosa es que, como todo era por avión y todo era muy lejos, resolvimos vender la finquita.

Puerto Morocho: eso es mejor no bregar con esas matas, ni con la marihuana ni con la coca

Llamamos al paisano Ignacio y arrancamos directico por el río Vaupés en una lancha rápida hasta Calamar y de ahí a Puerto Gaviotas.

Llegamos como en el 98-99 a la casa de un negro. Le decían "Chimbía" y desde ahí hicimos amistad. Él era el dueño de la finca y nos dejó trabajar en la suya. Ya siendo amigos conocimos por acá y encontramos que había un asentamiento de negritudes. En Gaviotas uno y acá en Bellavista otro. Pero también había mucho colono. Eso sí los afros son buena gente de amigos. El amigo que sea negro es un muy buen amigo, y nosotros nos hicimos amigos de todos como puede usted ver. Así conocimos este pedazo de tierra. Nos gustó y lo compramos y hasta la fecha estamos acá.

Para esas épocas se veía la plata, pero había mucho desorden. En Miraflores uno veía que había plata por montones. Los patrones, que en realidad eran mafiosos, mandaban a traer tragos finos y mujeres para sus necesidades. Derrochaban mucho dinero, y los trabajadores, mientras tanto, aguantándose, porque la platica no les daba pa tanto. Los patrones siempre se llevaban las ganancias de la coca.

En "Puerto Morocho" o Puerto Gaviotas, cuando llegamos, había mucho desorden, porque la gente no estaba organizada. Eso eran solo rumbas y fiestas, pero no había por dónde entrar bien, no había una carretera como ahorita. Había un camino de herradura, pero casi poco lo usábamos. Todo el mundo viajaba por el caño, que es en realidad el río Unilla.

Nosotros empezamos a meter piquita, hasta que pudimos meternos con las mulas, para ir a Calamar a comprar cositas. Luego, para desembotellarla, pasaron unos años y la guerrilla hizo la carretera de Calamar hasta donde está, porque prácticamente lo que ha hecho el Estado es un puente de cemento. Eso es lo que ha hecho, porque de resto lo hizo la guerrilla. Lo que usted ve, de dañado, es porque el Estado, la alcaldía y obras públicas no le han dado un machetazo a esto.

La vereda se llamaba Puerto Morocho porque había mucho afro. Todavía usted ve mucho niche por acá, y es que cuentan que eso se dio porque muchos empezaron a llegar del Valle y del Chocó.

Así como muchos de nosotros, que encontramos en el Guaviare una oportunidad para buscar finca, así también lo hicieron ellos. Y como usted sabe, ellos son muy unidos, se entienden más cuando están todos juntos. Cuando nosotros llegamos había muchos, pero muchos. Eso eran como unos trescientos niches y, pues, indígenas, y nosotros los colonos, que más bien éramos pocos.

Ellos cuentan que al comienzo en esta vereda estaban los indígenas tucano. Se la pasaban por los ríos Unilla e Itilla andaregueando, comiendo fariña, yuca brava y frutos que se daban en la selva, cazando micos con cerbatanas y flechas. Ahora usted los ve en San José en el estadio, pidiendo a veces monedas, ¡qué vaina! Fue culpa

Panorámica del municipio de Calamar, Guaviare
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

de la guerra y de las amenazas de los colonos que llegaban armados a quitarles las tierras.

Con el tiempo fueron llegando los primeros colonos, buscando finca, y buscándole la comba al hambre, por medio de las pieles. Cuentan que por los cincuenta se veía gente en canoas, con sus rifles, buscando entre la selva a los tigres, los tigrillos, que son más pequeños, y a veces panteras. Eso era un negocio, pues uno terminaba endeudado con el patrón, el dueño de la escopeta, el que le daba a uno las herramientas pa ir a cazar. Entonces imagínese que uno no le pegara bien el tiro al animal: primero, el riesgo tan verraco que se devolviera en la noche a tragárselo a uno, y segundo, si se le acababan las balas de la escopeta, se fregó, y tocaba ir a donde el patrón a pedirle más balas o cambiar pieles por balas. No era tan fácil como parece, pero los que tenían mucha experiencia se tenían sus mañas, se llevaban su platica, y la ahorraron para comprar su tierra.

Lo de las pieles duró sus buenos años, fue una bonanza que dejó que muchos surgieran, que pudieran montar un negocio en San José, tener su finca con sus marranos, gallinas y una que otra res. Ya luego cuentan que la marihuana pegó unos años, que muchos se endeudaron para sembrar semilla y levantar cosecha, pero acá siempre ha llovido mucho y en épocas de verano pega muy duro, entonces los cultivos se dañaban. Yo supe de un paisano en Miraflores que se le quemaron cuatro hectáreas de marihuana. Era su segunda cosecha, en la primera les había ido bien, pero, como decía su mujer, la señora Esperanza: "Eso es mejor no bregar con esas matas, ni con la marihuana ni con la coca, eso pide más que deme", y efectivamente cuando se les quemó quedaron endeudados hasta el cuello.

Todo el mundo andaba endeudado con la Caja Agraria, esos hacían préstamos para cultivar cacao, yuca, caucho, pero era muy complicado sacar el corte a vender, porque, como usted ve, las vías por esta zona son malísimas, entonces nadie se le mide a meter el carrito, eso se estancan, se daña la tracción, y muchas veces se

dañaba lo que se cultivaba, tocaba botarlo al río. Yo cuando llegué a acá, como le dije, no había ni trocha, todo tocaba por el caño: traer la comida, la gente, hasta la coca misma se mandaba por el caño.

Yo me acuerdo que recién llegamos uno veía muchos hombres por acá. Casi no había mujeres. Las pocas que había estaban cocinándole a los hombres que estaban en el corte. Había muchos hombres, porque todos venían buscando fortuna: dejaban a sus familias en su tierra pa devolverse con los pesos o esperando a ver si compraban un terreno pa mandarlos traer y empezar vida. Así hizo el compadre Ignacio: se acomodó en Bellavista, le gustó la región y empezó a levantar su rancho. Ya luego le llegó la mujer del Chocó y se instalaron. Y así hizo mucha gente por acá. Pocos fuimos los que llegamos con la familia, porque no habían garantías, y además las mujeres siempre son más sensatas, y a muchas les daba miedo ir y meterse en una zona roja. Porque la guerrilla en los noventas estaba por acá, eran los que organizaban a los que iban llegando, y eso era bueno, porque aquí en Gaviotas todo el mundo tenía su chagrita, tenía casa.

Ellos decían que por cada hectárea que se sembrara de coca se necesitaban dos de comida, y como había tanta gente, tocaba tener una buena cantidad de comida, pa los que llegaban con hambre de estar andando desde San José. Porque, eso sí, los que llegaban debían ser atendidos. Uno entendía esa situación cuando veía a los pelaos recién llegados, sin un peso, con hambre y, si al caso, con los chiros que tenían encima. Uno miraba cómo les podía ayudar, así fuera extendiéndoles un chinchorro o una estera, pa que pudieran dormir mientras se metían a las fincas a raspar.

Que nadie se quede en la casa o le echo agua

A mí me tocó arrimármele a Chimbía un tiempo, mientras me metí a raspar. Y eso era de una: uno trabajaba unos quince o veinte días

en las fincas. Las fincas eran los terrenos que tenían plantaciones de coca, y el negocio era el siguiente: alguien ponía la tierra y las herramientas, azadón, pala y pica. Si tenía, ponía la semilla y, si no, se buscaba a alguien que tuviera la semilla y la mano de obra. A usted le pagaban por lo que cogiera en el día.

En una finca se recogían cuatrocientas arrobas cada mes. Para recoger se podían utilizar por ahí quince trabajadores. Eso lo cogían en dos semanas. Cuando se acababa la cogida, empezábamos en la otra finca, y ya, nos pasábamos para la otra finca y así manteníamos. Los mismos rotábamos. En cada jornal usted se podía sacar unos $25 000 o $30 000, la vaina es que, así como se ganaba, así se iba la plata. Cuando eso, había mucho ambiente. Un sábado, un domingo, un miércoles o un jueves, eso era lo mismo, porque, como todo era la coca, cuando unos iban entrando al pueblo los otros iban saliendo, ya se habían gastado todo, ya se lo habían tomado, y arrancaban otra vez a la recogida.

Eso que le digo del ambiente era muy bueno. Los sábados venía gente de Calamar en voladoras a echarse su bailada y sus buenos tragos. Era buenísima la relación, porque había jugarretas y todos compartían. Era muy divertido. Había un señor, el finado Lucho: tenía una casa de dos pisos, unos billares, y a los días se hizo un kiosco en forma de discoteca, en donde se organizaba la recocha. A eso venía gente del pueblo y duraban dos, tres días de rumba, y si el hombre por ahí compraba un novillo, lo mataba, y al que iba llegando le iba dando su pedazo de carne.

Para esas épocas todo el río era lleno de casas. Por eso la gente sentía el ambiente. Con decirle que había una calle que le decíamos "Calle Caliente", porque la rumba ahí no paraba. Y cuando el finado Lucho decía que todos tenían que salir a rumbear: "Que nadie se quede en la casa o le echo agua". Así era, todo el mundo iba, y eso no había problemas.

Bazar en Puerto Gaviotas, Calamar, Guaviare
Fuente: Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno

Pero lo más bueno de todo era la comida. Así como se hacían fiestas así también se comía ¡lo más de bueno! Los niches preparaban arroz con coco, el pescado con leche, plátano asado, sopa de queso con atún, arroz clavado, que es un arroz con queso, y la fariña, que no falta. Algunas veces nos íbamos a buscar lapas o cachirre, que son caimanes, pero chiquitos. Podíamos durar toda una noche buscando y a veces cazábamos tres o cuatro. Con eso teníamos para una semana comiendo cachirre, que es una carne tiernita, con "preparada", una bebida como limonada: se hace con naranja, toronja y limón. Es un refresco.

Yo aprendí mucho de la comida de los afros, porque los domingos nos reuníamos en la casa de alguno a almorzar lo que ellos preparaban. Siempre salían con algo distinto, ¡y cómo no!, si tienen una sazón muy brava. Y así mismo era con el trago. Yo no sé de dónde sacaban tantas cosas los afros. Con ellos se aprende mucho. Son muy recursivos: saben de la tierra, de la naturaleza, de la lluvia, de la muerte y de la vida.

Del trago aprendí a preparar el biche, que es su aguardiente. Lo preparan de la caña: la muelen primero y ponen a fermentar el jugo entre ocho y quince días: luego, con unas hojas de plátano, lo destilan, ponen la bebida al vapor y listo, ¡a jartar! Ese es el más fuerte, porque también hay otro que se llama vinete: eso lleva canela, nuez moscada –que es una nuez que se coge de árboles tropicales–, miel que hacen aquí en Gaviotas y anís. Esos eran los tragos de las fiestas, biche, vinete y aguardiente ventiao.

Así era la vida en Gaviotas, entre la coca y la rumba, pero también una vida llena de solidaridad. La guerrilla era la ley. Nadie la podía embarrar. Lo que eran los robos, a los bazuqueros, los marihuaneros, todo lo mal hecho, ellos los corregían: por ejemplo, el que robara le decían: "No haga eso, hermano, porque usted sabe que la cosa con nosotros no es así". Les hacían tres advertencias y, si no obedecían a las tres veces, lo llevaban por allá pal monte y no volvía. Al violador sí de una, si había testigos, ese sí no se salvaba. Entonces, cuando eso, uno vivía contento, porque uno todo lo hacía bien.

Súmele a eso que la guerrilla le estaba metiendo la mano en lo que son carreteras, en la escuela. No más usted mira en Calamar el pedazo de pavimento que había hasta hace unos años: eso lo hizo fue la guerrilla. Y también era muy bueno eso de los mandatos, porque digamos que la casa del vecino estaba que se caía o se le quemaba una parte de la casa por el verano y la guerrilla decía "todos vamos a arreglarle la casa", y así era: la gente se motivaba, unos

por miedo y otros porque les nacía, pero se hacía. Entonces había mucha unidad.

Los mandatos y el trabajo comunitario

Como le venía diciendo, acá había deseos de progresar, de colaborarnos comunitariamente para que Puerto Gaviotas fuera un lugar bien bonito y agradable pal que venía. Por eso yo me quedé cuando recién llegué, porque el ambiente era muy sano y muy acogedor. Cuando llegamos, la guerrilla ya estaba en los asentamientos. Vivían acá y en la selva. Hacían recorridos de vigilancia, algunos dormían en el monte y otros acá en el asentamiento. Ellos eran la autoridad y todo se cumplía: daban órdenes y todo funcionaba. Había órdenes que toda la comunidad tenía que cumplir o nos llamaban la atención.

La Junta de Acción Comunal era la organización por la que todos nos orientábamos, así que teníamos que atender lo que la junta organizaba y hacía. La gente se acostumbró a que debíamos estar en la organización haciendo lo que se hablaba. Nosotros ideamos con Ignacio la manera de proponerle a Marceliano Moreno, un paisano que es líder de la vereda, para hacer la Junta de Acción Comunal, por lo que ya yo tenía experiencia en La Uribe. La cosa es que allá ya estaba organizada, y una cosa es trabajar en una Junta que ya tiene muchos planes, a empezar de cero, porque, imagínese, uno se motiva cuando ve surgir esos proyectos, desde la semilla, y lo bonito que es cultivarlo pa ver los frutos. De ahí nació la idea de hacer la primera escuela. Una chocita de madera que se hizo al lado de un laboratorio de coca, ahí a unos metros de donde es ahora. En esa escuela estudiaron un poco de chinos que ya están muchachotes y que están todavía en Calamar.

En esa junta también aprendí mucho: por ejemplo, cómo se convoca una junta, qué debemos hacer para que la vereda cada día se

adelante mejor, qué debe uno gestionar: las carreteras, el acueducto, proyectos pa cultivar. Por ejemplo, el coordinador del comité de obras públicas, con el presidente de la junta, convocaba los trabajos, los mandatos, y se organizaba la comunidad. Ellos dicen qué trabajos hay que hacer y qué se debe llevar; picas, palas, rastrillos, machetas, y entre todos se dividen las labores. Si es muy extenso el trabajo, se dividen por sectores, y lo bueno es que todo el mundo le echa mano.

Yo me siento muy orgulloso de mi señora, porque ha sido tres veces seguidas la presidenta de la Junta. La han elegido porque es una mujer con perrenque, que ama mucho esta tierra y que ¡ni por el chiras! deja proyectos a medio hacer. Se las rebusca para ir y hablar con fulano o zutano para que suelten platica o para que presten herramientas. Ella va a las reuniones de los distintos comités, como el de Salud, Educación, Medio Ambiente. Por ejemplo, el de Ambiente está pendiente que no haya tantas quemas, que si se está talando mucho se hagan reuniones para llamar la atención; además, si a usted lo encuentran con madera que no es pa levantar rancho le sacan multa. También ella está pendiente de si están destapando un nacedero o le están echando porquerías al río. Está al tanto para que la comunidad se relacione muy bien con la tierrita, con los animales y entre nosotros mismos.

Eso es un legado de la guerrilla, y usted se preguntará cómo así que la guerrilla movía toda esa cantidad de cosas. Imagínese usted que ellos eran los que más fregaban con eso de no cazar, con no botarle flecha ni cauchera a las ardillas ni a los micos. Al comandante le emberracaba eso y al que veía por ahí en esas lo llamaba y le decía: "¿A usted le gustaría que lo cogieran a piedra mientras está trabajando?" Yo no sé si eran profecías o predicciones, porque eso resultó sucediendo despuesito, ya con la llegada de los militares.

La guerra que no supo parar

Un año antes de nuestra llegada había sucedido algo muy importante, algo que marcó la historia de la vereda. A mí me cuentan que un día, no me acuerdo la fecha, había unos raspachines en una finca, cuando escucharon unas avionetas. Se parecían como a unos pájaros chiquitos, rápidos, que empezaron a botar un gas. Ellos decían que olía a miel agria. Todos se extrañaron y se asustaron. La guerrilla se volvió loca y tres muchachos empezaron a gritar: "Nos están fumigando, nos están matando estos hijueputas". Eso fue de la escuela hacia el caño, donde hay un Cristo pequeño. Ellos iban bajando para el puerto en ese momento y cuando vieron que la avioneta venía de vuelta le hicieron unos tiros y le dieron. Dicen que cayó por allá en La Carpa, que queda más pa abajo de Puerto Gaviotas. Luego de eso llegaron como cinco helicópteros y empezaron a dar vueltas por lado y lado, y la gente estaba cagada del susto. Marceliano cuenta que todo el mundo se salió de los cultivos y se entraron a la escuela, y a la escuela de todas maneras le echaron unos tiros. Esa fue la revelación de que la cosa por acá se iba a complicar. Esos tiros de los muchachos iban a tener un precio bien caro, que ni ellos pagaron directamente.

Todo el mundo ya sabía que los militares eran los de las fumigaciones. Esa fue la primera advertencia que le hicieron a Puerto Gaviotas. Cuando yo llegué, pasaron unos pocos años pa ver a las brigadas Cuarta, Séptima y Décima del Ejército fumigando a lo loco, indiscriminadamente. Nos acabaron el pancoger. Fumigaron la selva. Además, como el pancoger estaba cerca de las casas y de los potreros, de paso nos enfermaron a nosotros. También fumigaron y nos enfermaron el ganado. Casi acaban con todo el ganado, porque el glifosato es nocivo para todo: es una enfermedad inventada pa destruir al humano y los animales. Incluso a la fauna también la termina, la aleja, la acaba. Incluso a una señora que vivía en Bellavista se le murió el niño, un cachetón bien lindo. Pues,

imagínese, la señora embarazada comiendo plátano, arroz de sus plantaciones y eso todo lleno de químico. El niñito se le murió a los ocho meses de nacido y de paso ella se enfermó, duró hospitalizada como dos meses. Por eso es que yo digo que nos perjudicaron, nos jodieron, porque igualmente muchos llevamos del bulto.

Los presidentes de la Junta iban y ponían la queja al batallón, a la Alcaldía, porque uno se metía en un proyecto para cultivar cacao, caucho, y nos dañaban las maticas, y allá en las oficinas siempre nos salían con el mismo cuento: que de pronto era que los militares creían que había mucha coca por acá, como echándonos el vainazo. Una vez un tipo de la Alcaldía dijo que el glifosato no nos hacía daño, que ellos no sabían nada de lo que les estaban diciendo, y esos niches alborotados empezaron a desconfiar de todos los desconocidos y de paso a nosotros se nos prendió eso y preferíamos no confiar en ningún militar ni policía, porque empezaron a ser injustos con todos.

Me acuerdo que el Ejército entraba por acá, llegaba al pueblo y duraba como tres días acampando y se iban, no volvían. Ya cuando Uribe, el presidente, decían que el Ejército iba a entrar, pero nos preguntábamos por dónde va a entrar. Preciso para esos días yo estaba por allá a diez minutos de Calamar hacia acá y empecé a ver un poco de soldados. Cuando eso a uno le daba más miedo mirar a un soldado que mirar a un guerrillero, claro. Porque todo el mundo sabe que cuando las fuerzas especiales entraron a Calamar en el 2004 fue arremetida tenaz, bombas, ametrallamientos: entraron a las casas y mataron personas inocentes, que por ser supuestamente colaboradores de las FARC. El enfrentamiento duró una semana y no se podía arrimar uno por allá, porque era muy peligroso. Ese año llegaron para consolidarse. Es lo que nosotros llamamos el año de "consolidación". Ahí empezó la guerra contra nosotros.

Lo más grave del asunto no era que llegaran los militares a establecerse, sino que empezaron a vigilarnos, a buscar la forma de desplazarnos a la fuerza o con presión. Había unos a los que les decían

"paramilitares". Esos desaparecían a la gente. Venían y se la llevaban de noche, y al que desaparecían desaparecido se quedaba para toda la vida. Se los llevaban a Chaguany, una finca más pa adentro. A veces aparecían los cuerpos en la principal o en el puente, con las balas en la frente, y los chulos por ahí rondando. Eso fue fatal. Estamos aquí salvados, porque somos de buenas o porque no nos metimos con nada ni con nadie.

En una de esas, veníamos del pueblo con unos paisanos y me encontré con los militares y me dijeron: "¡Quieto! Para dónde va, que no sé qué". Yo asustado, me di cuenta que era el Ejército, y ahí nos retuvieron un poco de tiempo, nos entraron a una casa, nos requisaron y todo. Mejor dicho, ellos entraron por acá y a todo el mundo lo trataban de guerrillero. Si uno iba a hablarles, no lo dejaban hablar. Ellos eran bravos, le sacaban la ropa de uno, entraban a toda parte, a las casas a volver todo un desorden, se le robaban a uno la comida, las gallinas, los marranos, y uno ¡qué les decía!

De las experiencias más duras que me tocó fue una vez que llegábamos del pueblo. Veníamos en una zorra, y una bomba cayó demasiado cerca. Eso quedamos como locos, sordos, y el polvero no lo dejaba ver a uno. Y, claro, no se sabía quién la había tirado. En otra ocasión dejaron una bomba escondida y un señor fue a hacer una cerca, a machetear, empezó a limpiar y se pegó a la bomba sin saber. Explotó de un momento a otro y tocó llevarlo al hospital, pero llegando se murió.

Entonces, en esa situación, ¡dígame la gente cómo se quedaba! Con esa zozobra de saber si tocaba salir corriendo a la selva en la noche. Esa era otra, que ese año uno escuchaba en el cielo a un avión grande, que por acá le decían el "avión marrano". Podía durar desde las diez o doce de la noche hasta las cuatro o cinco de la mañana, dando vueltas y repartiendo plomo.

Nosotros acá en la casa éramos asustados. Mi mujer me decía que nos fuéramos, que pa qué quedarnos, pero yo me la charlaba

pa que nos quedáramos, porque nosotros no estábamos haciendo nada malo y no nos iban a hacer nada. Había noches en las que uno tenía que tener la linterna y los zapatos puestos pa salir corriendo a esconderse entre la maleza, porque no se sabía en qué momento empezaban los hostigamientos. Sufrimos mucho dolor, lloré con ella por los niños y porque no queríamos eso pa ellos. A veces, en la noche, yo no me aguantaba y tenía que salir a vomitar, porque me acordaba de ver gente conocida mutilada. Se corría mucha sangre y yo pa eso siempre he sido muy malo.

Para esa época de tanta violencia la guerrilla nos tenía vigilados, porque la guerra no discrimina cuando se trata de los campesinos. En un tiempo no se podía salir al pueblo. Usted no podía decir: "Ya vengo, me voy al pueblo", porque era complicado. No faltaba que pasaban los guerreros o civiles milicianos y le dijeran: "Fulano de tal estaba sapiándole allá a los soldados, ¿eso es verdad?" O, si veían que ellos lo retenían a uno, le preguntaban: "¿Qué le preguntaron, y usted qué les dijo?", y por eso murió mucha gente. La noche era la aliada, porque todo se hacía en silencio, por eso lo mejor era o no salir o quedarse en Calamar.

Eso justificó que muchos niches y mucha gente empezara a irse. ¿Se acuerda del finado Lucho? Él era un líder y lo mató el Ejército. Esa historia no se cuenta, porque es muy dolorosa, pero lo que sí pasó fue que mucha gente se fue del pueblo cuando lo mataron. Y para esa época, para comienzos de los 2000, la gente vivía solamente de la raspada de la hoja de coca, por eso es que decimos que con las muertes se fue la coca.

Muchos niches y raspachines se desplazaron para otros sectores: unos se fueron pa Calamar, otros pa San José y muchos arrancaron para su tierra, para el Valle y el Chocó, donde también hay guerra, pero sus familias están allá. La vaina es que quienes nos quedamos éramos la gente que ya teníamos las raíces, las propiedades,

las finquitas. Acá todos sabían que, si la coca se acababa, lo único que quedaba era la tierra.

Otro de los problemas fuertes que nos dio muy duro fue que los militares no dejaban que uno se reuniera, ¡vea eso!, porque supuestamente las reuniones eran pa organizarse contra ellos, y como acá [para ellos] todos éramos guerrilleros, era un problema pa todo. Eso hace más o menos unos ocho o diez años, y como aquí no hubo presencia del Estado, todo mundo estaba aterrorizado, como estatuas, hasta las ideas se pasmaban, y por eso se quedó quieta la Junta, ya no había Junta, ya no había nada, había temor, miedo. Entonces se neutralizaron todas las organizaciones, todo el mundo quieto, como cuando el tigrillo está al frente suyo: si mueve una pestaña, lo muerden y no lo sueltan.

Luego de toda esa tragedia, que duró unos siete años, hubo un cese al fuego. Ya cuando muchos se habían ido, los paracos se fueron, la guerrilla se guardó en el monte y se empezó a ver mucha ganadería. Todos esos ganaderos que hay por ahí compraban lotes a la gente que les decía: "Mire, estoy aburrido con eso de la violencia. Acá no se puede hacer nada. Le voy a vender la finca". ¿Cuánto vale? "No sé…". "Le doy $10 000 000 por esas setenta hectáreas". La sacaban baratica. Y ese fue el incentivo pa que la gente cogiera sus cachivaches y arrancara. Y, ¡claro!, cuando la gente se empezó a ir, los militares dejaron de fregarnos. Esto quedó solo y se tranquilizó, pero quedamos aburridos como el burro solitario.

De unos tres años para acá, ¡pa qué!, está un poco más calmado, pues como que el Ejército cambió de tropa, no sé, pero los que llegaron ya están calmados, ya con el campesinado van suave y, pues, con los que nos quedamos, porque nosotros, de por sí, hemos sabido vivir en la vida, no nos hemos metido ni con la guerrilla ni con el Ejército ni con los paramilitares. Con ninguno… ni con la policía. Y, ¡claro!, tantos problemas con la coca, a uno se le bajaba la moral, uno

no hacía nada, que de pronto lo cogieran con cualquier gramo, que para la cárcel dos, tres o cinco años, de pronto más.

Un nuevo comienzo, un nuevo futuro

Pocos de la comunidad afro se quedaron en Puerto Gaviotas. Otros pocos colonos también decidimos permanecer en la tierrita. Estamos contados los que nos quedamos acompañándonos. Ya cuando se fueron el Ejército y los paracos, se comenzó nuevamente a organizar la Junta. El Ejército fue a lo bien y se podía salir, saludar. Lo saludaban a uno. Entraba uno a Calamar y hacía sus compras y se venía sin ningún problema. Pudimos votar de nuevo, podíamos elegir alcalde en Calamar, elegir nuestro presidente de Junta. Empezó a funcionar la cosa bien.

Ya de ahí en adelante me dediqué a mi familia y a sembrar yuca, plátano y arroz, a vivir así. Yo me puse a pensar: si me voy pa fuera, allá también es complicado, y mi esposa, cuando vio que la cosa se calmó, se convenció de quedarse, ya sin tanto miedo. Yo, en esas de tanta violencia, pensaba en mis taitas, que en paz descansen, en mi hermano Faiver, en mis hermanos, y me decía: "Ojalá nunca pasen por esto, que la Virgencita me los guarde". Porque, así haya miedo, uno sabe que la Virgen no lo abandona a uno, porque uno ha hecho las cosas a lo bien.

Cuando pasó todo el avispero, nos pusimos a mirar bien con mi esposa cómo nos íbamos a organizar, y ahí fue cuando se lanzó para ser presidenta de la Junta. Empezamos a ver que los pocos que estábamos no sabíamos qué hacer y nos ideamos para crear una asociación para cultivar cacao: Asoprocacao. La idea es que con esa organización el Estado nos diera un préstamo con las hectáreas que cada uno tuviera. Nos da la herramienta, la semilla y nosotros cultivamos, recogemos y le pagamos.

Eso tiene sus complicaciones, más cuando estamos en verano. Es peligroso, porque, si se prende cualquier pajita por ahí mal puesta, cuando usted va a apagar eso es imposible, por el aire, porque ventea muy duro y a veces hasta por debajo de la selva. Y cuando pega a rastrojos, como el que queda al lado de la canchita de fútbol, la candela se lleva de ahí para abajo todo lo que encuentra. Eso mueren animales, ¡mejor dicho!, lapas, venados, micos, coge todo eso.

En el verano de hace dos años, en el 2014, hubo un verano duro, yo no sé quién metió candela saliendo de la vereda, y se vino de sopetón. Quemó todo el cultivo. El fuego llegó hasta el borde de la casa de Mauro y cogió toda mi casa. Los vecinos vinieron a ayudarme a apagarlo. Estaba recién nacido el último niño, estaba como de ocho días. Y le tocó a la mujer encerrarse adentro y con ese humo me tocó sacarla mientras apagábamos. Y así fue que se me quemó el cultivo, y es por eso que en este momento, si no se hubiera quemado, ya estaría cogiendo, pero no... la candela es inesperada, y como no hay aviso, ni modos de saber.

El futuro nos espera

Al día de hoy yo me siento parte de esta comunidad, que a pesar de ser siempre de niches me han tratado como uno de ellos: a mí, a mi esposa y a mis hijos. Me gusta la tierra, porque acá se dan muy buenas las comidas, se trabaja muy bueno la tierra, y ya con el tiempo la casita se vuelve un hogar. Hay cómo amañarse. Si uno se va para afuera, todo cambia. Salió uno tan joven de la tierrita, que ya no tiene distinguidos o amigos en la tierra de uno, ya no se acomoda por allá.

Acá tenemos a nuestra gente, y lo que he vivido por acá, con los poquitos que quedamos, lo hemos vivido con rigor. A pesar de todo, ellos me quieren, me estiman, y qué más le pide uno a la vida, si uno tiene a su familia, a sus amigos, su finca y su comida. Así como lo he dicho toda la vida: "Si uno es bueno pa trabajar, no hay por qué

echar pa atrás". Uno debe mirar siempre con deseos de prosperar, de sacar los hijos adelante y de ser positivo. No queda más que ponerle el pecho a la vida, porque la espalda se le regala a quien le hace el daño a uno, la espalda se le da a quien no tiene agallas para mirar a los ojos con valentía, a quien tiene un arma y se siente un dios. A esos se les da la espalda, porque son personas que nunca van a desafiar el destino y ya tienen su destino escrito.

También me pregunto por qué la guerra ha tenido que quitar vidas que merecen estar junto a nosotros, personas que le aportaban a la organización, a promover la unidad. Nosotros acá esperamos que haya un retorno de todos los amigos y familiares que están en el Valle, en el Cauca y en otras partes de Colombia rebuscándose la vida. Acá hay tierrita y todos podemos compartir, como antes. Acá los esperamos con los brazos abiertos, soñando para que esto vuelva a ser como antes: con baile, trabajo y organización, porque acá todos somos iguales, somos blancos con corazón de negros...

Hugo Angulo: el andariego juvenil que se quedó en Puerto Gaviotas

Soy uno de los Angulo, de los Angulo del Valle

Siéntese y escuche mejor cómo es que fueron las cosas por acá. Deje de preguntar tanto, que yo ya tengo montada la cosa en la cabeza. No ve que, si me pregunta mucho, se me olvidan las cosas. Vea, mijo, yo sé que usted solo está pensando ahorita en preguntarme: "Bueno, y Hugo cómo llegó al Guaviare, a Puerto Gaviotas". Todas esas cosas que le gusta preguntar a usted. Pero las cosas empiezan por el principio, ¿no cierto? Entonces la cosa va desde que yo vivía en Yumbo. Por qué cree que nos dicen que somos los Angulo, los Angulo del Valle.

Vea, desde que yo era muy niño me di cuenta que allá, como que por el calor o porque somos afros, se celebra y se parrandea por todo. No más allá en Yumbo una persona se caía de una bestia y ya se hacía fiesta por eso. Por eso yo siempre he sido así alegre, que no se angustia por las cosas que la gente normalmente lo haría.

Bueno, ¡no me deje desconcentrar, porque le termino contando otras cosas que no son! Allá en el Valle, primero yo vivía con mi mamá, mi papá y un hermano que ahorita ya no está en Colombia. Se fue pa Argentina. Ese se volvió deportista y me parece que le está yendo bien. Mi mamá se llama Mayo Díaz. Ella es oriunda allá de Yumbo. Vivió allá toda la vida –bueno, casi toda, porque ahora está

acá– y trabajó en muchas cosas: que ayudando en las casas, vendiendo cualquier comida rápida ahí cerca al terminal o ayudando a componer los pescaos que traían pa vender. Como vivió tanto tiempo allá, pues todos la conocían y sabían que era buena mujer, trabajadora, que tenía buena familia, y eso. Por eso cuando pedía chamba o ayuda pa algo, sabía la gente que no era para cosas malas, sino pa nosotros.

Mi papá se conoció con mi mamá una vez en el mercado que él llegaba con otros manes a vender unos pescados al mercado. Justo ella estaba ahí ayudando a una señora a descamar y destripar a los pescados que iban a vender. Cuando el viejo llegó a entregar los pescaos, ahí la vio y dizque le gustó, pero no para más. Mi papá, como era de andariego y mujeriego, qué iba a ponerse a enamorarla. Pero mi mamá cuando joven era bella. Más luego le muestro unas fotos pa que vea. Entonces el viejo, cuando estaba terminando de hacer negocios, apenas le picó el ojo y se fue. Ya con eso mi mamá entendió que le estaba "soltando los perros", pero ella no le paraba bolas. Y, así las cosas, mi papá ya empezó a ir más seguido al mercado a visitarla, a buscarla a donde fuera que ella estaba. Y así ya nos tuvieron a nosotros. No le cuento más, porque por ahí se me va toda la tarde contándole eso.

Cuando nosotros vivíamos allá, no era tan tranquila la cosa. Había mucha delincuencia. Habían cambiado mucho las cosas de un momento para otro. Uno veía mucha pandilla, mucho joven ya consumiendo droga. Eso no era tan bacano. Como en el año 96, mi mamá ya empezó a pensar en irse del Valle, porque a un hermano de ella lo habían matado por robarlo. Y, pues, él no se dejó, por eso lo mataron. Entonces ella dijo: "A mis hijos no los voy a dejar viviendo acá pa que también se los lleven o terminen en pandillas". Yo tendría como doce años, cuando pasó lo de mi tío. Como dos o tres años después ella se fue primero a Bogotá a buscar mejores oportunidades. Yo me fui ya crecidito a Cali, donde vivía mi abuela, y mi papá se

fue conmigo y con mi hermano, que ya estaba por meterse duro al deporte y empezar a viajar.

Allá en Cali yo dejé de estudiar por ponerme a trabajar. Estuve de ayudante de bus, asando arepas, ofreciendo envueltos en la calle y vendiendo dulces en los buses, también. Ese fue el trabajo más bonito. Yo era muy penoso. Antes de eso yo no le podría estar contando esto tan fresco. Empecé vendiendo los dulces, porque un amigo me dijo que eso daba buena plata, que no había horarios y que en medio día ya uno tenía lo del día. Lo más difícil fue aprenderme el libreto que uno tenía que decir, era algo así como: "Estimados pasajeros, espero que no los incomode, pero esta es mi forma de trabajo con la que mantengo a mi familia. Este rico y delicioso caramelo que viene de distintos sabores se lo pueden llevar por el módico precio de $200 pesos y para su mayor economía tres en $500…". Eso era mucha pena al principio, pero ya después se volvió normal.

Allá en Cali también había mucha pandilla y eso. Siempre le querían robar a uno el producido del día, porque sabían que a uno le iba bien. Una vez me intentaron robar lo que había hecho en el día. Yo estaba en el barrio cuando un man se bajó de una moto a intentar robarme, yo no me dejé y en esas la policía se dio cuenta. Eso empezaron a dispararse los unos con los otros. Cuando ya se acabó la balacera, vimos que uno de los ladrones quedó herido y se lo llevaron al hospital. Ocho días después el man se murió y ahí empezaron las cosas contra mí.

Yo lo que pensaba era que tenía que estar protegido. Entonces también empecé a andar con unos pandilleros, enemigos de esos que me habían querido robar. Yo no estuve mucho en eso, pero sí tuve enfrentamientos con ellos y toda la cosa. Hasta que una vez me fueron a buscar a la casa en la noche y yo me alcancé a dar cuenta. En ese momento no tenía un revólver o algo para defenderme, encontré una rula y con eso hice ruido para que se fueran. Ahí pasó todo, gracias a Dios, pero yo quedé muy asustado y mi abuela también. Ahí

TRAYECTORIA DE HUGO ANGULO

fue que decidimos irnos del Valle. Esta vez mi abuela, que acababa de recibir la pensión, me dio todo lo que tenía para ayudarme a salir de allí y proteger mi vida. Ya habíamos salido de Yumbo por la delincuencia. En Cali fue lo mismo. La violencia nos tenía corriendo por no querer hacer parte de ella. Luego ya nos vinimos para Gaviotas. Pero espere le cuento eso, que esos son vericuetos de la vida.

Conocidos me dieron la mano en Bogotá, y en una visita a Puerto Gaviotas me quedé

Con mi padre, primero dijimos que pa Bogotá, pero mi mamá ya no estaba allá y no teníamos noticia de ella hacía rato. Entonces mi papá supo que ella estaba en el Guaviare, y él si se fue de una vez. Yo en cambio preferí irme a vivir un rato en Bogotá. Allá en Bogotá mi mamá tenía amigos afros que conoció, gente que a uno le daba la mano. Por su puesto, uno llegaba a decir que uno era el hijo de Mayo, y como ella siempre ha sido tan buena gente, le ayudaban a uno. En Bogotá estuvimos con mi hermano poquito tiempo, como un año, por mucho. Él se dedicó a su fútbol, y como en Bogotá las cosas eran más fáciles de conseguir, pues aprovechó la oportunidad y se fue a Argentina. Yo trabajaba en algunas cosas de carga, en bodegas. Como por la zona industrial, en Puente Aranda. Al principio era cargando y descargando. Era un camello bravo. Eso uno llegaba molido a la casa, pa recoger con cucharita. Ahí me di cuenta que la vida de un negro en la capital no era fácil. Yo creo que por eso mi mami se fue tan ligero a otro lado.

Luego pasé a administrar una pequeña empresa de carga también, por lo que tenía experiencia en eso. Llegar a eso fue un palancazo que me conseguí en el otro trabajo. Como, por más que fuera duro, yo era buen trabajador, y me recomendaron. Allá en Bogotá sí sentí que a uno lo discriminaban por ser negro. Muchos de mis compañeros de trabajo no me determinaban o me trataban mal. Hasta

apostaban a que me echaban en tantos meses. Pero no les di el gusto. Salí por la puerta grande. Me fui porque yo quise y no porque me hayan echado. Ya me estaba yendo bien, tenía una pieza más grande, conocía mejor la ciudad y en medio de todo ya me estaba acostumbrado a vivir en Bogotá. Luego me dio por ir a visitar a mis a mis papás, que ya estaban dizque establecidos por acá. Ellos se patearon todo el Guaviare buscando trabajo. Terminaron acá en Puerto Gaviotas, como casi todos los afros acá: ayudando a raspar coca.

Claro que mi mamá no hacía eso. Ella le cocinaba a los raspachines y mi papá también sembraba sus cositas para el pancoger. Solo que raspar les dejaba buena plata, eso no se puede negar. Pero si usted se pone a mirar, lo que más sembraba la gente de Gaviotas eran cosas pa comer: plátano, yuca, arroz, fruticas. Pescaban ahí en el río. No eran los más grandes productores de coca.

Yo venía solo por quince días a visitar a mi familia, pero mi mamá, que siempre ha sido mañosa, se terminó gastando mi plata del pasaje de vuelta y me dijo que me quedara, que le hacía falta y que acá podíamos vivir bien. Eso fue, póngale, pal 2001.

Me quedé raspando en Puerto Gaviotas

Como acá no tenía trabajo fijo, me tocó irme a las plantaciones de coca a raspar. Como todos los colonos que han llegado al Guaviare. La primera vez que fui a una jornada de raspar, la conseguí de chiripa. Estaba yo en Calamar después de pasar por una travesía en la trocha de Gaviotas a Calamar. Había llovido la noche antes y yo iba a comprar unas cosas para la remesa de la casa. En ese entonces no había tan buen transporte para el pueblo y yo iba a pie. Eso eran horas caminando debajo del sol. Cuando llegué me encontré con los militares, que siempre andaban por ahí. Como Calamar siempre ha sido como un lugar de las FARC, entonces ahora les dio por hacer presencia por estos lados. A uno de una lo fichaban, si, por ejemplo, uno

salía del pueblo a San José y decía que venía de Calamar. Porque decían los militares que todos allá eran milicianos, por eso le decían "Calafarc". Y ahora imagínese, si uno, aparte de vivir por estos lados, y negro, ¡peor! Lo mejor que uno podía hacer, si ya estaba llegando a San José, era decir que uno venía de El Retorno. Ahí sí casi no jodían los militares.

El caso es que ese día iba todo embarrado de la caminada y un militar me grita como a una cuadra: "Negrito, negrito". Yo lo ignoré, pero cuando de repente es que tengo a dos militares atrás que me dicen: "Oiga, negro hijuetantas, le estamos hablando. Nosotros sabemos que usted es miliciano de los guerrillos. Díganos, pues, dónde es que están escondidas esas ratas".

Ahí me alebresté y les dije que si tanto los querían, pues que los buscaran ellos. Y que si yo supiera dónde estaban, yo mismo iba a decirles a ellos que salieran a echarles plomo. A mí lo que más me saca la piedra es que se metan con el color y con la familia. Entonces en esa discusión apareció un señor, que yo no sabía quién era ni nada. Creo que no era muy conocido en Calamar. El tipo saltó a defenderme de los militares, que ya estaban calientes, igual que yo. Me dijo: "Venga, mijo, no sea que se lo carguen. Usted no sabe lo que pueden hacerle". Justo cuando me estaba halando del brazo para que me fuera de ahí, el señor me dice: "Oiga, ¿y usted qué está haciendo?, ¿está buscando chambita? Porque se le tiene". Ahí ese tipo me ofreció ir de una vez a uno de esos viajes que hacían los raspachines. Podía durar uno o dos meses metidos en la selva, raspando y bebiendo.

Yo me fui a una finca que queda por Miraflores, allá subiendo por el Itilla. Vea, ese viaje me lo mamé, solo porque no conocía bien cómo era la cosa al principio. Si no, creo que no lo hubiera hecho así de largo. Yo pacté en irme dos meses allá y que con el patrón de la finca me entendía con el pago. Allá pagaban en plata o en harina. Eso por estos lados tener plata o harina era la misma vaina.

Nos reunimos en el muelle, madrugados, como una semana después del incidente con los militares. Le cuento que esa semana me había cruzado a un hombre allí en Calamar al que le conté que estaba pensando en irme de raspachín y me empezó a contar su historia:

—Hombre, eso es muy duro. Yo raspé durante dos días. Hace unos años, en Barranquillita, estaba administrando una discoteca cuando conocí a Roxana, una muchacha muy, muy bella. Ella me había visto ya un par de veces jugando fútbol y maneja una teoría de que el hombre que juega fútbol bien hace el amor bien. Entonces se fijó un poquito en este negro. Ya en la noche interactuamos y me contó que ella era raspachín, que desde los once años le había tocado irse a trabajar en eso. A mí me pareció muy drástico, porque para una mujer ponerse a raspar –y más ella, que se veía delicada y hermosa– no debía ser nada fácil. Yo le dije entonces que quería ayudarle a trabajar, con la intención de invitarla a que se saliera de eso. A los dos días arrancamos. Llegamos a una finca donde solo había hombres. Roxana me amarró los chiros y nos dispusimos a raspar. A mí me daba gracia, porque, cuando yo pelaba una mata, pues ya ella llevaba diez o veinte. Yo cogía así gajo por gajo y ella cogía cinco dedos y halaba con fuerza y en un momentico llenaba esas lonas, que yo en toda la jornada no llene. Ella cogió como doce arrobas y yo como media. El primer día ella no más se reía y a lo último fue que me resigné y me dediqué a ayudarle a recoger la hoja que raspaba y a cargársela. El segundo día lo mismo. Pues ya me rindió un poquito más. Fue como media libra de más. Y el tercer día ella me dijo: "No, no. Más bien quédese". Se sintió, avergonzada, apenada, yo qué sé, no me vio lo suficientemente apto para eso. Hablé entonces con ella para que se saliera de eso y le dije que, ya que éramos novios o algo así, se fuera para el caserío a trabajar allá conmigo. Duró dos días trabajado ahí en la discoteca, pero se cansó y volvió a irse a las fincas a raspar. Ahí murió la relación. Eso es muy duro, pero da buena plata. Le deseo un buen viaje y que le rinda y le dure más que a mí.

Yo llevaba ansioso todo ese tiempo. Alistaba remesa, el toldillo, la hamaca, unas mudas de ropa. Viajé ligero, y esa fue una cagada. Primero fue una caminada entre el monte durísima. Eso todo el mundo estaba mamado de caminar, con ese calor que hace entre todas esas matas. Ahí compartíamos agua y eso, pero eso se acabó rápido. Cuando por fin llegamos al río, donde íbamos a coger una lancha rápida hasta la finca, ya no teníamos casi remesa y ya más o menos presentía lo que se nos venía pierna arriba.

Allá decía la gente que no estaba tan caliente. En esas fincas trabaja mucha gente y el Ejército todavía no había llegado por allá. Mi mamá, claro, se preocupó, pero porque yo era joven, porque mi papá ya había ido varias veces. En esa época, no eran tan seguidos los enfrentamientos. Eso se puso caliente como en el 2003 más o menos, lo mismo que las fumigaciones.

Humareda y colonización
Fuente: Andrés Pacheco Jaimes

Antes de llegar a la finca donde íbamos a trabajar, que decían que quedaba en la vereda Lejanía –finca la P. M. [risas]–, paramos primero en otra finquita que era como pa prepararnos antes de llegar. Ahí uno socializaba, hablaba con los otros trabajadores. Así me hice amigo de "Puto". Nunca me le supe el nombre, creo que su apellido era Mosquera. Ese man era llanero y era como carelimón, pero buena gente. Con él era que yo hacía pareja para raspar. Él era mi orillero. Yo le soplaba, ahí disimulado, por dónde es que la mata estaba buena, y ahí íbamos dándole rápido, porque eso era a pleno sol de día. Entre más rápido cumpliéramos con las arrobas de hoja, más rápido salíamos y nos pagaban. Y así fue todo el tiempo, orillero y contraorillero.

Con el tiempo empezamos a raspar la coca en el mismo lugar, la recogíamos en la misma lona y partíamos toda la plata por la mitad. Con ese hombre nos unimos mucho. Al final terminamos disque durmiendo en la misma cama y comiendo en la misma olla. Es que, no se imagina, ¡allá la cosa es dura! Al principio yo dormía en una carpa en mi carro. No un carro como el que usted se está imaginando, sino un carro hecho de cuatro lonitas donde usted echa la hoja. Entonces el Puto me dijo que me estaba dando mala vida y me abrió campo en su cama, que no era muy grande, pero ahí de ladito me acomodaba. Desde allí empezamos a compartir todo, hasta el cigarrillo no lo fumábamos entre los dos. Recuerdo que para la semana nos comprábamos una decena de cigarrillos, cuatro paquetes de galleta, cuatro bolsas de leche y una panela, de la que solo usábamos la mitad, para guardar el resto, cosa que, cuando estábamos graves de plata, se la vendíamos al propio patrón. Con eso, con unos huevos, un pescado de ahí del río y un pedazo de carne viejo, sobrevivíamos.

A mí me decían "El Guiso". Todo el mundo por allá se trata con chapas: apodos, que le dicen ustedes. Me decían así porque, cuando estuvimos por allá y nos quedamos sin remesa, yo cocinaba, y eso hacía milagros con lo poquito que uno tenía. Ya a lo último una libra

de arroz nos duraba tres días. Mire, yo hacía una sopa de arroz, le picaba medio platanito, como si fuera papita en trocitos pequeñitos, y por ahí llegábamos y nos robábamos los huevos del vecino. Íbamos por la nochecita al nido y ¡tin! Batíamos el huevo y eso era el desayuno. Y sabe cuál era el secreto para que esa sopa no quedara desabrida: yo tenía una carne vieja y todos los días la echaba en la sopa para darle sustancia y la sacaba para usarla al día siguiente. ¿El almuerzo? Pues ahí mirábamos. Íbamos y nos robábamos un racimo de plátano. Plátano frito, y si quedaba algún huevito por ahí o algo, lo cocinábamos con un pescado. Pasábamos filo.

Eso fue hasta que le llego la razón al patrón. El día que llegó el patrón nos quedaba una libra de arroz y nosotros todos contentos de felicidad, porque ese era el último día que aguantábamos hambre. Yo ahí cogí todo lo que teníamos, seis huevos que habíamos robado de un vecino, el pedazo de carne con el que hacía la sustancia y el arroz que quedaba. Ese día yo sí lo pique todo, lo cocine todo junto y comimos más rico.

Después de esos días bien duros arrancamos ya pa la finca P. M. y ya allá, con "la guisa" y la remesa bien buena, mi socio y yo éramos los que más comíamos. Y yo le decía: "Mire, cuando yo estaba pequeño, mi mamá siempre me repetía 'mijo, cuando hay coma, para que cuando no haya aguante". Yo había aguantado ya varias semanas filo. Ahí medio hacíamos alguito como pa matar la tripa. Pero yo llegué allá y colaboraba en la cocina, veía que no había agua y acercaba un timbito para lavarle la loza a la guisa y de paso pedirle un poquito más de comida. En esas fue que me di cuenta que ella botaba la comida que sobraba, entonces yo hablé con el patrón, porque uno trabajando y matándose, salía como mínimo a las cuatro, cuatro y treinta de trabajar y con hambre, y ella botaba la comida. Entonces ya después, con mi socio Puto, éramos los últimos que nos sentábamos a la mesa y nos pasaban las dos ollas de todo lo que

había sobrado, y nosotros revolvíamos eso y quedábamos, como dice el dicho, "como mozo de guisa", o sea, repleto.

Pero en esos viajes uno no solo trabajaba y comía. También había cosas por hacer por allá. De vez en cuando la gente salía a la bodega a gastarse lo que se había ganado: en cerveza, en comida, les mandaban plata a sus familias, y así. Para ir a los barrancos de la finca, donde quedaba la bodega, eso uno tenía que irse era por río. Yo siempre me iba con mi gallada, porque ellos sabían nadar y yo sabía era remar. Trago yo tomaba del que me regalaban, pero no de mi plata. Yo fui allá fue a conseguir plata, no a gastármela. Entonces yo prefería hacerme un guarapo durante toda la semana y luego sí bebérmelo cerca de la bodega. Es que, ¡imagínese!, una cerveza costaba por allá $5000 pesos y, en gramos, lo de dos arrobas de hoja [$10 000]. Allá todo era caro: un paquete de galletas valía en plata $7500.

Bueno, pero ¡eso sí!, todos los domingos jugábamos fútbol entre raspachines. Los partidos de fútbol se organizaban en fincas. Que la finca de fulano, que la finca de sutanejo, así. Entonces uno hacía torneo: los de la finca del Pepe Pinto jugaban contra la finca de Carlos y los de la finca de Carlos con otros y así. Y apostaban disque el petaco de cerveza o media de trago o una botella. Yo jugaba y todo, pero no apostaba nada, porque yo llevaba mi bebida, mi tipo de guarapo. Me salía hasta mejor, porque yo me emborrachaba y gastaba menos, mientras ellos apenas llegaban prendidos a la casa. Se pasaba hasta bueno, pero muy duro.

Pa Puto lo más duro de todo es que allá solo iban hombres a buscar plata, muchos de ellos de otras partes del país. En todo ese tiempo el hombre no conoció mujer. La única mujer que uno veía por esos lares era "la guisa", la que cocinaba, y esa siempre andaba con su marido, que iba con escopeta por si alguien se le acercaba. Eso era lo que más risa me daba. Puto, que era todo bravo, todo macho, siempre me decía que acá entraba el que quería, pero que salía el que podía. Él tenía un tremendo verano y solo esperaba a salir para calmarlo. Así

fue mi primer viaje. Me devolví con harta platica, porque no me la gasté allá. Regalé todo lo que tenía por allá, intercambié unas cosas con el Puto y me vine pa acá a buscar a mi mamá. Después seguí con eso. Acá no había mucho trabajo, sino eso.

En Calamar y Gaviotas, quedamos en el fuego cruzado

Para entonces la guerrilla ya no estaba tanto tiempo por acá. Los militares ya habían entrado a sangre y fuego a tomarse Calamar. Eso se vino a sentir también en Gaviotas. Nos empezaron no solo a echar bala, sino que también a echar veneno desde esos aviones. Como ellos creían que acá no vivía nadie, sino que era de esas fincas donde solo sembraban coca, pues echaban ese veneno y nos mataban las otras matas que teníamos para el consumo. El agua de las quebradas que usábamos para beber también la dañaron y algunas bestias que la gente tenía por acá. Eso fue terrible, la verdad.

Otras veces llegaban como tal y quedábamos en fuego cruzado. Siempre la gente vivía con miedo. A la escuela le alcanzaron a dar unos balazos también. Era de mucho miedo. Cada que pasaba un avión o un helicóptero nos tirábamos a una trinchera que habíamos hecho para evitar todas esas cosas malas que pasaron acá. Eso es mejor que nunca vuelva a pasar. Me cuenta uno de los pocos vecinos que, en esas épocas duras, pasaban frente a la casa de él, en el río, unas canoas con gente muerta. Algunos les quitaban partes del cuerpo, a señoras y a hombres. Eso no les importaba quién. Uno no sabe quién hacía eso, porque ya todos armados se camuflaban.

La gente se terminó yendo de aquí y con toda la razón. Tanta violencia contra gente humilde como nosotros, que solo queríamos trabajar y hacer las cosas bien. Terminamos pagando por estar en el lugar equivocado, como el comercial ese de Davivienda. Acá vivían varias familias, muchos afros. Acá siempre montábamos fiesta,

antes de que nos llegara toda esa maldad. Pero eso es mejor no pensar tanto en el pasado. Ahorita ya las cosas se han calmado, pero, la verdad, se siente todo muy raro. No quedaron más jóvenes, digamos, así como yo. Quedaron los guapos, los que no se dejaron sacar ni intimidar por lo que pasó.

Si quedan diez niños en la escuela de aquí de Gaviotas es mucho. Yo vivo acá con mi mujer y mi niña, que apenas tiene cinco añitos. Lo que no quiero es que ella viva lo que les pasó a mis viejos y también a mí, aunque, pues, yo no viví todo lo que me han contado los otros. De lo que más me ha impresionado es que en el pueblo, en Calamar, entraba el Ejército a las casas a buscar guerrilleros. Pero terminaban saqueando las casas, robándose las cosas: los marranos, las gallinas. Amenazaban y nos estigmatizaban con ser milicianos.

Los guapitos nos quedamos
Fuente: Lucas Rodríguez

Después de ser pandillero, vine a ser concejal acá en Puerto Gaviotas

Pero mire que la gente, a pesar de eso que ha pasado, sigue parada. El consejo comunitario, por ejemplo, nos ha ayudado a organizarnos. Seguimos celebrando nuestras tradiciones afros, pero en Calamar, porque acá no queda nadie. Eso es lo que toca hacer, recuperar la cultura que perdimos. Ahora, ¡imagínese!, yo, que después de haber sido pandillero en Cali vine a ser concejal acá [risas]. Eso quiere decir que la gente sí puede cambiar y aportarle a la comunidad. Yo tengo ahorita un niño y una niña y lo que menos quisiera es que ellos vivan tanta maldad por acá. Porque acá usted mira y es un lugar bonito. La selva es bonita. Mejor que lo aprovechen así y no entre tanto plomo.

Yo, por ejemplo, como siempre he sido andariego y recochero y me ha gustado bailar, me dediqué a enseñarle a la juventud de Calamar a bailar salsa y ritmos del Pacífico. Acá la gente se dio cuenta de que era buen bailarín, una vez que estaba bailando en una de las discotecas de Calamar. Ahí de una vez se me ocurrió que eso era una forma de trabajar con la comunidad y ayudar a que los jóvenes no caigan en la delincuencia, que no se sigan metiendo a los grupos con armas, cualquiera que sea. Ahora se hace en Calamar esta celebración de todas las regiones del país y, pues, las más importantes son las afro y las llaneras. Entonces bailamos cosas típicas nuestras y preparamos platos típicos. Ya no quedamos tantos jóvenes afro, como le dijo horitica, pero sí hay niñez que tiene que aprender a celebrar y parrandear, así sea porque alguien se cayó de una bestia.

Y, pues, es una manera bonita de que se conserve la cultura afro acá en Guaviare. Y pues la idea es que, como no solo hay afros acá en Gaviotas y Calamar, sino en todo el departamento, que este sea un lugar de reunión para todos los otros afros. Bacano que, cuando eso pase, encuentren una comunidad organizada, con sus costumbres, su cultura viva. Eso es lo que más espero, que con la cultura y las costumbres propias podamos salir adelante y dejar atrás todo lo que pasó.

Entre el miedo y la esperanza: los hermanos Carrizo

Adelaida: “después nos vemos”

Somos los hermanos Carrizo. La niñez la vivimos en el Chocó, volteando pa todos lados, consiguiendo lo de la comida. ¿Que cómo fue? ¡Jum! No, yo no tuve tiempo pa ser niña. A mí no me tocó infancia de muñecas ni de amiguitas. Yo tenía que acompañar a mi mamá a vender pescao en la plaza. Tuve que trabajar desde muy chiquita. A los once años una amiga de mi mamá me consiguió un empleo cuidando niños de mi edad. ¿Se imagina? Una culicagada de once años cuidando culicagados de ocho o nueve. Así pasé la adolescencia, trabajando como muchacha de servicio, volteando. Mi mamá se murió cuando yo tenía veinte. Ramiro y yo nos quedamos solos. Eso fue en el 85, un 23 de octubre.

Yo quería ayudarle a Ramiro, quería que estudiara. Él desde chiquito jodía con el cuento de los carros ¡Yo quería verlo hecho todo un mecánico! Y por esos días rondaba en el caserío rumores de mejores oportunidades al otro lado de la cordillera, disque por el Guaviare. Yo a duras penas había escuchado del Guaviare en las noticias, y pare de contar. Un muchacho que me estaba "arrastrando el ala" me decía que un primo suyo estaba por allá, que él nos recibía, que por allá había plata, que él ya me tenía el trabajo listo, ¡mejor dicho!, que solo faltaba empacar.

Pero yo no sabía qué hacer, no iba a dejar a Ramiro solo. Él tendría como 16 años. Esa ocasión nos permitió conocer a la tía Carmenza. Aunque mi mamá nos había hablado de ella, nunca la habíamos visto. Llegó desde Palmira al entierro. Se quedó en el ranchito de nosotros y simpatizamos rápidamente. Algo en ella nos hacía sentir a mi hermano y a mí que mi mamá aún estaba. Ella se encargó de los gastos del entierro y mandó hacer el novenario con el padre Vicencio. Nos acompañó los nueve días. Se le veía el interés de conocernos. Yo creo que en tan poquito tiempo nos cogió mucho aprecio. Esos días no tuvimos que preocuparnos por la comida. Al salir de la última misa le comenté los planes del Guaviare y que no podía llevarme a Ramiro: "Cuídemelo, yo después mandó por él". Así le dije. Al otro día Ramiro y mi tía arrancaban para Palmira y yo para Bogotá, con el muchacho este. El pasaje del Chocó a Bogotá nos costó $1200 pesos, Bogotá-San Martín fueron $400 pesos y San Martín-San José como unos $300 pesos.

En el Guaviare

Corría el año 86 y estrenábamos presidente. Virgilio Barco se montaba en el poder con las promesas de acabar lo que quedaba del Frente Nacional y reducir el narcotráfico. Como es habitual en los que tienen el poder, él confundía al campesino con el narcotraficante, porque empezaron a acabar con nosotros. Espere y le cuento.

Este muchacho me llevó donde su primo, en Puerto Gaviotas. Trabajamos para un señor que tendría quince o veinte hectáreas de coca. Yo era la guisa. Así les decían a las cocineras. Era muy duro. Me tenía que levantar a las tres de la mañana: que ponga el tinto, que las arepas, que lave las ollas, ¡mejor dicho! Yo estaba aburrida de eso. Uno terminaba muy molida. Y me dio por probar suerte con la coca. ¡Ja! Me da risa recordar todo eso. Yo era la sensación entre los raspachines. ¡Claro! La única mujer. ¿Sabe cómo me coqueteaban?

Ayudándome a raspar, y yo ¡feliz! Si me veían quedada con la línea, los muchachos dejaban lo suyo pa llenarme el taleguito, tan bellos, todos coquetos. Yo por esos días ya estaba sola, ya me había dejado con el muchacho este. La campaña en esa finca había terminado y la gente empezaba a coger camino para caño Ciriza, por los lados de Miraflores, y allá fui a parar.

La verdad es que a caño Ciriza llegué con Teófilo. Era uno de los que me ayudaba a llenar el taleguito cuando estaba quedada. Así fue que me conquistó. Nos enamoramos raspando y al año nacía Emilio. Desde muy chiquito se enfrentó con la guerra: tendría como cinco o seis meses. Aún no había dado su primer paso. Era un 29 de septiembre, yo estaba en la cocina, calentaba la colada del niño y preparaba un arroz. Escuché una algarabía en la calle y me asomé a ver qué pasaba: al frente de la casa de Doña Dilma un comandante del Ejército, Arturo, apuntaba al cielo con su fusil, disparaba ráfaga tras ráfaga, ¡ta-ta-ta-tá!, y se reía en juerga con sus soldados. La gente salió despavorida de sus casas, como alma que lleva el diablo. Buscaban el monte para esconderse de los tiros. Yo hice lo mismo: cogí a Emilio entre mis brazos, le pegué un grito a Teófilo y pal monte. Ni la asfixia del cansancio nos detuvo. Corrimos desbocados, de huida a la muerte.

Reposamos al pie de una quebradita, en un tronco caído. No nos dijimos ni una palabra. Teófilo tenía la mirada perdida entre los matorrales. Estaba pálido y tieso. Yo examiné con detenimiento a Emilio: sus manitas, su pecho, escarbé entre sus crespos, quería confirmar que nada le había pasado en esa horrible carrera. Él miraba todo con una calma extraña. Estaba tranquilo. No lloró en ningún tramo de la huida. De vernos así me agarró mucha rabia. Ni mi familia ni yo tendríamos que haber huido. Nosotros no éramos guerrilleros, éramos campesinos, honrados, trabajadores. No era nuestra guerra.

Eran como las cuatro de la tarde y Emilio comenzó a llorar. Porque, eso sí, no llora por el Ejército, pero de hambre, ¡jum!, levantaba

los techos. Claro, nosotros probamos bocado en el desayuno y pare de contar. Y no teníamos absolutamente nada: estábamos en la mitad del monte con los chiros que nos vestían ¿Qué hacer? Uno de madre hace todo lo posible para que sus hijos estén bien, y mi hijo no aguantaría hambre. Teófilo seguía pasmado, parecía no entender la situación, no daba con el mundo. "¿Se devuelve o cuida al niño?" Le pregunté, y me respondió: "Ni por el putas me devuelvo".

Le entregué al niño y agarré camino. Bajé por la quebrada y salí del monte como a un kilómetro del rancho. Esperé a la noche para acercarme. Yo tenía fe en encontrar todo intacto, pensaba en que un vecino, Doña Dilma tal vez, me informaría que los militares ya se habían ido, que tres o cuatro familias ya habían salido de sus escondites. Entonces yo me devolvería a toda carrera por Emilio y Teófilo, les prepararía una cena como para celebrar que estábamos vivos, amamantaría a Emilio en la mecedora, mientras le decía que esos hombres no volverían a molestarnos, y dormiríamos los tres en la cama. Pero cuando llegué parecía un pueblo fantasma.

Todo lo que imaginé era mentira. La mitad de las casas estaban calcinadas y la otra mitad todavía ardía. Aún se escuchaban las risas de los militares a lo lejos y de vez en cuando dejaban salir tiros al aire. Mi rancho estaba vuelto mierda. Ocurre que ellos apilaron los muebles de distintos ranchos en la mitad de la calle y les prendieron candela. Era una gran hoguera. Le advertían a la gente que esa ya no era su tierra. Entre el desorden busqué lo necesario: levantaba escombros con mucha cautela, procuraba no hacer ningún ruido, temblaba. Agarré la colada del niño, una cacerola, un toldillo, la linterna, un machete, par de provisiones y dos pedazos de cobija quemada, y me devolví al monte por mi hijo y mi marido. Ahí no había nada que hacer.

Encuentro en el monte

Todos los sonidos del monte siembran miedo. Una rama que se quiebra, los chillidos de los pájaros, el aullido de los monos. Todo era una señal, todo nos hacía creer que los militares estaban a la vuelta de tal o cual matorral y vendrían a descargarnos sus fusiles. Veintitrés días duramos en esa incertidumbre, corriendo de aquí para allá, dando vueltas en círculos, pero siempre cerca a la quebrada. Era verano. A punta de teta mantuve a mi bebé. El agua la tomábamos de un bejuco, sabía como a agua de coco. Pescábamos, recolectábamos frutas. Armábamos pocillos con las hojas, siempre moviéndonos, mirando que los militares no vinieran detrás de nosotros. Las noches, eso sí que era otra cosa, porque escogíamos un árbol de raíces gruesas, cortábamos hojas de plátano y armábamos un colchón, una especie de trinchera. Al niño lo envolvíamos en la cobija quemada, y después de la cobija se cubría con hojas, para protegerlo de los bichos. Yo dormía casi que sentada. Prefería que el niño durmiera entre mis brazos que en el suelo. También era por miedo. A la octava o novena noche, no recuerdo bien, sentí un cosquilleo en mi pantorrilla, debajo de mi pantalón. Era un alacrán negro. Después de eso a duras penas dormía de seguido treinta minutos.

Metida en ese monte pensaba en mi hermano. Quería verlo, quería presentarle a su sobrino, que lo alzara e hiciera un chiste por los cabellos del bebé, parecidos a un estropajo. Yo ya le había dicho que se viniera desde julio. Hasta la plata le mandé. El solucionaría no sé qué problemas y llegaría en las primeras semanas de enero, en el 88. Y ahora, ¿a dónde podría llegar?, ¿cómo decirle que estaba viva?, ¿se habría enterado de lo que nos pasó?, ¿cogería camino apenas se enterara? Ya no tenía rancho pa recibirlo. A veces me ganaban los malos pensamientos. Me imaginaba muerta. O el Ejército o el monte, alguno de los dos terminaría acabándonos. Dimos con unos indios en un clarito y di gracias al cielo. Ellos

nos recibieron. Son buenas gentes. Nos acogieron de buena gana. Caminamos hacia sus casas mientras nos brindaban agua y fruta. Con ellos uno no se muere de hambre, esos sí que saben moverse, son gente de selva. Don Ramón era el jefe de los indígenas. Apenas llegamos salió a recibirnos y a instalarnos. Nos dio tres chinchorros y un techo. Gracias a ellos pudimos escondernos tres meses de la guerra, pero la guerra allá nos fue a buscar.

Doña Irma, la esposa de don Ramón, se fue a Villavicencio para arreglar no sé qué problemas, estaría seis días por fuera y regresaría el martes. En esa semana las cosas se calentaron mucho. La guerrilla quiso retomar parte del territorio ocupado por el Ejército y se dieron fuertes enfrentamientos. ¿Cómo avisarle? En esos tiempos no había celular, tampoco podíamos salir de las casas. Nos mataban. Doña Irma llegó por la noche. No esperó, de una cogió paso pa la casa, y los militares para disparar no lo piensan dos veces. Cayó acribillada en el camino. No se quisieron encartar con la muerta. Al otro día salimos a buscarla por toda la zona, le preguntamos a la gente del caserío y a unos militares que estaban por ahí, si la habían visto. Nadie nos dio razón. Después de pasar tres días en vilo la encontramos a unos trescientos metros de la orilla del río, sentada, con el tronco apoyado en un árbol, cubierta de hojas, con una toalla ensangrentada encima. La llevamos al caserío en una hamaca, era medio día. Pasamos por donde el Ejército y no se inmutaron, no se acercaron a preguntarnos que llevábamos. Ellos lo sabían bien.

Empezamos a enterrarla. Don Ramón escogió la sombra de una gruesa ceiba para que su esposa descansara. Cavamos en la mitad de dos raíces. Pero las balas no dieron tregua. Mientras intentábamos darle santa sepultura se desató una balacera de padre y señor nuestro. A duras penas pudimos abrir un hueco, con las uñas arañábamos la tierra para hacerlo más profundo. No queríamos dejarla ahí, botada, como a un perro. Eso no se hace. Pero las balas estaban demasiado cerca. Como pudimos la tapamos, y pal monte otra vez.

Menos mal mi familia y yo ya teníamos experiencia. Nos ocultamos tres días y cuando volvimos lo primero que buscamos fue la tumba de Doña Irma, para darle su santa sepultura. Los militares ya se habían ido y con Teófilo decidimos volver a caño Ciriza a ver cómo seguían las cosas. Qué tal que Ramiro ya hubiera llegado. Cuando llegamos no había ni un alma, solo lo poco que quedaba de los ranchos. Ahí no teníamos nada que hacer. Nos fuimos pa Calamar.

Ramiro: en ruta

A Palmira llegué a trabajar. Un primo mío estaba metido en la industria de la caña. Me consiguió el puesto. Eso era duro, porque entrábamos a las cinco y media de la mañana. El amanecer nos cogía metidos entre los cañales, con un overol desteñido y un machete en la mano. En agosto, a más de uno le daba miedo meterse: cuando la caña se quema, eso sale una llamarada de tres o cuatro metros de alto, y el viento, travieso en esos días, forma tremendos remolinos de fuego. Pero usted no tiene que hacer caso de nada. Es cuestión de estar atento. Yo era el menor del bloque, pero no el más pequeño: con diecisiete años era fornidito.

Mientras trabajé, gran parte de mi sueldo fue para la tía Carmenza. La vejez, en esos días, le cayó encima. Aunque mi primo y yo cubríamos casi todos los gastos de la casa, la tía Carmenza salía a vender empanadas a la plaza de Palmira. Le gustaba. Un jueves, cuando salía a trabajar, noté que la tía no se había levantado de su cama. "Tía, le va a coger la noche con las empanadas", le dije, y ella me respondió: "Amanecí cansada, mijo, hoy me quedo acá", y no volvió a salir.

Por esos lares los Llanos eran famosos. Después de lo de tía Carmenza le insistí a mi primo que cogiéramos camino y hasta final de año lo machaqué con la idea. Me tuvo en un tire y afloje: que sí, que tal vez, que no sabía qué hacer. El pelao tenía una noviecita, se la pasaban de pelea en pelea, ¡ay, Dios mío!, si los viera. En año nuevo

se reconciliaron, dizque para siempre, y yo quedé con los crespos hechos. No quise esperarlo más y a la semana me fui con unos ahorritos que tenía. Con la plata que me mandó mi hermana, me compré unas botas de caucho. Mi maleta era una camisa de manga larga pal trabajo y la muda del domingo.

Llegué a Bogotá por carretera y me descargaron en el terminal como a las diez de la mañana. Llegué todo estropeado. Nunca había viajado tanto tiempo en un bus. Empecé a preguntar que cómo hacía pa llegar al Guaviare, a San José. Mientras estaba en esas, un conductor se me acercó y me dijo: "No, negro, por aquí no es. Tiene que ir al Dorado". Yo ni fu ni fa de qué era el Dorado. Me monte en un bus y termine fue en La Dorada, en Caldas. Yo por allá preguntando por los buses pal Guaviare y la gente me respondía que ahí no había, que tenía que ir a Bogotá. No me olvido de eso.

Llegué a San José por la mañana y casi no tenía plata. Toda se había quedado en pasajes. Lo último lo gasté en una flota Magdalena hacia Calamar. Yo iba asustado, no se lo niego. Estaba todo embolatao, sin saber a dónde iba a llegar, sin tener noticias de mi hermana. Cogí la línea. Mientras se llenaba, un joven se me sentó al lao y me extendió la mano. Era William, el muchacho que se había ido con Adelaida. Me dio alegría ver una cara conocida. Charlamos todo el camino y le comenté mis planes. Le dije por qué venía. Él me dijo que no sabía nada de ella, que hace rato andaba con otra y que lo último que había escuchado era que estaba por caño Ciriza, con un jornalero: "Por allá está bien macho. La guerrilla y el Ejército se han dado bala tieso y parejo. Dicen que el ejército se tomó un caserío y sacó a la gente a plomo, dizque por guerrilleros. ¡Nos están jodiendo! El ejército no distingue entre campesino y guerrillero, y frente a eso hay que tomar medidas". "¿Medidas, como cuáles?" Le respondí, y él me dijo: "Bajémonos allí, en El Retorno, yo le explico con calma. De una vez lo recomiendo con 'El Negro', por si no hay trabajo en Gaviotas".

Nos sentamos en una tiendita y pedimos un par de cervezas. Sonaba una canción que a mí me gusta mucho: "Nostalgia", de Rafael Orozco. Eso no se me olvida. Mientras se daba largos sorbos a la cerveza, me decía: "Los muchachos están alertando a la gente. Por acá anda llegando mucho extraño. Los muchachos andan puyando a las veredas pa armar las Junta Patrióticas, organizarnos mejor, tener más control sobre la tierra y la gente. Allá en Gaviotas le hemos trabajado a la vaina. Hace como dos meses hicimos un bazar. Nos dejó como $60 000 pesos. De vez en cuando nos reunimos en la vereda, pa ver qué nos hace falta. Ya hay una carretera. Los muchachos la están terminando".

Él pagó la cuenta y me dijo que cogiéramos pa donde El Negro. Pasamos la noche en Puerto Chorizo, un pueblo de buen ambiente, fiestero. Ahí dormimos amontonados en una cama. A las cinco de la mañana ya estábamos listos. Él me dijo que íbamos a caminar harto, y yo me quise estrenar las botas, pa sentirme en ambiente.

Salimos y ¡hágale! Acabamos la carretera pavimentada y seguimos por una destapada, y ¡hágale! Atravesamos a pie el llano hasta las once de la mañana. A esa hora un conocido de William pasó manejando un "Carpati" y nos dijo que nos fuéramos colgados. La carretera cortaba la llanura, y entre más avanzamos, entre más nos acercamos a La Hormiga, más cerca estaba la selva de la carretera. Nos cayeron. De un momento a otro vi salir de la selva una gente vestida con matas. Serían quince personas, que nos apuntaron y nos obligaron a parar.

Yo al Ejército lo conocía, pero no así, disfrazado, con la cara toda pintada. Nos rodearon: "¡Quietos, hijueputas!", gritaban. A los cuatro que íbamos nos bajaron a los trancazos, nos pusieron la frente en el capó y el fusil en la nuca: "¡Papeles!" Nos dijo el que parecía el capitán. "Y no me mirés cuando te hablo, negro… ¡Lo estallo!", me decía. Yo le hice caso, con el rabillo del ojo busqué a William, para que me indicara algo, qué hacer. Él sacó la cédula y la libreta y se las

pasó. Yo solo tenía la cédula. "¿Y la libreta?, ¿o sos guerrillero, ah?" Mientras me hablaba me hundía la punta del fusil en la nuca. Yo no aguanté, no estaba acostumbrado a eso y me le encaré: "Yo no soy ningún guerrillero. Vengo por mi hermana", le dije.

¡Ay, Dios mío!, cómo me salió de cara la envalentonada. "¡Que no me mirés, negro hijueputa!". De un patadón me mandaron a comer tierra. "Capitán, si este no es guerrillero, puede descargar los bultos de papa ¿verdad?". El que dijo eso terminó la frase y me miró con una sonrisa pícara. Eran veintitrés bultos de papas, de cuatro o cinco arrobas, y me tocó bajarlos todos. No dejaron que nadie me ayudara, pero este lomo está hecho pa la carga. Tanteé el peso del primero, y ¡hágale! En quince minutos le había descargado ese carro. Tiré el último bulto con rabia, como retándolos. "Ramírez, usted qué dice, ¿será guerrillero?". "Póngale camuflado y fusil, a ver si le luce, porque las botas ya las tiene". Ramírez se desabotonó el camuflado y se descolgó el fusil, puso las dos cosas en el suelo y me ordenó cogerlas. Yo no me inmuté, estaba rígido, como si no lo hubiera oído. "No mariquée más con este negro, mi capitán. Botémoslo al río". Yo no me poposié seguramente por qué no había comido como en tres días.

Reencuentro en Gaviotas

Donde El Negro trabajamos un mes largo. Yo andaba preocupado por Adelaida, y más con los rumores que corrían. William me decía que qué me pasaba, que por qué andaba tan achicopalado, si ahí teníamos trabajo y buena comida. Yo le conté lo que me preocupaba. Esa incertidumbre de no saber nada me entristecía. Él me dijo: "Las malas noticias son las primeras en llegar". A la mañana siguiente, bien temprano, cogimos camino. Nos tocó patonear casi todo el día. Llegamos de nuevo a El Retorno. Allá alcanzamos a coger la última línea que salía pa Calamar.

Nos cogió la tarde. La trocha no colaboró con nosotros. Esa noche nos quedarnos en El Paye, la única residencia que había en el pueblo, porque salir a esas horas pa Gaviotas era peligroso. En ese tiempo Calamar era un pueblo muy pequeño: unas cuantas cuadras, no más una tienda, la cancha y pare de contar. Como a las seis de la mañana salimos pa Gaviotas. Cogimos a pie por la destapada y nos demoramos como una hora en llegar.

Gloria, la mujer de William, estaba afuera de su rancho. Nos estaba esperando con una preparada y unos patacones fritos. Su rancho era de esterilla, como los otros que había en la vereda. Gloria cocinaba con buena sazón. Tenía sus gallinas, una huerta con yuca, plátano, arroz y banano. Esa tarde, luego de almorzar, William me llevó a que conociera a su patrón, a ver si me daba trabajo. En la vereda habían pocas casas, pero muchos niños por ahí correteando. Se la pasaban jugando fútbol o nadando en el caño. Solo les hacía falta una escuela. Mientras caminábamos pa la finca del patrón, William me contó lo pleno que se sentía en la tierrita: "Es que si tenemos hambre vamos y cortamos un racimo y hacemos patacones pa todos", me dijo. Él le veía futuro a la organización de la vereda.

Llegamos donde Carlos, el patrón de William. Muy formal el señor, de una me dijo que empezaba al otro día. Estaba necesitando gente pa la campaña, que apenas estaba comenzando. Al otro día nos levantamos a las cinco de la mañana, desayunamos en el quiosco del patrón y después todos a trabajar. Cada uno con su talego comenzaba con su línea. Menos mal trabajé un mes donde El Negro. Ya le tenía el tiro. Luego de un par de horas paré y busqué a William y no lo vi. Como a cinco líneas de la mía, noté a una muchacha: "¡Vea, pues!, también hay campo pa las mujeres", pensé. Era alta, negra, como casi todos. Tenía en el pelo el trenzado que le gusta a Adelaida. Eso no se me puede olvidar. "¡Qué va ser ella!, quién sabe dónde anda", pensé. Seguí en lo mío, raspando. Cuando llegó la hora del almuerzo, me fui al comedor. Algunos ya estaban

ahí. En la puerta me recibió una carcajada que me llevó a mi casa, al Chocó. Como a tres metros estaba mi hermana. Yo no lo creía. Era Adelaida, un poco más gordita. De resto, tal cual como salió del Chocó. Estaba viva y estaba bien. Después de mucho tiempo volvimos a almorzar juntos. Salimos de trabajar como a las cuatro. "Tengo mucho que contarle. Vamos a conocer a Emilio", me dijo.

Había montado un rancho en un pedazo de tierra prestado, en la propiedad de un primo de Teófilo. Tenía su jardín con sus maticas y, detrás de la casa, el pancoger. Yo me fui a vivir con Adelaida. Cogimos la costumbre de pasar los fines de semana arreglando la huerta, sembrando todo lo que necesitábamos, o en el caño, con sancocho y la familia. El primo de Teófilo, Lucho, nos acompañaba en todo. Nos íbamos a cazar pescados por la noche, con arpón y careta. Salíamos cuando la luna estaba escondida, pa camuflarnos con lo oscuro. Y no solo con Lucho, a veces salíamos varios del caserío, en compañía de la mujer y de los hijos. Nos íbamos y allá nos quedábamos, asando el pescado recién salido del río o compartiendo un bichecito. Le podían dar a uno las cinco de la mañana. A veces el Lucho llevaba una botella de biche curao. Esa sí que sabe bueno, con un sabor amarguito delicioso. A Lucho le enseñó a curar el biche su abuelo. Cuando era un niño, se iba con él para la selva a encontrar las matas. De él aprendió las proporciones exactas, porque no crea que es fácil.

Así vivimos hasta el 89, año en que la guerra volvió a tocar a mi familia. Eran como las cuatro y media de la tarde y jugábamos parqués con los vecinos, apostando de a moneda, cuando escuchamos unas ráfagas: ¡ta-ta-ta-tá!, a lo lejos, como en Bellavista. Yo de una vez supuse que era el Ejército y que a esas tropas las habían mandado a hostigar toda esta zona y hostigar a quien sea. No se iban a poner a distinguir entre guerrillero y civil. Adelaida se puso muy nerviosa. El sonido de las ráfagas la alteraba mucho. Nos dijo que nos entráramos al rancho. Adentro le ofrecí un trago de curao, pa que se calentara. Estaba fría. Daba vueltas por el ranchito, no se

hallaba en ningún lado, todo el tiempo con el bebé en sus brazos. Cuando oscureció, decidimos no prender las velas. Aún escuchábamos las ráfagas a lo lejos. Al tiempo cesaron.

Se hizo un silencio extraño, que aumentó los nervios de Adelaida. "Vienen para acá", nos dijo. Casi no termina la frase cuando una bala entró y sacó chispas en las tejas de zinc. Era luna nueva, no me olvido de eso. La noche estaba oscurísima y no me di cuenta el momento en que Adelaida salió despavorida de la casa. Otras dos balas entraron a la casa y yo me eché a correr por el potrero buscando el río. No dejaron de disparar un solo momento, a gente sin armas, incapaces de responderles el fuego, pero ellos siguieron disparando. De suerte me encontré una canoíta y ahí me embarqué, remaba con las manos. Era invierno y el río se había desbordado. Mientras me alejaba, vi a la gente lanzarse al agua, para atravesar el río. Milagro no sucedió nada, por esas aguas hay un pescaíto que le dicen caribe: se lo devora a uno. Fui a parar a un rebalse. Estaba muy agitado para seguir remando y ahí me quedé. Casi no puedo salir. Duré como una hora bregando contra la corriente, esquivando los árboles, tratando de llegar a la otra orilla.

La incursión del Ejército duró como una hora, dizque buscando guerrilleros en nuestros paisanos, en nuestra comunidad, que nada tenía que ver con eso. No agarraron a nadie. Al parecer solo tenían intenciones de sembrarnos miedo. Pero a Chucho, compañero de pesca y amigo de todos, lo mataron. Estaba en su hamaca y leía una revista a la luz de una vela. Se hizo un blanco fácil. No tuvo tiempo de esconderse o salir corriendo. El tiro que lo mató dejó grabada su trayectoria: mochó cinco matas de plátano, atravesó el palo de aguacate, agujereó las tablas de la casa, le entró por el abdomen y le salió por el hombro. Cuando yo regresé al caserío, apenas se habían dado cuenta que Chucho estaba herido de muerte, corrieron a echarlo en una chalupa, rumbo a Calamar. Eso fue un martes.

Los que dicen canoa se fueron; los que no, la pica y salimos. Toda esa zona quedó desierta. La gente le dio pánico volver a sus casas, por temor de que eso se repitiera, y cogimos pal pueblo: el miércoles amanecieron como cuarenta personas, unas doce o trece familias, en el parque de Calamar. Ahí estaba Teófilo, Adelaida y Emilio. Entre todos hicimos una recolecta para enterrar a Chucho, y a sentirlo, porque era como parte de la familia. Quince días nos quedamos en el pueblo. Juntos le hicimos frente al miedo. Eso nos sirvió para unirnos. Las mujeres cocinaban olletadas de comida para todos. Supimos darnos moral para volver a nuestras casas, para creernos el cuento de que nadie nos iba a sacar de la tierra, porque era nuestra y porque la queríamos. Cuando retornamos, yo noté que Adelaida no podía estar tranquila en ninguna parte. La enfermaba ver los agujeros de bala en la madera y en el zinc, le recordaban las veces que tuvo a la muerte tan cerca, le recordaba a Chucho, que tanto lo quería.

Adelaida y Ramiro: dos comienzos

Adelaida: "Vámonos, mija, aquí no hay futuro". Eso me dijo Teófilo la mañana del sábado. Estaba sentado al borde la cama. Su cara tenía el mismo gesto de terror que tuvo en el monte. "Y pa dónde? ¡Decime!" "Tengo una hermana. Ella vive en Buenaventura. Vende sal marina en la galería. Ella nos recibe. ¡Vámonos, mija!". Yo tenía miedo, esas cosas que uno ve lo empiezan a perseguir. Me soñaba con doña Irma, con alacranes en mis piernas, quería moverme a otro lado, respirar otro aire, irme de ese lugar, porque esa gente me maldijo la tierra. Esa mañana alistamos las cosas y hablé con mi hermano: "No soporto estar un día más acá", le dije, y él lo entendió, y me dijo que él se quedaba, que ahí habían cosas por las que tenía empeño de luchar. Con cuatro tulas salimos de Gaviotas para Calamar. Mi hermano y Lucho nos acompañaron y nos despidieron: "¡cuídense mucho, y nos vemos pronto!", les grité desde la ventana del bus.

Dejamos atrás el Llano y entramos en las cordilleras. Yo volvería a estar con el mar que me vio crecer desde chiquita. Me ilusionaba verlo otra vez, porque no crea que el mar no hace falta, pero ver cómo se dejaban atrás las llanuras no fue fácil. Sabía que en esa tierra había dejado enterrada parte de mi vida, que ahora me tocaba empezar de cero, construir todo otra vez en medio de la ciudad, y aunque me daba miedo, prefería eso a tener que aguantar el sonsonete espantoso de las ráfagas. ¿Cómo podría crecer Emilio en ese sitio? La guerra nos había arrebatado nuestro espacio y nuestra tranquilidad en Gaviotas.

Llegamos a Buenaventura por la tarde. La tocaya nos había dado instrucciones para llegar a la plaza de mercado donde ella trabajaba, y ahí llegamos. Nos llevó a su casa y nos instaló. En el camino nos comentó que la gente andaba en planes de construir casas, que había trabajo por hacer. Fuimos a ver el terreno. Después de la galería, seguían diez metros de relleno y el resto puro manglar, ñato y piñuelo, que se metía como un kilómetro dentro del mar. No era el panorama más alentador de todos. Yo pensaba en el árbol de aguacate que teníamos a tres metros de la casa, en el plátano y la yuca de la huerta. "El Estado nos quitó nuestra tierra y ahora nos toca quitarle tierra al mar", pensé en voz alta. "Dicen que esto se llama Bellavista", respondió Teófilo.

No había tiempo que perder. Yo monté un puestico en la galería, donde vendía plátano, yuca y sal marina. Teófilo empezó a trabajar con tres familias que ya habían montado su casa en el terreno. Trabajaban con marea baja, quitando todas las matas, abriendo un campito a machete limpio para la familia. Construimos el rancho y nos instalamos. Después construimos un puente, para comunicarnos entre las casas y para poder salir del caserío en marea alta, sin mojarnos.

Pasaron los años y pudimos montar una tiendita. Fue la primera del barrio. Teófilo consiguió un puesto en el muelle y, con la

platica que nos entró, cambiamos la madera de la casa por material, echamos piso de cemento. Pero no es fácil, en octubre la marea sube más que todos los meses, y el metro cincuenta que separa el piso de la casa de la tierra no es suficiente. Se nos inundaba todo. La otra vez casi sobrepasa la altura de la mesita de noche.

Ramiro: Yo decidí quedarme para trabajar por la vereda y enfrentar entre todos al miedo que nos daba tener la guerra tan cerca, a la vuelta de la labranza. Lucho no puso problema por ocupar el rancho de Adelaida, y al principio fue duro. Me daba mucho sentimiento tenerla lejos otra vez, pensaba en las formas que no utilicé de convencerla para que se quedara, pero ella estaba segura

Ramiro y la semilla
Fuente: Luis Fernando Gómez Allba

de que acá no podría realizar su vida. Yo quise creer lo contrario, apostarle a esta tierra que tanto me había dado. La vida del campo era lo mío. Yo me había acostumbrado a trabajar en el monte, a cazar lapas con el perro o a tirarme al caño de vez en cuando, para combatir al bochorno.

Los años que siguieron hicieron valer mi decisión de quedarme. Nos empezamos a reunir alrededor de varias actividades: para esas épocas propusieron los juegos interveredales, y Gaviotas hizo presencia con un equipo de fútbol como para enfrentar al Real Madrid. Salíamos en caravana al pueblo donde tocaba jugar. Nuestro equipo tenía madrina y técnico. Yo siempre jugué de nueve, acompañado por Carlitos. Me las ponía todas como en bandeja de plata. Era un genio por la banda derecha. Yo era el goleador más berraco de la zona y él, el jugador con más asistencias. Durante cuatro torneos seguidos Gaviotas quedó de campeón, bajo el patrocinio de Floro y de Josué. ¿Sabe cómo era nuestro uniforme? Como el del "Tino" cuando jugó en el Newcastle.

El baile no faltó, ni mucho menos. Nos íbamos a la fiesta del campesino y nos cargábamos con canastas de cerveza, con maíz, con arroz, con caña, todo eso llevábamos y todo eso compartíamos. Allá nos recibían con un plato bien grande de carne a la llanera, con baile y música pa pasarla bueno. Como en el 98 nos inventamos la Balsa Dorada. Montaron una tarima en Calamar y allá llegaban los que querían participar. En la primera versión de la Balsa conocí a mi esposa. Ella venía con la comitiva de San José. Era la primera, la que cantaba, y estaba acompañada de un clarinete, un redoblante, platillos y tambores. Zarandeaba ese pollerín como si intentara espantar las penas, y cantaba este arrullo, que no se puede olvidar: "Domingo, vendeme ñato. Yo tengo pa vender. Domingo, vendeme ñato. Yo no vengo pa vender. Unito, que llevo aquí pa mis hijo y mi mujer. Unito, que llevo aquí pa mis hijo y mi mujer, pa mis hijo y mi mujer".

Y cuando la gente está así de unida es muy fácil organizarse. Cogíamos platica para la comunidad con bazares, declarábamos días cívicos o convocamos a toda la gente para arreglar la carretera, para limpiar la escuela o pa colaborar. Por ejemplo, si a alguien se le estaba cayendo la casa, todos íbamos y arreglábamos el problema. Éramos gente unida. Convivíamos con las balas, pero hacíamos lo posible por estar bien.

En el 98 la situación se hizo insostenible. La presencia de aviones que nos fumigaban y de helicópteros que nos disparaban se multiplicó. Fíjese que una vez estaba yo sentado afuera de mi casa, recostado en la silla contra la pared, y vi que un helicóptero se acercaba disparando, y por el otro costado los muchachos corrían. Yo no me moví para no generar sospechas, y mi mujer salió a ver qué pasaba. "Éntrese, que esto no me está gustando", me dijo. Yo no tenía miedo, pero igual obedecí, y justo después que me paré, una bala, de esas como de calibre 50, partió la silla en dos. Otra vez la profesora Norelis había salido del pueblo y le dejó a mi mujer las llaves para abrir la escuela. En esas una balacera se desató y varios del caserío corrimos a escondernos en la escuela, pero mi mujer, presa del pánico, no pudo abrir la puerta y se echó a reír a carcajadas. No paraba, hasta lloró, y todo de la risa, mientras las balas caían a cinco o seis metros de nosotros. Era una risa nerviosa, como desconsolada, como si no pudiera hacer algo más que reírse de esa situación infame. El Ejército no paraba de acusarnos de guerrilleros, ¿y nosotros qué podíamos hacer? Era inevitable no convivir con los muchachos. Ellos eran los que ponían el orden.

Llega un momento en que el mundo se viene encima, y el mío empezó a derrumbarse con la muerte de Lucho. ¿El Ejército, paramilitares? No sé, la misma cosa son, en todo caso habían matado a Lucho. Yo supe por la mañana y fui a buscarlo al comando. Quería explicaciones, que me dijeran por qué habían matado a mi compadre, a mi hermano. Pero, como dice el cuento, fui por lana y salí

trasquilado. Llegué al cuarto donde estaba el capitán y lo encaré. Le dije: "¿Por qué me lo mataron?" Él se levantó de su asiento y se acercó todo lo que pudo a mi cara y me dijo: "Lo matamos por guerrillero". Sacó un cuaderno donde tenía los datos de diez amigos. Estaba el nombre de Lucho, ya tachado, y el mío. "Usted es sospechoso de pertenecer al grupo terrorista de las FARC, así que le haremos unas preguntas". Llamó a un soldado para que me esposara a la ventana del cuartel, y así me tuvo como hasta las diez de la noche, cuando decidieron que era hora de interrogarme. Antes de salir de la habitación me cubrieron la cabeza con una estopa y la aseguraron en mi cuello con alambre dulce.

La familia del Chocó en el Guaviare
Fuente: Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno

Me esposaron las manos atrás de la espalda y me dijeron que caminara. Lo único que guiaba mis pasos era el fusil que traía entre las vértebras, fue lo único que sentí en todo el trayecto, el frío cañón del fusil en mi espalda. Cuando me quitaron la estopa estaba en la mitad de la pista, acompañado de dos soldados y el capitán. Los dos soldados me apuntaban, mientras el capitán me lanzaba toda clase de preguntas: que cuáles eran las rutas de fulano, que quiénes eran los amigos de zutano, que le dijera nombres, que indicará caminos. Y yo no sabía nada, yo negué todo. Me dejaron en la pista, esposado de pies y manos. Yo pensé que ese día me iba a morir. Pero apenas amaneció un soldado llegó a soltarme y me mandó para la casa. Me advirtió que no me fuera por los lados del río, que allá estaban esperando para matarme.

Yo creo que ese soldado me salvó la vida al decirme eso. Angelitos hay en todas partes. Arranqué para la casa y ahí estuve tres meses encerrado, sin poder asomarme ni a la ventana, intentando calmar a mi mujer, con todos los rumores que le llegaban. Porque los vecinos me daban por muerto. Y yo con esa zozobra de no saber si estaría vivo para mañana. ¿Cómo quedarme? Mi miedo ganaba fuerza, porque todos los días llegaban a contarme de un muerto nuevo. ¿Cómo irme? Ellos me habían prohibido salir del pueblo, para matarme.

Imagínate que el pelao que despachaba aviones era amigo mío, y le mandé la razón, que necesitaba un pasaje para Villavicencio. Él sabía a qué precio eran las cosas conmigo, pero no le importó. Me dijo que a las tres de la tarde salía una avioneta. Metí en la tula un par de calzoncillos y con lo puesto me fui para la pista. El pelao me esperaba en una tiendita, ahí cerquita de la avioneta. Nos pusimos a jugar billar, como haciéndonos los locos. Él me dijo que apenas escuchara el motor cogiera camino para la avioneta. Yo estaba cagado del susto. Eso estaba minado de Ejército y Policía. Prendieron el motor

y yo pasito a pasito, charlando con el pelao, y con el corazón en la mano, me fui metiendo a la pista y me monté. Ahí pude salir.

Quince años después: el recuerdo de Gaviotas, entre la esperanza y el miedo

Adelaida: Yo creo que a todos los que hemos vivido la guerra se nos quedan cortas las palabras para describir tanto horror. Gracias a Dios hoy tengo mi casa. Vivo apretada, pero la comida en este rancho no falta. ¿Que si extraño el Guaviare? ¡Y cómo no! Si el tiempo que estuve allá lo pasaba en comunidad, compartiendo con los míos en todos los lugares que el Llano nos regalaba, sintiendo que un pedacito del Chocó de mi infancia estaba allá, con los afros. Porque todos los afros que llegaban traían en sus maletas un pedazo del Chocó. Pero yo tengo mezclados mis recuerdos. Ese tiempo también lo marcó el horror producido por el Gobierno. Recuerdo ese día inesperado en que Ramiro llegó huyendo del Guaviare. Estaba gastado, como molido por sus días.

Ramiro: Es que me dio duro, yo sembré mi vida en Gaviotas, eché raíces entre mi gente, con los negros, en la tierra que me levantaba a trabajar todos los días. Usted lo sabe bien, Adelaida, si uno tenía hambre, salía al pancoger y traía unos platanitos, y se fritaban, y si quería huevos, pues iba y se cogía unos dos del nido de las gallinas, y ya, con eso quedaba listo, no se necesitaba de más. A mí me arrancaron de mi tierra, me tocó dejar tirada a mi mujer. Cuando llegué aquí, acuérdese, no pude trabajar. Teófilo me dijo que en el muelle estaban necesitando gente, que llevara la fotocopia de mi cédula y ya. Así lo hice y fui al otro día a confirmar el empleo, pero me encontré al supervisor, un panzón hasta buena gente, que me dijo que no podía darme el trabajo porque yo aparecía como muerto. Él me dijo que le preguntara al abogado laboral del muelle, y yo fui y le hice la consultica: que cómo así que estaba muerto, que me ayudara.

El llamo no sé a dónde y consiguió la información: yo aparecía registrado como un guerrillero dado de baja en un combate del Guaviare en el 2002. Y hasta el día de hoy no he tenido quien me responda por eso. Me tocó dedicarme a la rusa y levantarme. Monté ranchito aquí a una cuadra, al lado de mi hermana.

Adelaida: Uno recuerda las épocas en Gaviotas, y fueron tiempos bonitos. Me acuerdo de Emilio intentando subirse a los árboles pa bajar los aguacates. Pero, si me preguntan que si quiero volver, mi respuesta es que no. Yo acá ya tengo mi casa, yo ya hice mi vida. Emilio estudia y por ahora le puedo dar lo que necesita. Él dice que se acuerda del río y de la casa donde vivíamos, pero yo no le creo, estaba muy chiquito. Yo sé que acá tengo más oportunidades. Eso sí, me gustaría visitar a ver qué tal. Me dijeron que lo que era Calle Caliente ahora está todo enmontao, que ni los cimientos quedan. Pero ¿volver?, no. Además ¿quién le garantiza a uno que todo ese horror que yo viví no se repetirá de nuevo? Eso me da miedo.

Ramiro: Yo sí volvería. Adelaida me armaría otra vez un rancho en Gaviotas. Con lo que he aprendido en la rusa, a más de uno le sería útil por allá. Pero me gustaría ir a lo que me enseñó esa tierra, a cultivar, y no hablo solamente del pancoger o del cacao, sino de ir a cultivar con los míos. Uno pensaría que en esto del posconflicto y del cuento de la paz, una de las tareas del Gobierno es garantizar el retorno de gente como yo, que, a pesar de todo, no olvida que en esa tierra dejó raíces. Si llego, ¿qué me pongo hacer? ¿Qué tierra me darán? Escuché que en Gaviotas se está ejecutando un proceso para la titulación colectiva de la tierra. ¿Cómo me favorecería eso a mí? Son preguntas que uno se hace, porque quiere volver.

Glosario de la colonización afrocampesina

Acelere Precipitud para hacer algo. Ej. ¡*Deje el acelere*!

Adelantar Forma de retribución utilizada en economías informales donde generalmente se usan como medio de pago los mismos productos producidos. Este método se encuentra asociado al mercado de narcóticos y busca endeudar al trabajador y generarle una dependencia cada vez mayor.

Aguapanela Bebida tradicional colombiana que consiste en una mezcla de panela y agua.

Angarilla Armazón de carga formado por dos barras paralelas, unidas por una tabla, puesto sobre el lomo de las bestias.

Arrechón Bebida alcohólica, a base de leche, con efectos afrodisíacos.

Arrejuntarse Vivir bajo un mismo techo y construir un proyecto de vida en pareja.

Bacano Dicho de una situación o cosa: excelente o muy buena; dicho de una persona: amable, simpática, buena.

Baquiano Colonizador, experto conocedor de caminos, trochas y lugares.

Barrancón o caleta Durante la bonanza, lugar donde se establecieron enclaves de siembra de coca y procesamiento de cocaína a escala agroindustrial.

Bastimento Acompañamiento de las comidas consistente en arroz, plátano, yuca, maíz, entre otros productos.

Bazuco Droga fumable elaborada con residuos de la base de coca.

Beneficiadero Lugar construido para lavar y despulpar el café con ayuda de agua.

Berraco Persona destacada, sobresaliente, talentosa, práctica o valiente. // Furioso, de mal genio, resentido. // Complicado o difícil.

Biche Licor destilado a base de caña proveniente del Pacífico.

Boliar quimba Caminar mucho.

Buscarle la comba Buscar la mejor salida a una situación complicada.

Cachama Pez de agua dulce que se encuentra con facilidad en la zona sur del país. Es un ingrediente importante y frecuente en la gastronomía afrocolombiana, de la que suele haber criaderos para su comercialización.

Cachirre Reptil carnívoro.

Caletas Construcciones artesanales fabricadas con el fin de proteger y/o esconder objetos o personas.

Cambuche o cambullón Espacio a la intemperie, hecho con materiales rústicos. Puede ser provisional o permanente, como lugar en donde se trabaja la hoja de coca para producción de cocaína.

Camellar Trabajar en algo, por lo general, arduamente. Ej. *Me tocó camellar el domingo.*

Canalete Remo de paleta alargada del Pacífico usado para impulsar y direccionar una embarcación en el agua.

Cantina Recipiente de metal con manijas donde los campesinos depositan la leche para vender. Tiene varios tamaños, dependiendo la cantidad de litros que se ordeñen.

Casquisuelto Persona andariega, que no tiene problema en irse con la primera persona que se le aparece y que suele confiar en demasía de los demás.

Chamba Trabajo.

Chagra Parcela. Pequeña propiedad.

Chagrero Trabajador rural en fincas donde se cultiva hoja de coca.

Chinchorro En las costas latinoamericanas, red tejida para pescar o para descansar. Es similar a la hamaca, solo que su tejido difiere según la región. En algunos casos el tejido es manual a partir de lianas obtenidas de bejucos o de algodón hilado. En las comunidades del Guaviare, los afrocolombianos tejen los chinchorros con hilos obtenidos de la palma, para hacerlos más elásticos.

Chino Niño o muchacho. Hijo.

Chistiar Bromear. Echar chistes en medio de risas.

Chiro Ropa. Generalmente alude a la desgastada y vieja que se utiliza en el día a día.

Chigüalo En el Pacífico colombiano, hace referencia al niño o niña y a los arrullos que se le cantan para guiar su alma al cielo. Es utilizado frecuentemente para referirse al velorio de los niños o "velorio de angelito".

Chigüiro o capibara Roedor semiacuático, que vive a orillas de ríos, ciénagas, esteros y lagunas.

Chongo Prostíbulo. // Laboratorio en donde se procesa hoja de coca.

Chuchuguaza Jarabe natural hecho del árbol del mismo nombre (*Maytenus laevis*).

Conchudo Que actúa con desvergüenza, descaro o falta de respeto. Caradura.

Contragavilana Planta medicinal.

Contrahornero Obrero encargado de manejar el guarapo.

Corte También llamado punto. Ubicación y límite espacial de colonización. // Expresión cocalera para referirse al lugar de trabajo. Concretamente, indica el cultivo de coca listo para cosechar la hoja.

Cotero Cortero de la caña.

Cuca Galleta típica de la región pacífica, hecha con panela cocida, clavos y harina de trigo.

Cúrcuma Colorante y saborizante. Es una raíz, similar al jengibre, de color amarillento, con usos medicinales contra la depresión y el exceso de colesterol. Es común en la cocina afro, pues se pulveriza con el fin de darle texturas más fuertes al plátano y el envuelto de yuca.

Emberracar/enverracar Producir ira y rabia en alguien o empezar a sentirlas (emberracarse).

Embejucar Enfurecer, encolerizar.

Embolatar Perder algo transitoriamente. Ej. *Envolaté las llaves y no las encuentro.* // Dilatar una solución. Ej. *Envolató el caso hasta que prescribió.* // Distraerse. Ej. *Me envolaté y no pude llegar a tiempo.* // Confundir o engañar a alguien. // Se usa también para expresar confusión: "Estar embolatado".

Enmontado Invadido de rastrojo y vegetación.

Enyucado Postre o torta típica del Chocó colombiano, a base de yuca, melado de panela, ralladura o leche de coco, queso blanco, aliño del chocolate, clavos y canela.

Falso Puerta hecha de palos y alambre, a la entrada de una casa en el campo.

Fariña Harina gruesa a base de yuca. También es conocida como yuca brava, hace parte de la alimentación cotidiana del sur colombiano. Es una pasta dura de color amarillo, que sirve como acompañante. Tradicionalmente la cultivan los indígenas del Guaviare.

Fondo Recipiente campesino para fabricar panela.

Fregar Molestar, importunar, fastidiar, insistir. Ej. *Deje la fregadera con ese tema.* // Perjudicar o hacer daño.

Frentiar Dar la cara. Enfrentar una situación.

Fundar Establecerse con casa y labranza en tierras sin dueño.

Fundo Finca en construcción.

Gallada Grupo de personas o de amigos.

Garitero Encargado de llevar comida y bebida a los trabajadores.

Guarapo Bebida fermentada a base de caña.

Guisa Mujer que trabaja cocinando en las fincas y casas.

Jartar Tomar alcohol en grandes cantidades y con mucha frecuencia.

Jovencear Salir de la casa para andar nuevos caminos y buscar oportunidades de trabajo, cuando se es joven.

Laboratorio Lugar escondido donde se procesa químicamente la hoja de coca.

Lapa Roedor similar al chigüiro. Alcanza los 80 centímetros de longitud y es muy apetecido para la caza, por su carne fresca. Es activo en la noche, por lo cual los campesinos procuran cazarlo con perros, pues tienen olfato más fino.

Lema Planta amazónica con propiedades bioquímicas.

Llevado En muy mala situación económica o sentimental.

Liga Proteína principal de un plato, como carne, pollo, cerdo o pescado.

Mandato Mecanismo de justicia implementado por las guerrillas colombianas en algunas zonas del país para mantener el orden, la convivencia y la infraestructura en las comunidades. En órdenes sociales armados, alude a las jornadas de trabajo colectivo respaldadas e impuestas por las FARC-EP para construir o mejorar la infraestructura comunitaria.

Marisca Caza de animales para la alimentación. En el Guaviare, venado, lapa, armadillo, danta, chigüiro y algunas aves.

Mazamorra Sopa espesa preparada con sobras de comidas anteriores. Se asocia a la comida de los perros, pues no requiere mucha preparación.

Meter piquita Despejar y cortar con pica la maleza, para abrir caminos o trochas.

Monte, los del Manera en que los campesinos se refieren a los guerrilleros.

Muenda Castigo, paliza o golpiza a otra persona.

Ni por el chiras Por ningún motivo, por nada del mundo, ni de fundas, ni puel putas, ni en sueños.

Orillero Persona que indica la línea, en los cultivos de coca, por donde se debe ir raspando.

Panocha Comida típica, a base de maíz capio.

Palafito Casa de madera, separada del piso por cuatro pilares, con el fin de evitar inundaciones y animales rastreros.

Paracos Paramilitares, grupos armados al margen de la ley.

Pasta base Sustancia producto intermedio en la elaboración de cocaína. Se extrae de las hojas de coca a través de un proceso de maceración y mezcla con solventes como parafina, bencina, éter, ácido sulfúrico.

Patonear Caminar mucho.

PC Partido Comunista de Colombia.

Perrenque Vitalidad, fuerza, potencia, motivación, que permite lograr objetivos con constancia y persistencia.

Petaco Canasta de cerveza.

Picador de cadillo El que pica las hojas o cascaras de cadillo que se introducen en manojo en el guarapo, para revolverlo y hacerlo espeso.

Picas Mojones mediante los cuales se alindera la tierra que se apropia (propiedad privada), a partir de cursos de agua (río, caños) o con pequeños descumbres.

Pilar Descascarar los granos en el pilón, golpeándolos.

Pipado Fase de producción de la cocaína.

Plante Institución económica con la que los narcotraficantes introdujeron el cultivo de coca en las fincas campesinas. Consistía en adelantar pagos de jornales, remesas y créditos a cambio de que el campesino le vendiera el producido de coca al narcotraficante y le respondiera por los préstamos otorgados.

Plantero Comerciante o narcotraficante que hace uso del plante.

Potrillo Embarcación de madera que se usa para la pesca o el transporte por los caños o ríos.

Ponerle Calcular. Ej. *El lugar tiene, póngale, unos doscientos metros de largo*.

Preparada Refresco elaborado con diversas frutas (naranja, limón, toronja), y endulzado con panela rallada. Tradicional de la zona sur del país.

Quejumbres Quejas constantes y habituales. La expresión se asocia a las personas perezosas.

Ramada Forma artesanal de vivienda, hecha de palos y ramas de árboles.

Rayos Tablas artesanales que construyen en el Pacífico para que las mujeres laven la ropa en los caños o ríos.

Raspachín Recolector o raspador de hoja de coca que trabaja en cultivos ajenos por el pago de un jornal.

Rastrojo Restos de tallos y hojas que quedan en el terreno tras cortar un cultivo. // Cúmulo de maleza, útil para proteger el suelo de la erosión.

Recocha Diversión ruidosa. // Broma.

Recochero Persona alegre y jocosa, inclinada a "armar recocha".

Rejo quemado Juego tradicional. Consiste en esconder una correa y quien la encuentre puede pegarles a los demás, hasta cuando todos estén salvaguardados.

Repartija Ver *socia*.

Rociamientos Esparcir agua u otro líquido atomizado. En este contexto, se refiere a la fumigación con glifosato por parte del Estado colombiano para la erradicación de cultivos ilícitos.

Rula Especie de machete o peinilla que utilizan los campesinos en sus trabajos cotidianos.

Sagaya Arpón de tres puntas.

Socia (repartija) Sociedad para trabajar un terreno y dividir ganancias.

Socolar Limpiar un terreno de matas y hierbas para cultivarlo.

Soltar (echar) los perros Coquetearle a alguien.

Sopetón, de Repentinamente.

Timbo Envase para guardar líquidos.

Totumo Árbol tropical de madera maleable, pero fuerte.

Trocha de penetración Sendero o camino para adentrarse en la selva

Ventiao En grandes cantidades.

Yermis Juego tradicional que se realiza normalmente en parques, calles y zonas verdes. Es una mezcla entre el béisbol, los bolos y quemados.

El vuelo de las gaviotas fue compuesto en caracteres Aleo y se imprimió en los talleres de Panamericana Formas e Impresos S.A. en papel bond beige de 90 gr. durante el mes de diciembre de 2017.

EL VUELO DE

LAS GAVIOTAS

CONOCIMIENTOS Y PRÁCTICAS POPULARES

El vuelo de las gaviotas reúne siete relatos de mujeres y hombres de Puerto Gaviotas, una comunidad ubicada al sur de la zona de reserva campesina del Guaviare y al margen izquierdo del río Unilla. Estos relatos, escritos a partir de hechos reales narrados por sus habitantes, son una elaboración colectiva de sus protagonistas y del Semillero Colectivo de Estudios sobre Memoria y Conflicto, adscrito al Centro de Estudios Sociales y Culturales de la Memoria (Cesycme) de la Pontificia Universidad Javeriana. En ellos, se narran las vicisitudes de los sobrevivientes de una guerra que los expulsó de su territorio y que los ha llevado a reencontrarse y transformarse de múltiples formas dentro y fuera del Guaviare. Sus voces revelan las huellas de la violencia y sus maneras de pervivir y resistir en el territorio. Además, dan cuenta de sus experiencias cotidianas, enriquecidas con los saberes de campesinos y maestros, negros y mestizos, que llegaron al Guaviare en búsqueda de nuevas oportunidades.

Pontificia Universidad JAVERIANA Bogotá

Centro Nacional de Memoria Histórica

9 789587 811520